

## CAPÍTULOS GRATUITOS

### **Mi ángel guardián I: La verdad duele**

J. Rosewell

#### **CAPÍTULO 1 MI ÚLTIMO DÍA DE VIDA**

*Mi nombre es Tyler Ross, tengo dieciséis años y vivo en Chicago, donde hoy hay una población de 853.114 personas, y justo a mí me tuvo que suceder esto.*

*Viernes, mi último día de vida.*

Fue como cualquier otro día, me desperté por el sonido de la alarma de mi móvil, y tratando de apagarla como lo hacía siempre, cayó al suelo y no tuve más remedio que salir de la cama a regañadientes. Sentí un grito de James desde una de las habitaciones continuas a la mía. Era usual que mi hermano mayor se despertara aullando con una olla en la mano para fastidiarnos, aunque claro, solo cuando estaba de buen humor, y en especial para mí, ya que sabía que estaba con resaca.

—¡A despertarse, pequeñajo, hoy es tu gran partido! —gritaba, golpeando aún más fuerte la olla.

Abrió la puerta de mi habitación y sin tener tiempo de esconderme ya estaba encima de mí inmovilizándome los brazos, mientras yo intentaba quitármelo de encima. Hubo una serie de golpes, puñetazos, patadas, pero fue en vano, ya que James era un luchador nato.

—¿Cómo te llamas?

—Tyler Ross.

—¿Quién eres?

—Un campeón.

—¡Más fuerte! No te escucho.

—Un campeón.

—Repítelo todo.

—Me llamo Tyler Ross y soy un campeón —solté enfadado. Había llegado a casa hacía unas horas y ya estaba molestándome.

—¿Eso es lo más fuerte que puedes hablar, marica? ¿Eres un Ross, no es así? Mira, enano, si tienes mi apellido demuéstalo.

Esa conversación era la típica que había todos los viernes por la mañana cuando tenía partido, por lo que tomé todo el aire que mi boca podía aguantar y respondí.

—¡SOY TYLER ROSS Y SOY UN CAMPEÓN! — grité con todas mis fuerzas, a lo que recibí un golpe en mi mejilla.

Me llevé ambas manos ahogando un grito, mientras que mi hermano bajó de mi cama y se dirigió a la puerta sin antes tomar su olla y su cuchara de madera.

—Si gritas así en el partido seguro que pierdes, enano — se despidió, saliendo de mi habitación con una sonrisa burlona.

Me quité la ropa interior, que era lo único que llevaba puesto, y entré a la ducha.

Ayer había habido fiesta en casa de Lauren, mi novia. Aunque era una relación más bien solo para aparentar en el instituto, teníamos nuestras libertades. Como por ejemplo ayer, que besé a cinco chicas, llegué a segunda base con dos y a tercera solo con una, algo que a Lauren no le importa si en el instituto solo la beso a ella como supuestos novios.

La fiesta en un comienzo partió siendo solo con unos cuantos amigos hasta que llegó todo el instituto, e incluso los de último curso, entre ellos mi hermano mayor, al que ya conocieron, James.

Al ya estar listo entré a la cocina a comer algo y ahí estaba con su olla puesta en la cabeza como un sombrero y a su lado Mark con una sonrisa dibujada en su rostro, estos son mis dos hermanos mayores. James está en último año, Mark en penúltimo y luego vengo yo. Estos dos estaban compitiendo en quien se terminaba primero sus huevos con tocino. Algo típico en casa de los Ross, siempre todo era una competencia.

James era el que le había dado el prestigio a nuestro apellido en el instituto, ya que cuando tenía mi edad salía con una chica de último curso, además de que estaba buenísima y era mayor que él. Luego Mark se destaca por su romanticismo y ser un cupido. La chica que tiene la suerte de caer en sus ojos sabe que será como un príncipe. Es así como nuestro apellido Ross en el instituto es una leyenda, somos como decirse... los reyes del instituto.

—He ganado —dijo James mientras miraba intimidantemente a Mark.

—Te he dejado —se defendió, dándose la vuelta y llevando los platos sucios al lavaplatos para irse de una vez. James y yo nos miramos, sabíamos que no era cierto. Mark era el que la mayoría de las veces perdía.

—Por fin llegó —se burló este cuando pasó a mi lado—. ¿Qué pretendías? ¿Despertar a toda la casa? —Había llegado hacía al menos tres horas y me había olvidado las llaves, así que no tuve más remedio que escalar hasta llegar a mi habitación. Con mis compañeros no podíamos parar de reír.

—Si no saliste ayer es tu problema, no me vengas a molestar —James rio por el bajo, a lo que Mark se me acercó aún más con el ceño fruncido.

—Ayer me llevé mi salida a la cama —me dijo sonriendo como engreído, y yo lo miré interrogante—. Está arriba, ni la toquen, es mi novia —se apresuró a decir—, es Diana.

—¿Del instituto? —pregunté intrigado.

—Claro que no, es modelo, va a clases en casa —aunque Mark ya nos había advertido fue en vano, ya que al escuchar la palabra modelo James y yo comenzamos a correr hacia el segundo piso sin pensarlo dos veces. — ¡Ni se atrevan! —gritaba Mark desde abajo viniendo tras nosotros.

Iba a la delantera, James estaba detrás, pero yo sabía que era más rápido. Entre gritos y risas, empujones y tirones salí rodando al piso, ya que el infeliz tomó un vaso olvidado que

alguno de nosotros habíamos dejado por la casa ayer y se lo llevó a mis pies, por el susto frené y salté para no pisar los vidrios cayendo al suelo. Yo me lamentaba gritándole a James insultos, pero este solo me sacó el dedo del medio y entró victorioso a la habitación de Mark, cerrándola con cerrojo. Al poco rato apareció por detrás Mark, enojado.

—Ya es tarde —le dije. James ya debía hacer lo suyo con su tal... Diana. Que por el momento no había forzado la puerta para salir, al parecer estaba a gusto con James.

—Maldito imbécil.

—Mejor olvídala, hermano —le consolé parándome de una vez y encaminándome de vuelta a la cocina, ya que mi estómago pedía comida a gritos.

Pude escuchar cómo Mark golpeaba la puerta para que lo dejaran entrar, mientras se pasaba la mano por su cabello rubio, furioso al no obtener respuesta. «Pobre», pensé mentalmente, ha habido dos veces ya en que Mark ha pillado a James con sus novias.

—¿Quieres una fruta, Tyler? —me preguntó Martha, la señora del servicio. Yo ni la miré y seguí tomándome mi bebida; ese era el desayuno tan natural en mi hogar, unas frituras más una Coca-Cola. —Uno de mis nietos tiene tu edad, está en Colombia... —siempre con el mismo cuento, volqué los ojos.

—No me interesa —le dije ya cansado, no quería escuchar su espantosa vida. ¿Para qué?

Esta me miró, no puedo describirla bien, enojada pero más bien algo... ¿Triste? ¿Decepcionada? Qué más da, la cosa era que hoy es el partido, luego el baile de primavera y finalmente la fiesta en mi casa donde por fin se podía celebrar con alcohol nuestro triunfo. Estupendo, ¿no?

—¿Dónde está papá?

—Se fue temprano al trabajo, no vuelve hasta el lunes —respondió sin siquiera mirarme. No le di importancia. Estupendo, sin Fernando, mi padre, iba a ser una pasada. Aunque de todas formas nunca estaba, no era nada del otro mundo. Mi padre está en la política, se presenta para alcalde en las próximas elecciones, que serían en unos tres meses.

—¿Kelly?

—Se fue a Punta Cana, enano —ese era Mark, que se sentó en uno de los asientos de la isla con una cara espantosa. Kelly era nuestra madrastra.

—¿Hasta cuándo?

—Una semana, se fue con sus amigas.

—¿Georgina? —le solté.

Mark me miró riendo, todos sabían de la aventura de James con ella. Mi sueño algún día era tener algo con ella. Era la típica amiga de Kelly que nos miraba todo el tiempo, había llegado a besarla el año pasado en una comida, le había dado un *tour* por la mansión y ni me sacaba el ojo de encima, por lo que aproveché y lo intenté.

—Qué mujer, ¿eh? —dijo con deseo.

Los dos comenzamos a reír nuevamente. En realidad con mis hermanos nunca hemos sido tan cercanos, cada uno tenía su lado, sus amigos, su habitación, sus problemas. En resumen: cada uno tenía su vida. Pero era más cercano con Mark que con James, que siempre estaba en la cama con una chica. James era un holgazán, no hacía ni un deporte salvo salir a trotar. Lo que lo hacía un casanovas era su auto último modelo, además de ese rumor que salía con chicas mayores, haciendo que todos los hombres lo admiraran y las chicas lo miraran con deseo.

Mark era más bien el chico tierno que las de mi curso y hasta las chicas más pequeñas soñaban, era como un príncipe azul, siempre atento con toda clase de chicas, nunca había tratado mal a una, era estudioso pero nunca considerado un sabelotodo, y además era el hermano de James Ross.

Y finalmente venía yo, el capitán del equipo de fútbol americano de la escuela, el más guapo por cierto y con la novia más codiciada del instituto. Además, nuestra familia era la más adinerada e íbamos a un instituto público, por lo que llamábamos la atención.

—¿Qué es eso?

—El trabajo de ciencias de James, no tengo la menor idea de lo que es.

—Creo que prefiero no saberlo —le respondí. Lo que haya llegado a querer hacer James, no era eso. Parecía una montaña rusa con pelotas de colores esparcidas por todos lados, sin olvidar el pegamento, que se podía notar desparramado en cualquier dirección, además de tres palos que seguramente se le habían roto y el muy idiota había juntado con chicle.

En ese momento se escuchó el timbre, Mark fue corriendo a terminar de vestirse, pues seguía en bóxer y una sudadera. Algo normal, ya que solo somos hombres.

Este en menos de un minuto corría por la escalera, tropezando, a lo que yo me burle de él, y me tiró un lápiz que con la suerte que tenía esquivé.

—Adiós enano —gritó desde la entrada, donde se escuchaban bocinazos de sus amigos —. Si ves a Diana dile que la espero a las siete fuera de su agencia —volqué los ojos, incrédulo, pobre Mark.

Luego de unos quince minutos por fin apareció James con el pelo algo desordenado y el cuello algo sonrojado.

—¿Terminaste? —le pregunté algo enojado. No se me había olvidado el vaso que había estrellado en mis pies.

—¿Terminar qué? Acabo de comenzar, esa Diana... —me miró dándome a entender a qué se refería, no quería saber más.

—¿No estabas de novio? —recordaba ayer a James arriba de la mesa de Lauren borracho diciéndole a una chica de su curso que si quería ser su novia y diciendo puras cursilerías.

—Puf... eso fue ayer, hoy es Diana —respondió sentándose en una de las sillas que antes había sido ocupada por Mark, tomó la leche sin siquiera ponerla en un vaso, llevándosela a los labios.

Yo lo miré sin creérmelo, James era mi ídolo.

La mismísima Diana era una modelo sin lugar a dudas, debía medir más de un metro setenta, cabello lacio, rubio corto muy bien cuidado, llevaba solo un vestido negro que la hacía verse una diosa, y cuando la vi bajando las escaleras no pude cerrar la boca. Era impresionante.

—Tú debes ser... Tyler —me saludó tomándose la cara y planteándome dos besos en cada mejilla. Tenía un acento, ¿francés? Yo seguía ahí mirándola embobado.

—Nena venga ya que vas a llegar tarde al trabajo —habló James tomando su chaqueta de la mesa de la entrada, mientras movía sus llaves entre sus dedos. La francesa me dedicó una mirada que me derritió por completo y fue hacia la entrada, yo seguía ahí, en el mismo lugar desde hace tres minutos sin hablar.

—Ty, ¿quieres irte caminando al instituto? —me gritó James, a lo que yo sacudí mi cabeza para volver a la Tierra, solo asentí y me fui corriendo hacia su auto. Los viernes

siempre me iba con James, en realidad era para volverme con Lauren luego y quedarnos en mi casa haciendo... bueno, ya se lo imaginan.

Nos subimos a su Maserati Gran Cabrio Sport rojo, que era una pasada. Diana protestó diciendo que mejor volvía en su auto, que lo tenía aparcado en la calle, pero James se negó asegurándole que él la pasaba a buscar para llevarla a la fiesta en nuestra casa y luego ella se iba con su auto. Diana acepto plantándole un beso a James en los labios a lo que yo sonreía mirando hacia el cielo, con mis manos entrelazadas detrás del cuello. Hoy iba a ser un día muy largo.

Dejamos a Diana en su departamento, luego llegamos al instituto, donde todas las mujeres nos dirigieron miradas descaradas, algo muy usual cuando llegaba con mi hermano, ya que eran dos Ross en un auto. James, como siempre, las ignoró a todas, para él era la mejor táctica, hacerse el duro y poco interesado, así las chicas se quedaban con ganas. Yo en cambio busqué a Lauren con la mirada, que estaba hablando con el equipo de animadoras moviendo su cabello negro oscuro y largo de un lado a otro. Vestía una falda rosa que le llegaba hasta más arriba de la cintura, algo suelto, pero le quedaba cortísimo, lo que hacía mostrar sus definidas piernas, que la mayor parte de las veces me ponían loco, más una blusa blanca con cuello rectangular, algo muy Lauren.

—Para de babear Ty, concéntrate —me sacó del trance James, que me golpeó la cabeza, yo solté un gruñido ya enojado, era la segunda vez que me golpeaba en el día. —Hoy tienes partido, el más importante de la temporada, si no lo ganas, ¿Entiendes lo que pasaría?

—Perderíamos.

—No solo perderías el juego, me dejarías en total vergüenza. Nadie quiere ser hermano de un perdedor, ¿vale?

Asentí, era cierto. Yo no quería ser un perdedor y James tampoco. Iba a ganar este partido aunque fuera de vida o muerte.

—Voy a ganar, idiota, no soy un perdedor. ¿O qué? ¿Crees que Tyler Ross podría llegar a perder un partido? —solté un bufido—. James, estás hablando con el mejor jugador de fútbol americano en todo Chicago —alardeé, a lo que James se sacó los lentes de sol riendo.

—No me defraudes —fue lo último que escuche de él cuando por fin salí del auto.

—Suerte en tu exposición —le dije despidiéndome.

—¡Mierda! ¡Mierda! —escuché que decía James llevándose las manos a la cabeza—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? —me saltó encima tomándome de la camisa, algo exaltado.

—¿Perdón? No es mi problema, ahora suéltame —le grité sacándomelo de encima—. Te hice un favor, tu trabajo era espantoso.

Pensé que iba a golpearme, pero en cambio salió disparado hacia el coche. Lo último que escuché de James fue su motor arrancando a toda velocidad. Iba a tener que esperar un milagro, ya que el timbre ya había comenzado a sonar anunciando el comienzo de las clases.

—¿Tyler Ross? —me preguntó una chica por detrás.

En mi cabeza sentía un dolor tremendo de la maldita jaqueca que tenía por la fiesta de anoche, luego ya había sufrido dos golpes esa mañana, más la ira de James hace segundos y además al ver a esa enana con gafas, el cabello tomado en una cola mirándome con algo de timidez y con aire de ser una sabelotodo, no me quedaba paciencia, y menos para ella.

—Eh, ¡Steve! —grité hacia mi amigo, que estaba a unos metros bajando de su coche, me alejé de ella, y con la suerte que tuve ni se me acercó por detrás, como me había esperado.

Estaba saliendo de Historia, mi primera clase. Cuando vino Lauren hacia mí, mirándome sensualmente, por detrás podía ver como todos los chicos la miraban, algo totalmente normal.

—¿Quieres escapar? —me preguntó haciendo un puchero, tomándome de la chaqueta del equipo de fútbol americano, acercándose mucho a ella.

Hice una mueca pensándomelo bien, soltándome de su agarre, dándole la espalda, luego caminé unos pasos dejándola atrás, y ni se movió. Y bueno soy Tyler Ross, ¿Qué más podían esperar de mí?

—¿Qué haces ahí parada? Vamos —le dije dándome la vuelta hacia ella y mirándola extrañado. Estaba que explotaba de carcajadas con la cara que puso.

Ella se mordió el labio y corrió hacia mí tomándome el rostro y llevándose sus labios a los míos, y como siempre el beso fue como cualquier otro, totalmente salvaje y excitante. Yo me la llevé hacia los casilleros, aplastándola hacia mí. Era la típica escena que siempre montábamos en el instituto para dejar claro quiénes eran los reyes, y además hoy se votaban para el baile de primavera el rey y la reina. Por supuesto nosotros encabezábamos la lista.

Yo empecé a besar el cuello de Lauren mientras ella reía como una cría.

—Disculpen —una voz tartamuda nos hizo separarnos. Yo seguí besándola sin ni siquiera mirarla, pues sabía que no era ni un profesor ni alguien mayor. Por su parte Lauren soltó una burla—. Quiero abrir mi casillero.

—Cuatro ojos lárgate que se te cae la baba.

Ni miré a la chica, aunque su voz me sonaba extremadamente familiar. Era la típica frase que usaba Lauren hacia las chicas que me miraban, algo que solo le molestaba en el instituto.

Seguimos con lo que estábamos haciendo sin movernos, Lauren hizo un giro para dejarme a mí en la posición donde antes estaba ella y tomó la iniciativa, besándome ella el cuello.

Nos separamos cuando el entrenador del equipo pasó junto a nosotros haciendo sonar el pito en nuestras orejas.

—Ross te quiero en mi oficina ya —no lo soportaba, era un anciano que hace más de diez años que debía ya haberse jubilado—, y tú, preciosura, has algo productivo y anda a clases, por el amor de dios —le exigió a Lauren. Además, debía de ser ciego, ya que era la única persona que trataba de esa manera a mi novia, como si fuera una niñata sin neuronas.

Lauren me dio un beso rápido en los labios y salió corriendo a clases. No me había dado cuenta de que ya no quedaba nadie en los pasillos, y al ver como el entrenador ya había empezado a caminar en dirección a su oficina me fui tras él arrastrando los pies, cansado.

—¡Enano! —me grito Mark, que estaba saliendo del baño luego de saludar al entrenador, que como ya verán le caía estupendo a Mark—. ¿En qué problemas te metiste ahora?

—El entrenador quiere hablar conmigo.

—Este niño necesita disciplina, Mark, necesita que le den límites —decía el anciano Whitey saludando a mi hermano con un apretón de manos.



Mark reía mirándome y volcando los ojos como si fuera mi padre.

—Está en su etapa de inmadurez Whitey, solo hay que esperar que se le pase.

—Ese es el problema hijo, no sé si se le llegará a pasar.

—¿Hola? Estoy aquí, por si se han olvidado.

Los dos se voltearon a verme, Mark se marchó sin antes hacerle un cumplido al entrenador sobre su estado y pasando junto a mi guiñándome un ojo; en cambio el anciano siguió su camino hacia la oficina sin siquiera mirarme.

Por fin llegamos, me desplome sobre la silla ya cansado, mis ojos estaban a punto de cerrarse.

—¿Qué hice ahora?

—¿Que qué hiciste? Mira niño consentido, supe que ayer te montaste una fiesta con la mayor parte del equipo. ¿Y te digo qué? Dos defensas faltaron a clase llamando que no se sentían bien para el partido de hoy. ¿Entiendes lo que digo? Dos jugadores estrella no estarán para el partido. ¿Por qué? Porque el capitán del equipo se montó una fiesta el día antes —el entrenador puso los brazos en jarra, furioso—. ¿En qué mierda estabas pensando?

—Qué más da, me tienes a mí.

—¿Que te tengo a ti? —me gritó furioso. Sonaba como pregunta, pero realmente Whitey lo decía al viento, como si creyera que una fuerza sobrenatural estuviera en la oficina junto a él—. No me hagas reír, con tu orgullo no vamos a ganar.

—¿Qué quiere que haga?

—Quiero que traigas de inmediato a todo el equipo —yo asentí con la cabeza. Me daba una lata terrible ir a buscarlos a todos—. ¡Ahora! Vas a arreglar este desastre.

Me levanté del asiento lo más rápido posible, quería salir de ahí. Fui hacia uno de los baños y marqué el número de Steve, mi mejor amigo.

—Steve a tus órdenes —me respondió de inmediato. Por detrás sentí como una voz femenina anticuada le gritaba que saliera de... ¿La clase? Solté una carcajada. Muy típico de Steve responder el celular en medio del aula—. Listo, ya estoy fuera ¿Dónde estás?

—En el baño, pero no vengas. Primero búscate a todo el equipo, tenemos práctica.

—¿A esta hora?

—Whitey, es por Jason y Yerko —le comenté—, están enfermos luego de la pasada de ayer y no van a jugar hoy.

—¿Me estás jodiendo? —exclamó fuera de sí—. Nos van a estrangular.

—Claro que no.

Steve se quedó en silencio un momento, seguramente meditando qué podía hacerse.

—Llamaré al equipo.

—Estaré en la cancha calentando —finalicé cortando el móvil y pensando qué estrategia de juego debíamos usar esta tarde para darles una patada en el trasero a nuestros enemigos—.

«Qué día», me dije.

Ya estábamos calentando. Steve se tomó cinco minutos en reunir a todos los jugadores. Cuando ya habían llegado todos les di las órdenes de las jugadas haciendo dos equipos para ir jugando de una vez. Whitey llegó luego contándole a todos que jugaríamos sin Jason y Yerko, a lo que se escucharon suspiros frustrados.

—No sean niñas —les grité, a lo que todos dirigieron sus miradas hacia mí—. ¿Quiénes somos?

—¡Los Red Dragons!

—¿Y cómo somos?

—Invencibles.

—¡Más fuerte! ¿Quiénes somos?

—Los Red Dragons.

—¿Y cómo somos?

—Invencibles.

—¿Quiénes somos? —volví a repetir ahora con la garganta.

—¡LOS RED DRAGONS!

—¿Y cómo somos?

—¡INVENCIBLES!

Todos saltamos a gritos y aplausos para alentarnos.

—Aunque nos falten dos jugadores tienen que saber que vamos a ganar de todas formas. La única regla que deben tener clarísima es pasarme el balón cuando tengan la oportunidad. ¿Entendido? —les dije a todos mirándolos a cada uno para ver si les quedaba claro. Todos asintieron con la cabeza.

—Bueno, si terminaste con tu discurso, muévase —me cortó el entrenador—. Tú también, Ross, mueve tu tan grande ego a la cancha. ¡Ya!

Nos perdimos las tres horas siguientes jugando, y luego Whitey nos obligó a volver a clases, ya que no podía llegar el partido y que todos ya estuviéramos sin fuerzas. Nos necesitaba con la energía máxima si quería que ganáramos el partido.

Ya estaba en la cafetería, estaba con todos los chicos del equipo entrando con nuestra chaqueta que nos distinguía de los demás, como siempre yo iba a la cabeza hablando con Steve. Él era el segundo mejor jugador sin lugar a dudas. Pedimos nuestra comida y nos dirigimos a nuestras mesas. Eran las dos de más al fondo de la cafetería, así podíamos hacer puras idioteces sin que los profesores nos pillaran. Mientras me acercaba a mi mesa con los chicos riendo e imitando al entrenador, me percaté de un flacucho que estaba caminando hacia nosotros, se hizo a un lado para dejarnos pasar, pero aunque fuera cruel alguien tenía que serlo, era una tradición. Todos los viernes en el almuerzo cuando había partido.

Antes de que se escapara les ordené con señas que lo agarraran.

—Vamos, la víctima ya ha sido elegida —dije aplaudiendo mientras dos del equipo tomaban sus brazos mientras este trataba de zafarse pidiendo clemencia.

Tomé su bandeja. Hoy nos habían dado puré de patatas. Empujaron al perdedor hacia una mesa donde lo dejaron recostado encima. Toda la cafetería nos miraba, mientras que afuera, donde comían los mayores, vivían en su mundo sin siquiera mirarnos.

—¡Por favor, no lo hagan! Por favor... no —iba gritando tratando de hacer fuerza, pero era inútil, mis chicos eran el triple de fuertes que ese saco de huesos.

—Buenas tardes, damas y caballeros, mujeres y hombres, hembras y machos, alumnos y alumnas, mis fieles compañeros y compañeras —les saludé con una sonrisa mostrando mis perfectos dientes—. Como todos los viernes antes del partido hemos elegido a nuestro sacrificio de honor para honrar a los dioses de... —hice un gesto apuntando al cielo, volcando los ojos, a lo que toda la cafetería comenzó a reír, esperé que hubiera silencio de nuevo para proseguir—. Bueno, aquí lo tienen. Su nombre a quién le importa —carcajadas nuevamente—. La cosa es que si ganamos este perdedor podrá vivir tranquilamente como antes, pero si no el pobre será colgado de la bandera que hay en la entrada del instituto.



Como ya ven el equipo hará todo lo posible para que eso no suceda y salvar a nuestro queridísimo perdedor —guiñé un ojo hacia todas las bellezas que me miraban, entre ellas las chicas con las que me había ligado y también Lauren, que estaba junto con las animadoras—. De nada por mi discurso y un aplauso adelantado para nuestro triunfo de esta noche —toda la cafetería saltó a gritos, aplausos y risas.

Los del equipo, como era tradición, bueno tradición que yo inventé, me abrieron paso para ir hacia la víctima, que seguía forcejeando, me acerqué a él y sin siquiera mirarla le unté todo el puré en la cara, a lo que me volteé al terminar mi trabajo hacia el equipo con los brazos levantados chocando cuerpos con todos mis compañeros.

—Invencibles —vociferé.

—Invencibles —repitió todo el equipo, más la mayor parte de la cafetería.

El día, que se me había hecho extremadamente largo, había llegado a su fin, cada clase más aburrida que la otra. Lo único que había hecho realmente era gritar y reír con los del equipo y molestar a uno que otro perdedor, como hacíamos todos los días.

—Ross, ¿estás escuchando? —me interrumpió la anciana que tenía como profesora de Literatura, que era mi última clase del día. Yo solo asentí poniendo mi carita de cachorrito. Pero esta ni se inmutó.

—He leído sus trabajos y solo puedo decirles una palabra: decepcionantes— la anciana iba puesto por puesto entregándolos, para mi sorpresa había sacado una pésima nota, al menos tenía por asegurado que iría a la universidad por mi padre o por alguna beca de fútbol americano. El trabajo trataba sobre un tema cualquiera, pero debía ser profundizado. Yo había elegido mi balón de fútbol americano y hablé de lo bueno que soy jugando.

—¿Qué nota, Ross? —me preguntó Steve más los del equipo. Les mostré el trabajo y todos comenzaron a reír, aunque ellos habían tenido peor nota que yo.

—Silencio, señor Ross, lo voy a echar de mi clase —me amenazó. Yo me crucé de brazos pero me callé, no quería que Whitey me sacara del partido si se enteraba.

La profesora ojeó su cuaderno con las notas, por mientras los del equipo bromeaban y molestaban unos a otros, yo me restaba a contemplar el espectáculo y a sonreír a una y otra chica que se cruzaba con mi mirada. El sonido de unos libros caerse en los pupitres de primera fila llamaron mi atención. Ahí estaba una chica con el pelo oscuro, castaño.

—Gafotas, que se te cayó tu vida social —se burlaron unos de los chicos del equipo, a lo que yo también reí, aunque no tenía ni la menor idea de quién era.

Toda la clase comenzó a reír por el comentario, y la chica solo se restó a tomar sus libros para ponerlos en su lugar, sin voltearse hacia donde estábamos.

—Haley Dickens, pasa adelante y lee tu trabajo, que fue el único pasable entre todos estos monos incivilizados.

Haley

Estaba nerviosa cuando la señora Torres me llamó hacia adelante. No pude ni creérmelo. Mis manos temblaban y pensaba que iba a desmayarme en cualquier comento.

Solo pude asentir con la cabeza y tomar mi trabajo, en el que había sacado un sobresaliente. Por detrás pude escuchar unos bufidos, pero no les di importancia, no iba a derrumbarme por lo que dijeran unos jugadores de fútbol americano sin cerebro.

Ni me di cuenta, cuando ya estaba al frente de toda la clase, al alzar la vista pude ver a Tyler Ross, ahí sentado. Con su rostro esculpido de un ángel. Sus cabellos rubios algo ondulados le daban un aire rebelde, me quedé como tonta mirándolo hasta que otras burlas que dijeron sobre mí me hicieron volver al mundo real.

Apreté con fuerza el papel que tenía en mis manos y mentalicé en mi cabeza que debía hacerlo bien para no ser el hazmerreír como siempre.

—La máscara que nos disfrazamos —dije leyendo el título. Exhalé e inhalé pausadamente y seguí—. ¿Una máscara? ¿Un disfraz? ¿Un sentimiento? ¿Un engaño? ¿Un defecto? ¿Un deseo? Todos queremos ser algo que no somos. ¿Para qué? Para ocultar esos defectos que cada uno de nosotros tiene dentro, para engañarnos a nosotros mismos. Esa es la máscara que nos disfrazamos cada vez que hacemos algo que en vez de hacernos algún bien, nos hace ser malas personas, solo para disimular ser alguien que no somos, solo para caer bien. ¿Caerle bien a quién? Caerle bien a alguien que seguramente no vale la pena. ¿Porque quién lo vale si hay que disfrazarse para estar a su altura? ¿Es algo normal tener que ser otra persona por miedo a ser rechazado? No, no lo es. La vida es corta para estarla viviendo de la sombra de alguien. Cada persona es diferente, cada persona tiene algo que aportar al mundo y si todos vamos a estar con una máscara disfrazados, ¿qué sentido tiene? Solo quiero dejar claro que la vida no es para vivirla disfrazado, y en cambio sí es para vivirla tal cual somos. Sacarse esa máscara que nos ciega y vivirla como adolescentes que somos. Haley Dickens.

Al terminar levanté la vista para ver qué les había parecido y el único que estaba aplaudiendo era Simon, mi mejor amigo, y tres compañeros de primera fila. En cambio, el equipo de fútbol americano, que estaba lo más atrás, se habían perdido lo más seguro en el momento que comencé a hablar. Tuve una leve esperanza de que Tyler Ross hubiera escuchado mi trabajo, pero al verlo éste estaba coqueteando animadamente con una chica a su lado.

Sentí como si me tiraran un balde de agua fría. Ni había notado mi existencia.

Tyler

Ya era hora del partido, estábamos en los camarines cambiándonos. Se podía notar lo nerviosos que estaban mis compañeros, yo en cambio sabía que íbamos a ganar, no me cabía duda. Por mi parte iba a dar todo lo que podía. No iba a llegar al baile de primavera como un perdedor y luego en la fiesta en mi casa.

El entrenador nos empezó a gritar en la cara como cualquier partido sobre lo importante que era ganar y que estábamos en nuestra cancha y no podíamos darles ni una oportunidad de ganar ni un solo punto.

—Quiero que hoy den todo lo que tengan —iba hablando el entrenador mirándonos a cada uno a los ojos— porque les prometo que ellos van a dar todo en nuestra cancha y este es su momento para demostrarles quiénes realmente mandan —todos aplaudimos, este nos silenció con su mano para que lo dejáramos terminar—. Este es un juego en equipo, quiero que lo tengan realmente claro. Y por último quiero que muevan sus traseros y ganen este partido —gritó.

Todos saltamos y gritamos poniéndonos nuestros cascos, Whitey se acercó a mí para darme algunas indicaciones y estrategias, yo solo asentía y las memorizaba en mi mente.

Al salir hacia el campo las luces me cegaron, miré hacia las gradas, estaba todo el instituto ahí, gritando como locos. Algo usual en todos los partidos. Miré hacia las animadoras y ahí estaba Lauren, que me guiñó un ojo, a mi lado estaba Steve, que estaba mirando en la misma dirección, pues los dos nos habíamos acostado con todas las porristas, sin excepción.

El partido comenzó. Nuestros adversarios eran buenos, su defensa era nuestro punto débil, ya que sin nuestros dos jugadores estrella nos arrasaban cuando tenían la oportunidad. El marcador reflejaba una gran diferencia entre nosotros y ellos. Mi equipo estaba debilitándose y yo no podía hacer mucho, ya que era *quarterback*. Solo me disponía a dar las estrategias en cada juego y tiraba el balón a mi compañero que estuviera al alcance, pero los malditos siempre lo derribaban antes de que pudiera llegar a meter una anotación importante.

Llegamos a la mitad, con ellos ganando por una diferencia enorme, no podía creerlo. Mis manos temblaban y estaba que explotaba de furia, no iba a perder, no iba a hacerlo. Al llegar al camarín me abalancé sobre los casilleros y comencé a golpearlos hecho una furia, lo único que pasaba por mi cabeza era ir donde el enemigo y descuartizarlos uno por uno. Las palabras de James en mi cabeza esta mañana venían una y otra vez.

«Nadie quiere ser hermano de un perdedor». Una y otra vez, seguí golpeando con más fuerza, hasta que el entrenador hizo tocar su pito en mi oreja. Golpeé por última vez y fui hacia donde estaban todos, que me miraban de cierta forma pidiéndome perdón.

Eso no va a arreglar nada, sus malditas caras no iban a arreglar el hecho de que estuviéramos perdiendo el partido más importante de la temporada.

—¿Cuántas veces hemos oído el dicho de que si uno cae, debe ser fuerte y levantarse?  
—Whitey se notaba que estaba igual de furioso que yo, pero en cambio este nos miraba como si nada pasara, para no hacernos perder la esperanza—. Hoy no voy a decírselo, porque aquí nadie ha caído aún. Estamos por hacerlo, de eso que no les quede duda, y por ello son ustedes quienes juntos deben sostenerse para no caer —un silencio—. Este juego no se ha acabado, no hemos caído, así que dejen la cara de que así lo fue, y oigámoslo una vez más —este me dedicó su mirada y supe lo que debía decir.

—¡Red Dragons!

—Invencibles.

—¡Red Dragons!

—INVENCIBLES —gritaron todos.

—Ahora demuéstrenme lo que les he enseñado.

Salimos a la cancha, las palabras de Whitey me habían hecho mejor de cierta manera, me daba cuenta de que no debía darme por vencido. Podíamos ganar, podíamos hacerlo. No me iba a vencer.

Ahí me di cuenta de que la única forma de que ganáramos era si yo metía los puntos, eso quedaba claro en el primer tiempo cuando le pasaba el balón a mis compañeros y estos siempre eran derribados por el equipo contrario, pero no conmigo, a mí no me iban a derribar.

Partió el segundo tiempo y yo sin dudarle al tener el balón en mis manos corrí mientras que mis enemigos estaban sorprendidos, sin habérselo esperado. Yo solo corrí y salté, cuando se me tiraban encima. En un abrir y cerrar de ojos ya había ganado cinco puntos haciendo una anotación increíble. Todo el estadio saltó a gritos alentándonos, yo me abalancé sobre mis compañeros, ahora sí teníamos esperanzas de ganar el partido.

Así fui anotando puntos sin pasarle el balón a nadie, sabía que mis compañeros me gritaban que se los pasara y más de una vez el enemigo me derribó al no haber lanzado el balón. Pero no me importaba, debía ganar el partido, aunque jugara yo solo. Cuando quedaba menos de un minuto, el marcador mostraba que estábamos iguales en puntos. El entrenador me llamo hacia él.

—Ross, si no pasas el balón a tus compañeros, te prometo que te saco del equipo, ¿entendido?

Yo asentí, apenas podía respirar. Me dirigí hacia el centro de la cancha para comenzar el partido, grité la estrategia y el balón llegó a mis manos. Me eché hacia atrás para buscar a quién le daba el balón, mis amigos estaban todos bloqueados por los del equipo contrario, en un momento dado vi el marcador, quedaban cuarenta y cinco segundos, luego al entrenador que me decía con sus gestos que hiciera algo, luego vi a Diana. ¿Diana? Estaba con James gritando, alentándome, me derretí al ver su cuerpazo.

«Concéntrate», me dije mentalmente mientras vi a un jugador. Seguramente debía ser el reemplazo de la defensa, estaba solo, podía tirarle el balón, pero no tenía la confianza de que metiera el punto para hacernos ganar, no podía entregarle el balón si había una posibilidad de que no anotara y perdiéramos el partido.

Allá voy. No le di el balón, estaba completamente solo en esto, necesitaba llegar para anotar. No sentía mis piernas, solo veía cómo iba avanzando.

No pensaba, solo escuchaba mi propia respiración y el sonido del balón mientras corría, cada vez más rápido.

No vi venir a uno de mis enemigos, este se abalanzó contra mí, en ese momento pensé que todo estaría perdido y sería un fracasado el resto de mi vida. Pero no fue así, sucedió exactamente lo contrario. Cuando pensé que ya estaba todo perdido me agaché en el momento en que él había saltado hacia mí, pasando por abajo rodé y me enderecé enseguida para llegar. Todo el estadio gritaba y me alentaba, pero yo solo corría, corría, corría hasta que sin ni siquiera creérmelo había anotado un punto dándole la victoria a los Red Dragons.

Luego de eso todo el equipo se me echo encima, más las animadoras, que habían entrado a la cancha, todo eran sonrisas, risas y gritos alabando mi grandiosa jugada. Yo me sentía en el cielo, como si no estuviera realmente ahí. Ese día era el mejor día de mi vida. Lauren apareció de la nada, me sacó el casco felicitándome por lo bien que había jugado, luego me agarró del uniforme del equipo y me besó. Yo estaba tan absorto por todo que le seguí el beso ahí, enfrente de todo el instituto.

—¡Estás fuera! Te lo advertí, Ross.

No podía ser cierto lo que mis oídos escuchaban. El entrenador luego del partido me había llamado a su oficina para hablar de algo muy importante. El cretino me estaba sacando del equipo.

—Gané el partido, si no fuera por mí los Red Dragons hubieran perdido, un «gracias» al menos estaría mejor —le dije mirándolo confundido.

—Desobedeciste una orden.

Sabía que era cierto y que Whitey siempre cumplía sus promesas.

—No había nadie para darle el balón.

—Claro, ¿acaso tengo cara de estúpido? —Whitey estaba furioso. ¿Qué le sucedía?

—Mire, sin mí su equipo se iría hacia abajo. ¿Eso quiere?

—No te atrevas a hablarme de ese modo, niño, yo sé lo que hago y creo que el equipo estará mejor sin ti.

Solté una carcajada, esto debía de ser una broma.

—¿Sin mí? Sin mí eso no es un equipo, no ganarán ni un partido.

—Sin ti serán un equipo, contigo dentro no lo parecen, solo eres tú y el balón. Tu equipo no juega, solo juegas tú, Ross. Ese es tu problema, tienes un ego tan grande que hundirás al equipo y eso no lo voy a permitir.

—Váyase a la maldita mierda —le solté ya cansado con las estupideces que hablaba—, cuando me venga a rogar que vuelva a su equipo se va a arrepentir —le amenacé. Este se cruzó de brazos sonriendo, burlándose de mí.

Lo que más quería en ese momento era abalanzarme contra él y darle un puñetazo al anciano.

El lunes ya se le pasará —me dije tranquilizándome. El baile de primavera comenzaba en una hora.

—Me gustaría comerte —le planté un beso a Lauren cuando entró en la limusina blanca que había arrendado, además había invitado a venir conmigo a Steve y dos más del equipo con sus parejas, animadoras, por cierto.

Todos estábamos aprovechando de tomar alcohol, champaña. Ya que en el baile estaba prohibido, ya que éramos solo unos críos de 16 años, nos solían decir los profesores la semana antes para que ni siquiera intentáramos entrar con una botella.

—Estás guapísimo. ¿Te felicité por haber ganado el partido?

Ladeé la cabeza pensándomelo, esta soltó una risa colgándose de mi hombro y yo negué con la cabeza.

—No lo creo.

—¡Mentiroso! —me gritó—, pero te lo tienes merecido.

Se me acercó y me comenzó a besar, pude sentir que lo hacía con más deseo que otras veces, como si quisiera mostrarle a los que nos observaban que estaba locamente enamorada de mí. Para mí estaba bien, si ella quería aparentar que éramos los reyes del baile antes de tiempo, no había problema.

Luego de un momento Steve se aclaró la garganta interrumpiendo nuestra intimidad.

—Quiero hacer un brindis —levantó su copa hacia mí— por Tyler Ross.

—Por Tyler Ross —todos dijeron alzando sus copas y llevándoselas a sus bocas.

Llegamos al baile con algo de retraso, ya que preferíamos quedarnos en la limusina bebiendo antes de entrar porque los profesores estaban figoneando hasta por debajo de nuestros zapatos.

Lauren sacó un espejo de su cartera para ver si su cabello, su maquillaje o algo por el estilo estaban mal. Para mí estaba simplemente perfecta, el vestido era rojo, su cabello se lo había ondulado para darle más volumen, se le veía espectacular.

—Te ves bien, vamos —le comenté ya cansado, esta cerró el espejo y sin quejarse esperó que abriera la puerta. Así lo hice y como todo un caballero le tomé de la mano para que saliera con la mirada de la mayor parte de nuestro curso puestas en nosotros. Algo de esperar.

El baile no estuvo mal, Lauren desapareció luego de sacarnos la foto juntos en la entrada, y por mi parte disfruté de ello bailando con un par de chicas y riendo con los del equipo. Por supuesto el comité periodístico me acechaba una y otra vez, ya que querían hacer un artículo sobre mí, y ya me tenían hartos. No se cansaban nunca, lo peor es que

eran puros chicos con caras intelectuales y de sabelotodo que hasta llegué a alarmarme por si era una especie de epidemia y podía contagiarme. A eso llegó Steve espantándolos de una vez.

—Realmente son odiosos —comentó mi amigo cuando ya se habían ido.

—Dímelo a mí.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Prefiero ir a mi casa para la fiesta de verdad —le comenté. James y Mark ya deberían estar ahí preparándolo todo con chicas mayores, con solo imaginármelo sentía el impulso de dejar a Lauren plantada y largarme de una vez por todas.

—Luego de que te coronen rey, nos vamos de fiesta —me animó mi amigo.

Con Steve éramos los mejores amigos desde que entré a la secundaria hacía un año, era por decirlo así mi ayudante personal, sin él estaría perdido. Siempre me consigue lo que quiere y siempre está cuando lo necesito.

—¿Qué mierda pensaba Whitey cuando metió a ese novato al juego? —le pregunté al ver a ese chico que había estado hoy jugando reemplazando a Jason o Yerko.

—Ese “novato” es Simon Adams, entró al equipo al mismo tiempo que nosotros —lo observé atentamente, sin decir nada—. Apesta, nunca antes Whitey lo había puesto a jugar salvo hoy. ¿Por qué el interés?

—Porque su defensa es malísima.

Steve soltó una carcajada.

—Además es un perdedor, mejor olvídale que no creo que lo vuelvan a poner en el juego —me habló encogiéndose de hombros y dando un sorbo a su bebida—. Una fiesta y tomando soda, quien lo diría, damos lástima Ross.

Solté una carcajada, era cierto. Dábamós lástima.

Steve se despidió de mí cuando su pareja, una chica que me había ligado hacía unos meses, lo vino a buscar, guiñándome un ojo al darse la vuelta, yo le sonreí subiendo una ceja.

Así fue pasando la fiesta, yo no vi a Lauren desde que había desaparecido al comienzo y tampoco a Steve, luego de que tuve que bailar con su pareja y esta tampoco sabía dónde se había metido. De todas formas, bailé con todas las chicas que pude pero sin poder llegar a la primera base, pues si Lauren me veía me comía vivo. Así que me resté a hacer cortes y comportarme como un caballero.

Llegó la hora de coronar al rey y reina del baile, que no fue otro que el increíble Tyler Ross. Yo sonreí mirando a mi alrededor con una sonrisa de agradecimiento mientras subía al escenario. Al llegar ahí estaba Lauren, tan perfecta como siempre, mirándome sonriendo de oreja a oreja. La primera que coronaron fue a ella, esta se acercó hacia el micrófono para decir unas palabras.

—Gracias, gracias, gracias, gracias. No saben cuánto se lo agradezco, a todos ustedes por votar por mí, tienen que saber que les quiero a todos mucho, son lo mejor. Chau, pásenlo muy bien —su discurso fue... muy Lauren. Todos aplaudieron mientras ella daba una vuelta modelando su vestido para las cámaras y sentándose en una de las sillas que habían decorado como un trono.

Yo me resté a acercarme al micrófono, primero puse una sonrisa haciendo cara de tierno, donde todas las chicas soltaron un suspiro.

—No soy muy bueno con las palabras... y bueno... con los discursos —hice como si estuviera nervioso, pero realmente solo quería que esto terminara, sin dejar de lado que

quería que todas quedaran locas luego de mi discurso y así en mi fiesta se tiraran encima de mí. Una que otra chica me gritó algo desde el público alentándome, mientras que los del equipo reían, pues sabían que era mentira—. Hoy el partido fue duro, pero conmigo hemos ganado—. Los Red Dragons aplaudieron—. Así que dos victorias para mí el día de hoy está genial, ¿no? —le guiñé el ojo a una chica con la que me había ligado hacía unas semanas atrás—. ¡Ahora, a divertirse! —todos aplaudieron, por supuesto miré solo a las bellísimas chicas que no me perdían la vista.

Sentí como el profesor de química me colocaba la corona y me fui a sentar con Lauren y estuvimos así unos segundos mientras nos sacaban fotos y luego despejaron la pista para dejarnos bailar a la reina y rey del baile de primavera.

Lauren me tomó por la mano y me lanzó hacia ahí, esta se colocó sumamente cerca mientras miraba a la multitud, no entendía qué pasaba realmente en su cabeza hoy, estaba... algo extraña. Pusieron la música típica cursi y nos movimos al vals de esta. Luego de un momento Steve se nos puso al lado con su pareja, y otras se animaron. Cuando ya estaba todo el instituto bailando miré a Steve para desaparecer de una vez, pero este estaba besando a su pareja. Lauren en ese instante me dio un beso en los labios de improvisto. No desaproveché el momento.

Por fin habíamos podido salir de una vez con Steve del baile. Lauren quería acompañarnos, pero nos negamos, no queríamos cargar con una chica atrás mientras hablábamos de puras estupideces.

Nos bastamos a subir al auto de Kyle, que era uno del equipo, mientras que él volvía en la limusina hacia mi casa. Con Steve fuimos manejando como locos, él conducía mientras yo llamaba a Mark, que no contestaba, y luego marqué a James, que luego del quinto tono por fin lo tomó, y estaba borracho. Le dije que íbamos en camino y este ni me tomó atención, parecía que hablaba con alguien mientras lo hacía conmigo.

Al llegar a mi casa ya estaba hecha un lío total, la avenida estaba llena de coches, sin dejar de lado la música que se escuchaba a siete casas de distancia. Estaba ya llena de gente que entraba y salía. Con Steve salimos del coche y entramos.

—¡Enano! —me gritó James caminando hacia mí, borracho, levantándose en los aires con un abrazo—. Eres un ganador, te felicito.

Yo asentí algo sorprendido, todo esto me había dejado con la boca abierta. Diana estaba ahí atrás de James colgando de su mano, esta me abrazó cariñosamente felicitándome.

Estaba todo el instituto del curso de James y Mark, menos el mío, que seguía en el baile, por lo que no dudé ni un minuto en emborracharme y tirarme a algunas tías que estaban más que felices en aceptarme, ya que se habían quedado locas luego de verme marcar la última anotación. ¿Quién no?

En una hora con Steve estábamos en la isla de la cocina, yo me había tomado dos botellas de vodka y Steve dos cervezas y estaba que terminaba una tercera, los dos no podíamos parar de reír al ver a James en bóxer haciendo malabarismos con unas frutas. La mayor parte de las chicas estaban alrededor de él alentándolo, este era pésimo pero parecía que a ellas ni les importaba, solo admiraban su cuerpo. Sin pensarlo me saqué la chaqueta negra y luego la camisa blanca desanudando mi corbata, cuando quedé con el torso desnudo le arrebaté las naranjas y los dos nos tirábamos rápidamente las frutas haciendo malabarismos juntos, las chicas aumentaron alrededor, obviamente por mí. James y yo reíamos como idiotas cada vez que perdíamos el equilibrio y se nos caía alguna fruta.

Luego de un rato ya me había cansado del juego, mi cabeza daba vueltas y creía que iba a desmayarme, a lo lejos vi a Lauren y Steven, me acerqué a ellos y esta se me colgó de inmediato repartiendo besos alrededor de mi rostro y cuello, parecía que ella también estaba borracha, al hacer contacto con su boca.

—Enano —me gritó James desde dentro, que seguía con la misma pinta.

—Qué guapo, James —le dijo Lauren riendo.

—Cuando quieras. ¿En mi cuarto o en el suyo? —bromeó apuntándome. Lauren se sonrojó.

—Deja a mi novia en paz —le encaré, pero no pude evitar reír, el alcohol no me favorecía en ese momento—. ¿Qué quieres?

—Que vayas a comprar alcohol, ya no queda y sabes que esto se convertirá en la peor fiesta de la historia de los Ross si se acaba.

—¿Por qué no vas tú?

—Porque yo me voy a la universidad en unos meses, es a ti al que se le arruina la reputación si esta fiesta es un fracaso.

—¿Y Mark?

—No lo he visto, no molestes y anda, el tiempo es oro nene —me espetó moviéndome de un lado a otro. James estaba aún peor que yo.

Comencé a caminar hacia la puerta para salir de una vez luego de colocarme la camisa, si me apresuraba llegaría antes y no me perdería la fiesta, que estaba en su clímax. En el camino me encontré con jugadores del equipo que se animaron en ir conmigo.

Cuando iba a abrir la puerta en esta apareció ese tal... se me había olvidado el nombre, pero lo reconocí al instante, era él.

—Vaya, vaya, vaya, pero si es nuestro jugador estrella —ni supe lo que estaba diciendo cuando todos mis amigos me miraban interrogantes echando un vistazo al chico que tenía delante de mí, que me miraba asustado y sorprendido—. ¿Cómo estás?

—Bien —logró decir tartamudeando.

—¿Bien? Me alegro —le respondí sarcásticamente y me acerqué a él empujándolo—. Sabes, casi me cuestas el partido de hoy, no te hagas el confundido, sabes perfectamente de qué hablo —le encaré; este me miraba con una mueca sin entender—. Si lo mal que jugaste se veía a kilómetros de distancia —unas risas por detrás me hicieron darme cuenta de que había llamado la atención de la fiesta.

Di otro paso hacia él, pero este retrocedió, no me contuve más y corté la distancia que nos separaba para tomarlo por la chaqueta negra que tenía puesta y levantarlo por los aires, a lo que este trataba de zafarse pero le era imposible. En ese momento todo mi enojo por lo que pasó con Whitey y que me habían sacado del equipo me vino de golpe y sin pensarlo le golpeé en la cara con todas mis fuerzas y cayó al suelo gimiendo de dolor. Una chica entre la multitud fue hacia él gritando como loca. No le di importancia.

—Fracasado —le escupí saliendo de una vez por todas de mi casa con los del equipo por detrás comentando lo que había sucedido, riendo y dándome cumplidos de lo bien merecido que se lo tenía.

Fui hacia donde guardaba Mark las llaves del jeep, que para mi sorpresa estaban ahí.

En un momento a otro estábamos todos volviendo hacia mi casa habiendo comprado unas veinte cajas con botellas de todo tipo de alcohol embotellado. Había sido una pasada.

Un bocinazo a mi lado me llamó la atención, estábamos en un semáforo esperando la luz.





—Tú —me dijo alguien del auto que estaba a mi lado. Veía algo borroso, por lo que no pude deducir quién era—. Sí, a ti te hablo, marica —ahí note que era el capitán del equipo adversario del partido de hoy más unos cuatro chicos más—. Te echo una carrera. ¿O tienes miedo?

Solté una risa.

—¿Quieres perder de nuevo? —le molesté haciendo sonar el motor.

—Eso lo veremos —fue lo último que dijo cuando aceleró.

—Mierda —solté poniendo mi pie en el acelerador al instante, no había notado el cambio de luz.

Los chicos por detrás me chillaban para que me apresurara, yo gritaba con toda la adrenalina subiendo por mi sangre. La mezcla de mi borrachera más mis compañeros gritándome en el oído y la presión de ver el auto de mi enemigo a unos metros más adelante me volvió loco, no iba a dejarlos ganarme, nadie podía conmigo. Nadie iba a ganarle a Tyler Ross. Hice algunas maniobras y en un abrir y cerrar de ojos estábamos en la misma distancia, los chicos bajaron las ventanas y comenzaron a fastidiarlos con insultos y escupiendo, en cambio ellos cerraron las ventanas, algo misteriosos, susurrando entre ellos. No estaba seguro si era producto de mi borrachera o estaba sucediendo realmente, cuando sentí que golpeaban el lado izquierdo en donde estaba manejando.

—Ross, están tirándose encima —gritaba uno de mis compañeros en mi oído.

Ahí me di cuenta de que no era mi imaginación, el maldito hijo de puta estaba haciendo trampa. Me seguían golpeando el coche y yo me abalancé hacia ellos. Si estos iban a jugar sucio pues yo también.

Hubo una serie de golpes, por parte de ellos y en respuesta por mí, la avenida estaba a unos metros más para acabarse. Y seguíamos en empate.

No sé cómo paso ni lo recuerdo bien, lo último que escuché fue el grito del copiloto cuando el coche se salió de control al impactar el golpe que me dieron mis enemigos. Traté de mover el volante y tomar el control, pero me fue imposible, nos fuimos hacia la derecha y en un intento fallido me traté de dar la vuelta, pero el coche se fue hacia abajo y terminamos dando giros. Un golpe en mi cabeza de un dolor infinito, como si una persona tomara una piedra y me golpeará ahí cientos de veces, me hizo perder el conocimiento. No escuchaba a mi alrededor, solo sentía que volaba por los aires, perdiendo el juicio.

*Ahí, justo ahí, mi vida había terminado para siempre.*

*En las películas siempre mostraban primero una película o flashback de tu vida donde pasa por tus ojos recordando cada momento especial, como tus primeros pasos, tu madre cantándote una canción, tú y tu novia y bla bla bla, o si no era el caso un camino oscuro y una luz a lo lejos, donde si caminas hacia ahí realmente estarás muerto. Pero a mí no me sucedió ninguna de las dos cosas ni nada parecido. Solo sentí que caía, caía en un vacío, sintiendo lo mismo que cuando subes a una montaña rusa y crees que tu corazón va a salir volando en cualquier momento.*

*No veía ni escuchaba nada, solo esa sensación de caer una y otra vez.*

*Algunas personas podrían estar agradecidas por haber muerto, ser un alma libre, vivir de cierta manera para siempre en un lugar de tranquilidad y paz, pero sinceramente en ese momento lo único que deseas es volver atrás y hacer las cosas de manera muy distinta. Te arrepientes de todos los errores de los que antes no te habías dado cuenta y que ahora eran tan evidentes, errores que ahora no podías remediar, ya que era simple. Estabas muerto. Todos los logros y metas que te propusiste ya no iban ser cumplidas, todos esos sueños con los que te despertabas cada mañana estaban tan muertos como tú.*

*Ese fue el momento cuando vi que mi vida había acabado, o eso era lo que yo pensaba.*

*Porque aunque suene loco, la vida me había dado una segunda oportunidad, o eso creí en un principio...*





## CAPÍTULO 2

### ¿UN FANTASMA?

Me desperté por el sonido de la puerta, no quise abrir los ojos, tenía un sueño tremendo, como si no hubiera dormido en semanas. Pero estaba durmiendo en el suelo, así que no tuve más opción que levantarme. Abrí los ojos y me di cuenta de que esta no era mi habitación, ni la de James, ni Mark. Esta no era mi casa. ¿Qué sucedía?

Los recuerdos de ayer llegaron justo en ese momento en mi mente, el partido, el baile, la fiesta y la carrera donde esos malditos bastardos nos habían hecho dar vueltas por la calle. Me revisé al instante el cuerpo a ver qué me había dejado, pero estaba perfectamente. Me llevé la mano en la cabeza, donde me acordaba que había sentido un dolor terrible. Pero como había dicho, estaba perfectamente.

Todo debía de haber sido un sueño, nada del accidente debía haber sucedido. Seguramente me había acostado con esta chica... Descarté eso de mi mente, por una extraña razón estaba vestido con mi traje de la fiesta. Me encogí de hombros, quizás me había quedado dormido antes de acostarnos.

Miré a mi alrededor, la habitación era pequeña, con una cama al medio de dos plazas. Unos cuantos pósteres de... no tenía ni la menor idea. Una repisa con libros, muchos libros. Fui hacia su escritorio para ver una foto que estaba en un marco puesta en la pared, en esta se podía ver a una niña pequeña, con sus dos padres, por supuesto. Esta debía de tener en la foto unos once años, su pelo color negro, más bien café oscuro y sus ondas no se notaban mucho, ya que lo llevaba corto, de cierta manera podía percibir con tan solo verla que era una foto familiar feliz, no forzada, como las cientos que colgaban en su casa, donde en todas yo, Mark y James teníamos que sonreír obligatoriamente para disimular que éramos una perfecta familia. La chica tenía unos ojos azules claros, me la quedé mirando intrigado, Esa debía ser la chica de la habitación donde me había despertado, sin lugar a dudas.

La puerta de la habitación se abrió de golpe, me giré para ver a esa chica que estaba entrando con paso rápido. Me quedé boquiabierto. Era pequeña, pero con la toalla que tenía alrededor del cuerpo podían verse sus curvas y sus piernas, que no estaban nada mal. Después su cabello castaño oscuro, ondulado y mojado, le caía por la espalda, lo tenía largo, no como en la foto, y sin olvidar que no era una pequeña de once años, sino una adolescente que parecía ser un año menor que yo.

Esperé ahí, regalándole mi mejor sonrisa, pero esta ni se dignó a mirarme y fue hacia su armario.

—Hola —dije acercándome finalmente hacia ella, pero esta miró hacia los lados y se encogió de hombros volviendo a su trabajo y haciendo un desorden su armario.

¿Qué estaba sucediendo? Me quedé ahí parado detrás de ella, pero esta hizo como si no existiera.

—Soy Tyler Ross, no recuerdo muy bien lo que sucedió anoche. ¿Podrías ayudarme?

La encaré mirándola directamente a los ojos, pero esta estaba muy ocupada en su armario. Me sentí ignorado, algo que nunca antes me había sucedido y sentí cierta desesperación dentro de mí. Esta ya al tener su ropa se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

Cuando esta estaba moviendo el picaporte para salir de ahí, fui hacia ella y quise cerrar la puerta para que me diera respuestas de lo que estaba sucediendo. Horrorizándome al instante tirándome al suelo. Tenía que estar loco, esto no es posible. No es posible, no es posible, no es real. Solté un chillido pasmado.

Me quedé en una esquina mientras la chica salía de la habitación sin ni siquiera echarme un vistazo. Levanté mi brazo y miré mi mano, que hacía unos segundos había tratado de cerrar la puerta, pero en cambio esta la traspasó como si fuera una especie de fantasma.

Mi corazón iba a mil y no entendía qué sucedía. ¿Qué me estaba pasando? Estaba horrorizado, asustado. Esto debía ser un sueño, traté de pellizcarme, pero fue en vano. Traté de calmarme, mi respiración estaba agitada. Comencé a pensar en todas las opciones posibles y la única que quedó como la más cuerda era que mis hermanos me habían montado una broma como las que muestran en televisión.

Comencé a reír mientras gritaba que ya era mucho, que los había descubierto. Pero solo había silencio, un silencio que me puso nervioso.

—Vamos, chicos, que la broma ya la descubrí —gritaba mientras me paseaba de un lado a otro, exasperante. Los iba a matar cuando los viera.

Luego de unos minutos en los que miraba la puerta me animé a intentarlo de nuevo. Me acerqué con las dos manos para abrirla. Para mi sorpresa mis manos la traspasaron como una de esas películas de los X-men donde estoy seguro de que había una chica que podía traspasar las paredes.

Oh no, era un mutante. Me horroricé mirando mis manos a punto de tener un infarto. Pero si lo era, necesitaba ir a la casa del profesor... ¿Cerebro? ¿Pero dónde? Los nervios me comían y no sabía qué hacer, pero necesitaba salir e irme a mi casa, me sentía perdido. Inhalé y cerrando los ojos corrí hacia la puerta teniendo la esperanza de que iba a chocar contra esta y todo iba a volver a la normalidad. Pero en cambio la traspasé sin sentir absolutamente nada.

Estaba en un pasillo pequeño, caminé hacia el vestíbulo. Al pasar por la puerta del baño vi a la chica secándose el cabello ya vestida. Le eché una última mirada y me dirigí hacia la puerta de entrada. Está cabreada conmigo o realmente además de mutante soy invisible.

Traté de abrir la puerta de salida como un acto reflejo, pero nuevamente la traspasé como si mi piel fuera transparente. Salí hacia fuera, era sábado por la mañana y el día no era tan caluroso como pensaba, pero yo no sentía nada. En cambio, estaba perfectamente. No tenía ni la menor idea en donde me encontraba, el barrio se veía peligroso y pobretón. Caminé por la calle buscando a algún taxi para que me llevara a casa, no me tenía mi celular en mano. En la calle la gente me ignoraba, pero me resultó extraño que las mujeres ni me echaran un vistazo. ¿Qué estaba sucediendo?

Por fin vi un taxi y levanté la mano para que me viera, pero en cambio este siguió sin ni siquiera mirarme. Me iba a volver loco. Al fin llegué a mi avenida. Había estado caminando

una hora luego de que alcancé a subirme a un bus que me dejó a unas calles. Iba caminando a mi casa cuando vi el auto de James, que iba desenfrenado hacia el lado opuesto de la casa, pude ver su expresión en su rostro, serio y preocupado. Le grité con todas mis fuerzas para que me viera, pero como todos en este maldito día yo era totalmente invisible. En ese momento me di cuenta de que las cosas iban mal, algo iba terriblemente mal. Corrí con todas mis fuerzas a mi casa, algo había sucedido. No todos los días se veía a James Ross a primera hora de la mañana conduciendo con un rostro serio. Algo iba mal, no cabía duda.

Al entrar a mi casa, ya sin siquiera tocar la puerta, solo la traspasé corriendo, me encontré con la casa vacía, no había ni una alma en ese lugar. Solo un desastre total de la fiesta de ayer. Corrí a mi habitación para cambiarme y darme una ducha, pero me fue imposible. Al tratar de tomar algo del armario mis manos no podían tomarla. Fui a la ducha pero ni pude prender el grifo. Fui hacia mi cama y me tumbé, al menos cuando estaba en el suelo no lo traspasaba. Me acurruqué y me quedé profundamente dormido con una preocupación que me carcomía por dentro, pero no podía hacer nada al respecto, solo esperar que alguien llegara a casa.

Unos gritos del primer piso llamaron mi atención, me desperté de golpe y me limpié la baba que caía por mi boca. Corrí hacia el primer piso, necesitaba saber qué estaba ocurriendo. Ahí encontré a James y Mark, la escena era perturbadora. Mark estaba sentado en uno de los sillones de cuero mientras que James estaba tomando una cerveza con una cara horrible tirado en una esquina.

—Si hubiera estado aquí, esto no hubiera pasado —decía Mark tomándose el pelo y esta vez tratando de arrancárselo. Su voz sonaba quebrada y débil.

James ni le contestó, solo se llevó la cerveza a los labios mirando al vacío. Yo no tenía ni la menor idea de lo que estaban hablando.

—Alguien le golpeó el coche, cuando encuentre a esos hijos de puta...

—¡No! Entiende que aunque lo hagas no va a devolver a Tyler —le interrumpió este gritando desesperado.

—¿No me va a devolver de dónde? —les pregunté acercándome a Mark.

Pero no hubo respuesta. Los dos, al igual que la chica esta mañana, me ignoraron. Ya estaba cansado de esto, me acerqué hacia Mark y me planté justo enfrente.

—¡Al menos les haré pagar por lo que le hicieron! —le rugió James fuera de sí. Pudo notar cómo Mark se enderezaba y para mi sorpresa pasó por mi cuerpo dirigiéndose al segundo piso. Yo me quedé helado, ni siquiera mis hermanos me veían. Y Mark Ross me había traspasado, como si yo no estuviera ahí. Esto no podía ser posible.

Ya no había excusa. Como la chica en la mañana, que podía creer que me estaba ignorando, pero Mark no era de esos y James también estaba ahí. Fue como si el mundo se me cayera encima, caí al suelo pasmado. No puede ser posible, esto no es real. Volví en mí cuando James se enderezó y la botella que tenía la lanzó a la pared, estallando en mil pedazos.

—Enano estúpido —dijo tirándose nuevamente a la pared, pero ahora cayéndole lagrimas por las mejillas.

Mis ojos no podían creer lo que estaba viendo: James el casanovas, el rudo de los Ross, estaba llorando justo enfrente de mis ojos.

—¡Estoy aquí, James! —gritaba ya descontrolado; estaba asustado, no sabía qué estaba pasando, qué había sucedido y menos de qué hablaban James y Mark.

Pero como debía suponer, ni notó mi existencia. Todo era demasiado para mí, era demasiado extraño, demasiado anormal. Una furia se apoderó de mí y fui hacia James tratando de golpearlo, tratando de que uno de los golpes lo sintiera y pudiera verme de una vez por todas. Pero fue inútil, James estaba intacto. Esto era una terrible pesadilla.

—¡Por qué! ¡Por qué! —sollozaba James apretando los puños— por qué nos dejaste... por qué tuviste que irte...

—¿Irme a dónde? ¡Que no ves que estoy aquí! —gritaba.

Por la cocina apareció Martha, la del servicio. Estaba, al igual que mi hermano, con los ojos hinchados y a punto de echarse a llorar nuevamente.

—Vamos, señorito James —esta lo pescó para que este se levantara. En ese momento me quedé sorprendido al ver cómo James abrazó a Martha llorando desconsoladamente—. Todo va a estar bien, las cosas pasan por algo.

—La vida no es justa, no es justo —se lamentaba este—. Tyler no tenía por qué haber muerto.

Me quedé de piedra. ¿Habi... había di... di... dicho mu... mu... muer... muerto?

Ya no estaba en esa sala, estaba muy lejos de estarlo. Al escuchar lo que había dicho James me quedé ahí, congelado. Mis piernas no las sentía y mis brazos menos. Lo único que escuchaba era el latir de mi corazón. ¿Tenía corazón? ¿Esto era morir? ¿Vagar como un fantasma para el resto de mi vida? Cualquier persona que estuviera en mi lugar podría reírse y creer que es todo un mal sueño, pero yo ya lo había comprobado. Esto no era un sueño, ni mucho menos una broma. Esto era real, aquí y ahora. Esto me estaba sucediendo y no podía ni moverme.

«Tyler no tenía por qué haber muerto», se escuchaba una y otra vez como un disco rayado. Estaba muerto, así de simple. Y ni siquiera me había podido despedir. La última vez que vi a Fernando fue hace dos días cuando había llegado a casa y quería contarle que al día siguiente tenía el partido más importante de la temporada, pero él como siempre estaba hablando por su teléfono móvil. Luego a Mark cuando se fue de casa ayer por la mañana y James cuando me había pedido que fuera a comprar alcohol.

Con tan solo 16 años mi vida ya había acabado. ¿Pero... por qué estaba ahí? ¿Por qué había despertado en casa de esa chica?

Tenía que salir, necesitaba aire, aunque estaba muerto y sabía que sonaba muy estúpido. Pero eso quería, quería sentirme vivo. Traspasé las paredes de mi casa hasta que llegué a la calle y comencé a correr sin rumbo, estaba en mitad de la calle corriendo para poder sentir cansancio, poder sentirme como un ser humano, pero no lo era. Ya llevaba kilómetros de distancia y no estaba cansado. Tampoco sentía hambre.

Por las calles estaban las personas caminando sin verme, sin ver a un chico de 16 años que corría en la mitad de la calle traspasando toda clase de coches que se le venían encima, como si fuera la cosa más normal del mundo. Como si fuera normal que una persona muriera y al día siguiente vagara por la tierra como un fantasma.

Necesitaba respuestas y las necesitaba ahora. Y sabía perfectamente dónde tenía que ir en ese momento. No me acordaba bien, pero se podría decir que mi instinto me guió hacia donde todo había comenzado.

El coche de Mark seguía en el mismo lugar del accidente, destrozado por completo. Olía a alcohol por todos lados, luego había una cinta donde decía «peligro, no acercarse». Habían cerrado esa parte de la calle, por lo que había un tráfico enorme. Ahí había unos cuantos oficiales sacando fotos y cosas por el estilo, pude ver como al lado del piloto había

un charco de sangre seca en el suelo, más una línea blanca que trazaba un cuerpo medio salido por el parabrisas.

Me quedé sin aliento, esa línea trazaba mi cuerpo. Aparté la mirada y fui a escuchar lo que hablaban, al menos tenía una ventaja de toda esta pesadilla.

—Pobres chicos, al menos solo uno murió.

—La adolescencia de hoy no veía un accidente de esta magnitud en años —habló uno de los oficiales mientras sacaba un par de fotos hacia el coche.

—¿Sabes? El padre es Fernando Ross, el que se presenta de alcalde.

—Con esto, dudo que la gente quiera votar por el padre del hijo que casi mató a cinco adolescentes.

Bajé la cabeza reflexionando. Además de morir le había arruinado la carrera a mi padre. No quise quedarme ahí ni un segundo más a escuchar la conversación de esos dos idiotas, me encaminé sin rumbo por las calles. Me sentía solo y confundido. No podía hablar con nadie, además de que no podían verme y no entendía qué sentido tenía. Necesitaba respuestas, pero no sabía dónde encontrarlas.

Al pasar el rato vagando por la ciudad sin rumbo empezó a anochecer, yo ni me había percatado de dónde estaba hasta que una luz en un departamento me llamó la atención. Era la casa de esa chica. Me vino una idea a la cabeza. Si había despertado en su cuarto era por algo, algo pasaba con ella. Tenía que tener algo que ver con lo que me estaba sucediendo ahora.

Entré al apartamento, este estaba algo desordenado, había peinetas, productos para el cabello, set para las uñas y cosas típicas que Lauren siempre llevaba consigo esparramadas por todos lados. Ahí vi a una mujer que rodeaba un poco más de treinta años, algo joven, que me extrañó. Esta tenía el cabello del mismo color que esa chica, pero alta. Estaba con unas pinzas en el cabello y estaba arriba de la isla de la cocina miniatura pintándose las uñas del pie con sumo cuidado. Era la madre, la reconocía de la foto.

Esta, como todo el mundo, ni notó mi existencia. En ese momento apareció la chica que ahora llevaba unas gafas enormes, haciendo que sus ojos azules ni se notaran. Vestía un chaleco enorme de lana que le llegaba hasta un poco más abajo de los muslos. Llevaba en la mano derecha un teléfono. Venía con la boca abierta y una expresión indescifrable bajo esas gafas, pero podía notar lo tiesa que estaba. Se le escapó el móvil de la mano impactando con el suelo, a lo que su madre se giró notando la presencia de su hija.

—Mamá —tartamudeó ella temblando.

Su madre en menos de un segundo estaba a su lado preguntándole qué le sucedía, alarmada.

—Era Simon, me... ayer... es... no... hoy... o sea... ayer... — iba tartamudeando, yo estaba mirándola con toda mi atención.

—¿Qué sucede, Haley? —su madre la tomó de los hombros para que esta reaccionara. Así que Haley se llamaba esa chica.

—Tyler Ross está muerto —soltó hablando rápido y al terminar se llevó una mano a la boca sin poder creérselo.

Muerto, muerto, muerto, muerto... tan raro sonaba que no me encajaba en la cabeza. Me negaba a creerlo. Aunque ya todo lo que había pasado este día dijera lo contrario no podía ser posible. Si estaba muerto ¿Qué hacía aquí? Y si realmente este era el mundo de los muertos, ¿dónde estaban los demás? Me negaba a pensar que había muerto, aunque en realidad una parte de mí lo sabía de todos modos.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Haley... no había escuchado nada —un silencio en que su madre la miraba y luego bajaba la vista al suelo con los ojos alarmados, mientras que esa chica... ¿Haley? Seguía inmóvil con la vista clavada en el vacío.

—Simon dijo que fue ayer en la... fie... s... lue... le choca... ron... y... se... ¡Ay mamá! —a Haley se le quebró la voz y avanzó donde su madre reconfortándose en sus brazos, mientras yo la analizaba tratando de recordar si la había visto alguna vez.

Su madre se la llevó hacia una silla que había en la cocina. Y fue en busca de un vaso de agua, que le entregó a Haley mientras que a esta le caían lágrimas por las mejillas. Yo, que quería saber con lujo de detalles mi muerte —volqué los ojos sin creérmelo—, me encaminé para sentarme arriba de la isla pequeña que tenían en la cocina mirando a Haley y su madre. No me iba a perder por nada del mundo la historia. Pasó un largo momento en que Haley seguía llorando y estaba que me iba a mi casa cuando por fin abrió la boca.

—Fue ayer, después de la fiesta. Creen que un auto le golpeó el coche y eso hizo que se produjera el accidente, otra versión dice que estaba tan borracho que empezó a jugar en medio de la calle y él mismo causó el incidente—. Esta al terminar tomó un bocado de aire y unas cuantas lágrimas más cayeron—. Pero nadie lo sabrá, ¿no?  
—se encogió de hombros.

Apreté mis puños, furioso, además de estar supuestamente muerto me creían un borracho que él mismo había ocasionado su muerte, estupendo.

—Creo que no deberían sacar suposiciones si solo ha pasado casi un día. ¿Alguien más resultó herido?

—No lo sé, el único muer... muerto fue Tyler.

Su madre estaba aturdida, se notaba en cómo movía el paño de cocina de un lado a otro, muy similar al de Martha.

—Qué tragedia.

Ya no estaba en la casa de Haley, al saber que madre e hija ya no iban a hablar más del tema me fui de ahí hacia la calle. Esa chica estaba destrozada por mi muerte, algo de suponer, ya que había llegado a la conclusión de que debía ir al mismo instituto.

Necesitaba pensar, necesitaba reflexionar, necesitaba un momento a solas, sin nadie a mi alrededor que me recordara que no podía verme, ni oírme ni sentirme. Necesitaba sentirme normal por un momento en ese día, estando solo sin que nadie me molestara como cualquier adolescente de mi edad.

Entré a un callejón oscuro que había en la esquina del edificio de Haley. Me dejé caer en la pared y me llevé las manos a la cara para sostener mi cabeza, que en ese momento sentía que me pesaba un montón. Era extraño poder sentir el tacto con mi propio cuerpo, pero no con lo demás. Era extraño sentir que era una especie de fantasma cuando ayer era Tyler Ross, capitán del equipo de los Red Dragons, rey del baile de primavera y líder del instituto. Se sentía de cierta manera decepcionante, llegar a ser tanto y que de un día para otro todo se desvanezca de tus manos como si el viento te hubiera arrebatado un grano de arena de las manos, ya imposible de encontrar. Eso sentía en ese momento, querer algo que ahora era algo imposible.

Quería tener de regreso mi vida, pues no sabía cómo, pero estaba totalmente seguro de que cuando despertara mañana nada iba a cambiar. Ya ni tenía la esperanza de despertar y que todo volviera a la normalidad. Porque después de esto, después de toda esta mierda que había pasado hoy, estaba seguro de que no había sido una broma o un sueño. Era el presente, aquí y ahora. Y nadie iba a cambiarlo, ahora solo me tenía que restar a aceptar lo



que estaba sucediendo y ver qué pasaba a continuación. Si tengo que ser un fantasma en la tierra, pues lo sería. Porque... ¿Qué podía hacer al respecto? Absolutamente nada.

Solo me quedaba esperar, esperar a que todo se volviera más claro y tener respuestas a todo lo que estaba pasando, porque sinceramente esto era una pesadilla horrible. Era algo que no iba a poder soportar. Y de lo que tenía miedo era pensar en que si duraría para siempre. ¿Lo haría?

### **CAPÍTULO 3**

## **EL FUNERAL**

Abrí los ojos instantáneamente, como si mi cerebro hubiera estado programado para hacerme despertar en ese instante. Me froté los ojos y abrí mis brazos para descansar unos minutos más, como hacía siempre en mi cama. Pero al moverme hacia un lado, caí en la cuenta de que no estaba en mi cama, estaba en un suelo que se me hacía bastante conocido. Miré a mi alrededor y sin poder evitar el impulso me tiré de los cabellos como lo había hecho Mark el día anterior. Porque me di cuenta de que, como había supuesto ayer, seguía siendo un fantasma. Una maldita alma condenada a vagar sin que nadie la vea ni la escuche.

Estaba en la misma habitación en que había despertado ayer, lo peor de todo era que yo no había vuelto a casa de Haley, sino que me había quedado en el callejón hasta que mi cuerpo no dio más. Así que... ¿Por qué había despertado nuevamente aquí? Estuve unos minutos haciéndome más y más preguntas, que venían una y otra vez a mi cabeza, pero unos ruidos provenientes de la cama, que estaba en medio de la habitación, llamó mi atención.

Era Haley, esa chica estaba frotándose los ojos recién despierta. Lo único que podía decir de su aspecto era que no había tenido una buena noche, su cabello era un intento fallido de trenza, pero esta se había desarmado a medias haciendo que se viera espeluznante. Luego sus ojos estaban hinchados y con una cara que no había dormido en años. Como decía Lauren, se podía decir que esa chica realmente era monstruosa.

Haley

Sinceramente esa noche había sido la peor de mi vida, al saber que Tyler Ross había muerto. No podía creérmelo, era algo imposible. Pero cuando Simon fue explicándome con detalles lo que había sucedido no tuve más remedio que admitir la verdad. Estaba muerto, y aún no me cabía en la cabeza porque me importaba de esa manera.

Sí, era cierto, lo amo... o lo amaba desde que entré a la secundaria. Ya que fue el primer chico con el que hablé ese primer día de clases y con tan solo mirar su rostro había caído rendida a sus pies... y como ya dije, ese primer día fue el primero y el último en que noté mi presencia.

Lo peor de todo era que había muerto justo el día que había tenido el valor de hablar con él en el estacionamiento del instituto, esa mañana. Donde ni siquiera se percató de mí.

Al pensar en él mis ojos volvieron a aguarse, como lo habían hecho toda la noche. Saqué mi brazo de la colcha y alcancé la caja de pañuelos que había dejado en mi cómoda, tomé unos cuantos y me limpié las mejillas y la nariz.

Salí de mi cama, ya que no me gustaba estar mucho tiempo en ella, no me gustaba pensar mucho. Sinceramente mi problema era que no me gustaba pensar en mi vida, ya que no era nada interesante. Además, hoy no era un día en el cual me gustaría pensar mucho, en realidad quería tratar de olvidar, olvidar a alguien del que nunca estuve en su mente ni un instante.

Al salir me estiré, pues estaba toda adolorida. Había dormido seguramente en una posición incómoda y los músculos me dolían un montón, sobre todo en la espalda.

Fui hacia la cocina para prepararme el desayuno y ahí estaba un nuevo hombre, como todas las semanas.

—Hola, ¿cómo estás? —le pregunté neutramente, ni tan simpática pero tampoco una amargada total. Este era de cabellos rubios, algo poco usual pero no que me llamara mucho la atención. Lo peor de todo era que me hacía recordar a Tyler por su color de cabello.

Vestía en bóxer, y con el torso desnudo. Pero a mí ya ni me sorprendía. Este se me quedó mirando como si lo hubiera pillado cometiendo un crimen—. Soy la hija, Haley —le informé.

Este volvió en sí sonriéndome. ¿Cuántos años debía de tener? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Se me acercó para darme dos besos en cada lado de mis mejillas.

—Un gusto —¿Ese hombre era de España? Este se dio la vuelta para sacar unos huevos que estaba preparando—. ¿Quieres?

Yo asentí con la cabeza y fui a ocupar mi lugar en una de las sillas, en el camino tomé el libro que estaba leyendo y me lo llevé conmigo. Al sentarme abrí la página y para tratar de olvidar me adentré en la lectura.

Aunque trataba de concentrarme no podía hacerlo, era como si olvidara que estaba ahí en la cocina leyendo, ya que todos mis pensamientos estaban puestos en Tyler, en ese chico de cabellos dorados que tantas veces me había acompañado en mis tan dulces pensamientos antes de quedarme dormida y en más de una ocasión aparecía en mis sueños.

Solté un suspiro y me tragué el nudo que se me había formado en la garganta. En ese momento levanté la vista, ya que ese hombre español se me acercó para darme huevo con tocino.

—Gracias.

Los pasos de mi madre me hicieron voltearme hacia la dirección de su habitación, esta estaba con su bata rosada y los cabellos mojados luego de una ducha. Esta al verme fue hacia mí con una sonrisa, aunque algo apenada, como si estuviera compartiendo mi dolor, como si de alguna forma lo entendiera. Se acercó y me besó la frente.

—Todo va a estar bien, cariño —me dijo al oído.

Yo no respondí, no estaba segura al cien por cien de si eso era cierto. Me resté a comer de mi plato, pero me dieron ganas de vomitar al notar lo salado que estaba. Sin que se percataran me los saqué de la boca y los tiré a mi plato.

Justo cuando mi madre y el español se dieron la vuelta a mi dirección fingí como si nada hubiera pasado.

—Alejandro, veo que ya has conocido a mi hija —habló mi madre, sonriéndonos a ambos. Yo volqué los ojos. Este era el tercer Alejandro que mi madre traía a casa este año.

—Tío, casi las he confundido, que son igual de bonitas las dos.

Mi madre soltó una carcajada, yo en cambio podría haberme reído, pero no estaba de ánimo, solo quería estar sola. Alejandro comenzó a besar a mi madre, a lo que esta le correspondió, yo bajé la vista al suelo algo incómoda. El beso fue largo, hasta que mi madre lo alejó de ella y este se disculpó, ya que su móvil comenzó a sonar y se fue hacia la habitación de mi madre. Anna se acercó donde estaba y se sentó al frente de mí.

—¿Estás bien? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Claro —pude decir.

—¿Quieres que vaya contigo hoy?

—No, no te preocupes. Simon me lleva.

—Trataré de cambiar mi horario, quizás alguien cancele su cita y tenga una hora libre para pasarme por ahí.

—No, mamá realmente no es necesario.

—Lo sé, pero quiero estar ahí contigo.

Yo asentí, muy dentro de mí quería que mi madre me acompañara al funeral de Tyler y llorar en su hombro, pero sabía que no me atrevería a soltar ni una sola lágrima con todo el instituto ahí, con sus rumores y chismes. No quería formar parte de ello.

¿Qué dirían? «La cuatro ojos llora por amor platónico inalcanzable, pobre rata de biblioteca». Prefería ahorrarme toda esa basura y demostrar por fuera que era solo una más del montón que iba al mismo instituto que Tyler y que asistía solo por educación.

—¿Esto te lo preparó Alejandro? —mi madre me miraba con la boca abierta, yo volví a asentir—. ¿Cómo lo encuentras? ¿Apuesto?

—Le pongo un seis.

—Me conformo —sonrió esta quitándome mi tenedor y llevándose mi desayuno a la boca. Quise detenerla, pero fue muy tarde. Esta, al igual que yo, lo devolvió atragantándose, yo no pude reprimir una sonrisa. Realmente era gracioso. Anna tomó una servilleta y se la pasaba por la lengua mientras le venían arcadas—. Necesito jabón para lavarme la lengua —bromeó, aunque no estaba segura si era falso, porque con el gusto que tenía no me sorprendería para nada.

Tyler

El espectáculo que tenía enfrente de mis ojos era digno para grabarlo y colgarlo a YouTube. Este departamento era de locos, no sabía quién era peor que el otro. Haley, su madre o el rubio que parecía mujer por lo largo que llevaba el cabello.

Pude haberme ido desde que había despertado, pero no me apetecía ir a mi casa, quería olvidarme del lío en el que estaba. ¿Y qué mejor que analizar a esta chica, que tanto misterio me traía?

Primero me quedé en su habitación esperando a ver qué hacía. Esta comenzó a llorar de un minuto a otro, por una parte me sentí halagado, ya que seguramente era por mi muerte, pero por el otro lado me daba miedo la obsesión que tenía conmigo, ya que trataba de recordarla, pero me era imposible.

Luego la seguí a ver a dónde iba, ni me planteé tratar de abrir las puertas. Las traspasé como si fuera lo más normal del mundo y me subí arriba de la isla como lo había hecho ayer. Me tomó por sorpresa el hombre que había en la cocina, ya que no lo había visto el día anterior. Deduje de inmediato que debía ser el padre de Haley, ya que esta se tomó con toda tranquilidad encontrar a un hombre casi desnudo en su cocina. Pero lo descarté cuando le dijo su nombre. ¿Un padre sabe el nombre de su hija, no es así? Ya con todo este delirio en el que estaba no me parecería raro en absoluto.

Cuando Haley vomitó discretamente su desayuno al plato no pude evitar reír ante la escena. Al ver la comida deseaba poder metérmela en la boca, pero no por tener hambre, sino el hecho de hacerlo. Ser una persona común y corriente y no un estúpido fantasma insignificante.

Haley y su madre estaban hablando de ese hombre que se llamaba Alejandro. Estaba tan aburrido que sin pensarlo traspasé la pared para encontrarme en una habitación espaciosa, un poco más grande que la habitación de Haley, pero de todas formas no igualaba a la mía. En esta se encontraba Alejandro hablando por el móvil.

—Vale, cariño, vuelvo hoy a casa —decía este; yo lo miré sorprendido—. Vale, vale, no me pierdo por nada en el mundo la ecografía del bebé.

«Así que este se las trae», me dije. Había subestimado a ese español. El tan “apuesto” que hablaba la madre de Haley tenía a una mujer embarazada mientras que él se revolcaba con ella.

Me quedé mirándolo con admiración. Ese hombre era increíble.

Haley

Me alegraba por mi mamá que estuviera así de contenta, pero como ya había pasado cientos de veces, lo más seguro era que este hombre le rompiera el corazón.

Mi madre me había tenido cuando tenía mi edad, a los dieciséis años. Le había sido duro, ya que nunca se casó con mi padre y este al yo cumplir un año se largó sin darle explicaciones a nadie. Simplemente nos dejó. Fue así como mi madre tuvo que luchar para que saliéramos adelante.

Me distrajo de mis pensamientos Alejandro, que volvió con una sonrisa hacia mi madre. Seguramente ese insignificante gesto había vuelto loca a Anna, pero en cambio yo solo me preguntaba: «¿A cuántas chicas les has sonreído de esa misma manera?». Pero lamentablemente en mi vida nadie me había sonreído así, ni nada por el estilo. Yo era lo contrario al amor, nadie iba a enamorarse de un ratón de biblioteca.

Cuando volvieron a besarse me escabullí para ir a mi habitación, necesitaba ver qué me pondría para el funeral de Tyler Ross. Necesitaba un vestido negro, aunque el día estaba que llovía, de todas formas debía ir elegante. No quería que la gente me notara. Ataqué mi armario, sacaba y sacaba ropa de este, pero nada, no estaba el vestido negro que había usado en el funeral de la abuela dos años atrás. Lo busqué por todas partes, pero había desaparecido. Abrí cajones, cajas, armarios, pero no estaba.

—Mamá, ¿el vestido que usé en el funeral de la abuela? —dije mientras me paseaba buscándolo por el departamento.

—Lo he donado —gritó desde la cocina.

—¿Es broma?

—Creí que lo odiabas —se disculpó ella.

Fui hacia la cocina sin creérmelo, ahí estaba ella con Alejandro, abrazados.

—¿Y qué me voy a poner ahora?

—Toma algún vestido de mi habitación.

—Mamá —refunfuñé. La ropa de mi madre era más bien... no mi estilo.

—Que te digo que vayas a mi armario, debo de tener miles de vestidos negros —me respondió mirándome autoritariamente como una madre.

Finalmente le hice caso, no quería entrar en discusión con un extraño en mi casa. Fui hacia su habitación y entré a su armario, que era enorme. El departamento solo contaba con dos habitaciones y un baño. Sí, era pequeño, pero mi madre al menos tenía un armario enorme donde podía guardar sus toneladas de ropa.

Ahí estuve al menos una hora tratando de encontrar lo que necesitaba, había cinco vestidos negros, pero descarté tres porque eran muy ajustados y solo quedaban dos y fui probándomelos.

El primero era con un escote enorme, por lo que lo descarté al instante. El segundo al probármelo me gustó enseguida. Me había sorprendido que mi madre tuviera ese vestido tan recatado, comparado con sus usuales vestidos. Este era negro, con cuello circular, mangas largas y algo ajustadas, y el vestido caía suelto pero no en exceso. Me llegaba hasta más arriba de las rodillas, pero aunque fuera corto al ser así de suelto se veía perfecto para la ocasión.

Aproveché de sacarle unas medias oscuras, algo negras transparentes, y unos zapatos negros sin taco. Me dirigí a mi habitación y dejé mis ropas en la cama. Y fui hacia el baño, necesitaba una ducha. Ahí me encontré a mí misma con una cara espantosa. Además de mi peinado, que se había desarmado.

Tyler

Sí, pueden encontrarme un asqueroso, repugnante, sucio e indecente hombre. Pero si era un fantasma, algo tenía que sacar de provecho en eso. Si nadie me veía qué más daba.

Esa chica todavía no se sacaba la ropa para entrar en la ducha y yo estaba esperando impaciente ver el espectáculo. Hacía un rato, cuando había estado con ella en la habitación de su madre, esta lamentablemente llevaba ropa interior bajo su pijama de ositos rosas, lo que me había decepcionado bastante. Pero también impresionado, porque su cuerpo bajo esas ropas no estaba nada de mal. Y el vestido negro le había quedado estupendo, había que decirlo.

Seguía esperando a que Haley se desvistiera, pero esta seguía mirándose al espejo para arreglar el desastre que tenía en su rostro. Sinceramente era un caso perdido, necesitaba una ducha, no arreglarse el cabello. Esta se sacó las gafas y yo ya sonreía impaciente. Sé que hace dos días había muerto y tendría que estar ahora gritando y volviéndome loco por lo que estaba sucediendo, pero ahora, en este instante, solo quería olvidarme de todo y disfrutar lo bueno que había en todo esto. Aunque sonara loco.

Luego se sacó la parte de arriba del pijama, quedando en sujetador. Yo la recorría con la mirada. Cuando iba a desabrochárselo, con la mala suerte que tenía, alguien tocó la puerta del baño haciendo que mis deseos se rompieran en añicos.

—Haley, es Simon, ha llegado y dice que van tarde al funeral.

—¡Qué! —gritó está abriendo la puerta del baño y corriendo a su habitación, olvidándose de que no iba con la parte de arriba del pijama.

Yo me tiraba los cabellos como lo había hecho en la mañana algo cabreado. ¿Por qué todo me salía mal? Mi vida era una mierda, sin lugar a dudas. Fui hacia donde estaba ese chico... ¿Simon? Al verlo me llevé una gran sorpresa. Ese tal Simon era el Simon que había golpeado antes de morir en la fiesta en mi casa y el tan malo jugador del equipo que casi me cuesta el partido.

Lo mire analizándolo. Era alto, no tan formado como yo y los chicos del equipo, era flacucho. Tenía los cabellos café oscuros y ojos azules. Se notaba que era el típico chico nervioso y con poca autoestima. No pude evitar sentirme orgulloso del moretón que le había dejado, todavía visible. Este estaba parado con las manos en los bolsillos, vestido al igual que seguía yo, con traje negro, camisa blanca y corbata.

Yo me crucé de brazos, parándome enfrente de él, como si estuviera intimidándolo, pero como ahora era invisible no servía para nada. Como estaba tan aburrido me acerque a él y traté de golpearlo. Cómo mi mano traspasaba su cabeza era lo bastante gracioso, hice eso con todo su cuerpo y este ni siquiera lo notaba, ni podría imaginar que Tyler Ross, el chico del que iba a ir a su funeral, estaba en ese momento enfrente de él. Por fin apareció Haley, ya lista.

—Pero qué cabello —ironicé en voz alta, primera vez que hablaba desde que había despertado, y se sentía tan extraño que nadie ni me miraba ni me escuchara.

—Hola, Haley —saludó Simon sonriendo, sonriendo de la manera más fracasada que había visto—. Te ves... —un silencio en el que Haley lo miraba esperando su veredicto— estupendo.

—Gracias, Simon, tú también te ves bien —le respondió está caminando hacia él y sorprendiéndome al ver cómo se colgaba en sus brazos para abrazarlo.

Yo desvié la vista mirando hacia alrededor, realmente no me interesaba ver cómo se abrazaban y se consolaban por mi muerte. En ese momento lo único que quería era llegar a mi funeral para ver a mi familia.

¿Cómo estarían todos? ¿James? ¿Mark? ¿Fernando? ¿Lauren? ¿Steve? Eso me intrigaba, ya que nadie espera poder ver con sus propios ojos su funeral.

Haley

Me despegué de Simon algo avergonzada, no me gustaba que me vieran así de vulnerable.

—Lo siento, es que... — me quedé en blanco, Simon me miraba con toda su atención— no tuve una buena noche.

—Ya lo veo —me dijo burlándose del cabello, que seguía esparramado como un espantapájaros. Yo solté una risa, la primera desde ese día.

—Vuelvo enseguida —respondí y fui corriendo a buscar una peineta para cepillarme el cabello.

Así lo hice y aunque no pude hacer gran cosa, ya que era un desastre, traté de disimularlo haciéndome una trenza hacia el lado. Al terminar ni me di tiempo para mirarme al espejo, ya que Simon ya llevaba bastante tiempo esperándome en la entrada.

Terminé y lo tomé del brazo, sacándolo de un tirón del departamento, grité a mi madre que me iba aunque no sabía si seguía en el departamento de todas formas.

Al salir hacia afuera pude notar que el día no estaba tan mal como creía, se veía que iba a llover pero no hacía frío en absoluto. No pude evitar pensar en que si los padres de Tyler Ross habían pagado para que lloviera en el funeral de su hijo.

Tyler

Tenía que ir siempre detrás de Haley y Simon, como por ejemplo cuando llamaron al taxi tuve que correr para poder entrar. Ya que caminando yo no me iba a ir a mi propio funeral, además que no quería llegar tarde y no era que existieran taxis fantasma para espíritus muertos como yo.

En todo el camino Haley miraba por la ventana suspirando, en cambio Simon miraba cada segundo a un lugar diferente, moviendo las piernas nervioso. En ese momento quería agarrar su pierna y dejarla quieta, me desesperaba. Al fin llegamos y ni esperé que abrieran la puerta, salí del taxi corriendo en dirección al cementerio. Quería llegar y ver cómo estaban todos.

Se podía decir que me era imposible estimar cuanta gente había, el lugar estaba lleno. Había cientos de sillas puestas en orden. Ahí había un sacerdote hablando. Fui corriendo hacia la primera fila buscando a mi familia, mientras que en el camino me topaba con los chicos del equipo que eran los únicos que no llevaban traje, sino que iban con el traje de los Red Dragons, lo que me hizo sonreír al verlos.

Al llegar por fin pude ver que en esta estaba mi padre Fernando con su elegancia intacta, su mirada igual que la de siempre y su postura autoritaria. Era como verlo todos los días, ni siquiera una mueca de tristeza en su rostro, algo que no me sorprendió en absoluto, pero sí me entristeció bastante. Era como si lo hubieran obligado a asistir al funeral y lo único que quisiera era irse ya de inmediato para tratar sus negocios.

A su lado estaba James con una mirada furiosa, estaba igual que el día anterior. Como si fuera a golpear a alguien en ese instante, a su lado Mark... Mark estaba con la vista clavada al suelo, como si quisiera desaparecer en ese momento. Al otro lado de mi padre estaba Kelly, mi madrastra, que estaba llorando desconsoladamente. Algo que me extrañó bastante, esa mujer nunca estaba en casa, siempre se la pasaba con sus amigas y viajando por el Caribe.

Fui analizando a cada uno de ellos y me sentí alagado que estuvieran tan tristes por mi partida, ya que había que decirlo. ¿Quién no se pondría triste con mi muerte? Fui hacia el ataúd, que estaba enfrente de todas las sillas, y me subí arriba de este. Mientras, contemplaba a todas mis admiradoras, que estaban llorando desconsoladamente por todo el lugar. No pude evitar sonreír, al menos esto no era tan malo como lo había pensado.

Haley

El funeral había llegado a su fin y solo una lágrima cayó por mi mejilla cuando Mark Ross y James Ross se acercaron al ataúd y tomaron tierra dejándola encima de Tyler. También su mejor amigo Steve había subido adelante a decir unas cuantas palabras sobre su mejor

amigo, aunque siempre tuve un nudo en mi garganta y las lágrimas querían salir, tuve que reprimirme. No iba a explotar al frente de todo el instituto, además... ni siquiera conocía a Tyler. No iba a montar una escena.

Su novia Lauren estaba en segunda fila al lado de Steve, y se había pasado llorando todo el funeral. Puede que solo sea por celosa, pero era tanto el escándalo que hacía que hasta llegué a pensar que solo lo hacía para llamar la atención. En fin, la cosa era que la gente ya se estaba volviendo a sus hogares, mientras que yo seguía ahí, parada sin tener el valor de caminar hacia su ataúd y hablar con él.

Simon estuvo siempre a mi lado apoyándome, él no tenía ni la menor idea de mi amor hacia Tyler Ross pero al verme así de frágil seguramente ya lo debe de haber deducido. Este en ese momento dirigió su vista hacia mí para irnos, pero yo le hice gestos para que fuera él y que yo iba en un minuto. Quería estar sola con Tyler. Ese era mi momento.

Caminar hacia ahí fue lo peor que pude haber hecho. Donde nos habíamos sentado con Simon era en las últimas sillas que quedaban, por lo que ir hacia su ataúd no era relativamente cerca, además que sentía la mirada de todo el cementerio puesta en mí, pero debía de ser mi imaginación.

Al llegar por fin ya no había nadie a los alrededores, por lo que pude soltar unas cuantas lágrimas sin que nadie lo notara.

—Hola —dije, y me sentí una tonta hablando con un muerto, como si pudiera escucharme —soy Haley Dickens, lo más seguro es que ni sepas quien soy —me encogí de hombros, en verdad me sentía patética, pero debía hacerlo—. No sé por qué estoy haciendo esto, hablando con un muerto, pero necesitaba hacerlo, por mí.

En ese momento una gota de agua llegó a mi mejilla, levanté la vista hacia el cielo y justo en ese momento comenzó a llover. Mis gafas se mojaban y me bloqueaban la vista, me las quité y miré hacia el ataúd, tomando una rosa roja que había de decoración en las esquinas y la dejé encima de Tyler Ross.

—Adiós, Tyler —me despedí, como si realmente lo conociera. Algo que no pudo ser posible, ni antes ni en un futuro.

Me di la vuelta para volver, caminé unos segundos mientras la lluvia me empapaba, pero me daba igual. En ese momento no me importaba nada. En ese momento, aunque suene extraño y totalmente imposible, escuché la voz de Tyler, pero solo fue un murmullo. Me di la vuelta de golpe mirando hacia el ataúd, pero no había nadie, miré hacia los alrededores y el mismo resultado. Estaba segura de lo que mis oídos habían escuchado, pero estaba equivocada, las únicas personas que quedaban eran unos cuantos grupos a lo lejos.

No le di más vueltas al asunto y seguí mi camino, ya que solo había sido una broma pesada del destino.

Tyler

¿Me había escuchado? ¿Podía ser eso posible? Cuando Haley se había acercado al ataúd me sorprendió que me haya saludado, en ese instante creí que ella sabía que estaba ahí, que ella era la responsable de todo. Pero luego cuando siguió hablando me di cuenta de que solo era una chica que estaba enamorada de mí. Me quedé sentado escuchándola hablar, y cuando esta se despidió de mí no sé por qué razón le respondí «Adiós, Haley». Lo más seguro era que hubiera olvidado que era un fantasma y que no podía verme. Pero lo



más extraño fue que esta se dio la vuelta mirándome fijamente, como si me hubiera oído.  
¿Lo hizo?

Ni me dio tiempo de alegrarme, porque en menos de un minuto ella miró hacia los alrededores y luego siguió su camino. Yo sabía que me había oído, tenía que serlo. Si Haley Dickens me había oído era porque no estaba del todo muerto. ¿O sí?

En ese momento me di cuenta de que esto no había acabado, que todavía había esperanza. Una sonrisa enorme se puso en mi rostro y comencé a saltar de alegría.

Había una oportunidad de volver y algo que ver tenía esa chica, Haley.



## CAPÍTULO 4 ENFRENTAMIENTOS

Haley

Luego de salir del cementerio Simon me invitó a tomar algo, para subirme el ánimo. Pero no tenía ganas, y menos cuando mi cabeza estaba echa un lío por lo que había escuchado hacía unos minutos. Sabía que era una locura, pero mi mente se negaba a dejarlo pasar como si nada. De todos modos, ¿qué podía hacer al respecto? Si era cierto, ¿qué importaba? Estaba muerto, además, ¿por qué me hablaría a mí?

—Eh, tú —no hice caso, no me hablaban seguramente—. Sí, te hablo a ti, cuatro ojos —cerré los ojos rezando para que esas palabras no fueran dirigidas hacia mí y menos de esa chica en especial.

Pero como ya se dieron cuenta, soy Haley Dickens, y mis plegarias nunca son escuchadas, al parecer... Lauren Davis se acercaba hacia mí con los brazos cruzados y cayéndole lágrimas mientras que con su pañuelo blanco lo exhibía al mundo en su mano izquierda, ni se daba la molestia de limpiárselas. Al parecer quería que todos la vieran exhibiendo su dolor al muerto de Tyler.

Yo, al darme la vuelta y encontrarme con su mirada, sus ojos oscuros y sus pestañas largas, me intimidaba a cada paso que se acercaba en donde estaba.

Busqué a mi alrededor a Simon, pero este ya se había ido cuando me negué a acompañarlo. Estaba sola, desamparada; frente a la abeja reina, mientras sus súbditos me miraban con intriga esperando ver un espectáculo.

—¿Y... yy... o? —tartamudeé abriendo la boca para decir algo.

—¿Conocías a Tyler? —me cortó, soltándolo de una.

Sí, soy una chica inteligente. Creo que soy el mejor promedio de mi clase, pero para estas situaciones era como si cambiaran mi cerebro por el de una gallina. Me quedé en blanco, no sabía qué responder y sabía que el color de mi cara me iba a delatar en segundos. Por alguna extraña razón las palabras salieron de mi boca.

—Vamos juntos en Literatura, lo ayudaba de vez en cuando en los trabajos.

«¡¿Que qué?!», gritaba en mi interior sin creérmelo, pero mantuve la compostura. Estaba tensa y nerviosa, pero al parecer Lauren Davis se lo creyó todo, porque solo me dedicó de su tiempo unos pocos segundos, levantando sus cejas mirándome de arriba abajo, y luego se marchó dándome la espalda, y sus súbditos la siguieron sin darme la mayor importancia.

Cuando ya ni un ojo estaba puesto en mí, abrí la boca para soltar el aire que había quedado guardado en mis pulmones. La lluvia se había puesto más fuerte, y se me había olvidado que estaba en la entrada del cementerio mojada y con las gafas en la mano, ya

que no podía ponérmelas con la lluvia encima. No tenía frío, pero sabía de todos modos que iba a tomar un resfriado.

—¡Haley! —gritó una voz familiar.

Miré hacia el lugar de donde provenía y vi a Alejandro conduciendo el auto de mi madre. Y está saliendo justo en ese momento con un paraguas a mi dirección. Esta también vestía un vestido negro, por supuesto ajustado.

—Perdón por el atraso. ¿Entramos? —me dijo esta cuando ya había llegado a mi lado. Yo volqué los ojos, mi madre siempre vivía en otro planeta.

—Mamá, ya, se acabó.

—¿Cómo? Pero si son las... —miró su reloj que le colgaba en el brazo detenidamente—. Ah, malditos relojes con manecillas —se enfureció—. Lo siento, hija, mire mal la hora.

—No importa, estoy bien.

—Ay mi bebé, ven aquí —se me acercó y me rodeó con un abrazo maternal. Yo con toda mi fuerza me pegué a mi madre, necesitaba un abrazo en ese momento.

Mi madre era la única persona con la que podía estar de esa manera tras la muerte de Tyler, era la única que no sabía con exactitud que Tyler Ross no sabía que existía, en cambio con Simon no podía, ya que él no tenía ni la menor idea de mi amor hacia Tyler. En cambio, mi mamá sabía quién era, ya que ese día que me había hablado, ese primer día en la secundaria, fui corriendo a contárselo a mi madre. Y bueno desde ese día ya ni le hablé de él, pero ella se acordaba aún de ese relato hasta el día de hoy, porque ha sido del único chico que le he hablado además de Simon.

—¿Día madre e hija? —me susurró al oído.

—Día madre e hija —acepté apretándola más a mí. La necesitaba.

Tyler

Qué conmovedora escena tenía enfrente de mí, madre e hija abrazadas. Yo estaba ahí, parado, mirándolas. No podía evitar pensar en mi madre. Mi tan preciada madre que no estaba en mi funeral. ¿Por qué? Porque había muerto por mi culpa el día en que nació.

No pude conocerla y menos después de su muerte. Cuando murió nadie me habló de ella, ni mi padre, ni Martha, ni James, ni Mark. Absolutamente nadie.

Por lo que no me quedó más remedio que aceptar que un cariño maternal no iba a formar parte de mi vida. «Y así fue», ironicé, ya estaba muerto.

Cuando estaba en el funeral, no pude evitar pensar en que si estaba muerto, ¿podría verla? Con todo lo que ha pasado estos dos días no me sorprendería en absoluto. Pero desgraciadamente, aunque estuviera, no sabría cómo reconocerla. No podría, porque no tengo ni la menor idea de cómo es.

Lo peor de todo esto era que estaba muerto, mi cuerpo estaba en ese ataúd. Porque tonto no era, cuando Haley se fue con Simon hacia la salida del cementerio se me ocurrió una idea. Entré al ataúd y ahí estaba, mi cuerpo perfecto, mi cara perfecta, mis músculos perfectos, mi traje perfecto. Blanco como el papel. Fue extraño, pero en mi situación todo lo era. Debía comprobar si había un cuerpo ahí. Y por desgracia ahí estaba.

Verse a sí mismo de esa forma era insólito, algo imposible de creer. Intenté unas cien veces, como había visto en una película, entrar en mi cuerpo. Quizás podía haber una posibilidad de revivir, salir de mi ataúd y bueno lo siguiente sería todo el cementerio

corriendo y gritando como locos. Sin poder evitarlo solté una carcajada. Hubiera sido asombroso.

Pero como me ven, no hubo respuesta, no pasó nada. Entraba y salía, pero solo conseguía traspasarlo una y otra vez. Luego de rendirme, fui en busca de Haley, que estaba junto a Simon, hablando. Este quería llevarla a comer algo, pero esta se negaba. Cuando Simon por fin desapareció me acerqué a ella, comencé a hablarle como un idiota para tener su atención. Pero nada sucedía.

Yo seguía gritando, saltando, traspasándola, pero no sucedía nada. Era invisible.

Me sorprendí bastante cuando apareció Lauren y empezó a fastidiarla. ¿Por mí? Me dio lástima el modo en que Haley se quedó en blanco cuando le preguntó si nos conocíamos. Yo no pude evitar susurrarle al oído que nos conocíamos porque íbamos juntos en Literatura y me ayudaba de vez en cuando en los trabajos. Algo que era cierto a medias, ya que me ayudaba, pero sin darse cuenta cuando le copiaba en las pruebas discretamente.

Y lo que me sorprendió fue que esas palabras salieron de su boca luego de habérselas susurrado al oído. Un tremendo «Guau» se formó en mi boca al ver pasmada la escena. ¿Podía ser posible? Me acerqué a ella nuevamente susurrándole al oído cosas, pero nuevamente luego de aquello volvía a ser invisible en todos los sentidos.

Estupendo.

Las dos seguían ahí abrazadas, por lo que desvié la vista a ver si encontraba a alguien conocido, pero ya la gente se estaba retirando. La única cara conocida fue Martha, la ama de llaves de mi casa. Verla sin su delantal, aunque no muy diferente por el vestido negro suelto que le llegaba hasta casi los tobillos, me sorprendió. Iba con un paraguas limpiándose unas cuantas lágrimas a la calle. ¿Martha llorando por mí?

Me quedé ahí, mirándola. Nunca me hubiera esperado que ella asistiera a mi funeral y mucho menos que estuviera triste por mi muerte. Esta dedicó su mirada hacia la entrada del cementerio y luego emprendió su camino hacia un auto negro que la esperaba, ese auto era del chofer de mi padre.

Había un almuerzo en casa. Tenía que serlo. Se me había olvidado que después de un funeral se hace un evento pequeño en casa del difunto. Y no me cabían dudas de que en mi caso sería un evento no pequeño sino enorme. Ni miré hacia Haley, no lo dudé ni un instante. Me metí al coche con Martha, no me iba a perder mi propio evento fúnebre.

En el camino era todo sumido a un silencio, al igual que en el taxi con Haley. Martha se restaba a mirar por la ventanilla o mirar hacia el suelo. En cambio, yo estaba algo nervioso. No veía el momento de llegar a casa y ver a mi familia, entera, ahí reunida por mi muerte.

Finalmente llegamos, fui caminando con las manos en los bolsillos hacia ahí. En la puerta estaba Kelly saludando a las personas que iban entrando por la puerta. Se le veía mejor que en el funeral, ahora sonreía y saludaba cordialmente. Pasé a su lado y le saludé. No esperé una respuesta, y tampoco hubo de su parte.

Al entrar había mucha gente, la mayor parte repartidos en grupos. Todo estaba perfectamente arreglado, jarros con flores por toda la casa. El negro lo cubría todo, lo que le era difícil reconocer especialmente a las mujeres que llevaban encima de la cara un velo elegante medio transparente. Fui paseándome, reconocí a mi padre Fernando, que estaba hablando sentado en un sillón de cuero.

—Sigo en postulación de alcalde, primo. Esto fue una desgracia, pero aunque sea una tragedia no voy a dejar a mi ciudad de lado —dijo este manteniendo su postura firme y autoritaria.

¿Una desgracia por perder a tu hijo o perder votos para las elecciones? —me pregunté mirándolo sin creérmelo. Desde pequeño que siempre me preguntaba que si mi padre pudiera elegir entre su trabajo o yo, la decisión era clara como el agua. Al menos podía quedarme tranquilo en que nunca algo así podía pasar. Pero ahora, ahora sin ni siquiera haber tenido la opción de elegir entre aquello, se veía mucho más claro que lo que siempre había pensado era cierto.

—Se ve difícil quién ganará Fernando, Richard Grey en las últimas cifras te ha dejado abajo, pero nada que preocuparse.

Luego de escuchar aquello ni quise escuchar la respuesta de mi padre, me fui de ahí hacia el bar. Sabía que era inútil que pudiera tomar algo de ahí, pero era costumbre. Me senté en una de las sillas que estaban desocupadas.

—Un trago por favor, mejor dos —la voz de mi mejor amigo a mi lado me hizo sonreír—, que sean tres.

Lo miré, Steve estaba con la camisa a medio salir, el pelo desordenado y miraba a la mujer con su sonrisa de conquista que siempre usábamos.

—¿Puedo ver tu identificación? —yo solté una carcajada. La mesera debía de tener unos veintitantos y miraba a Steve como si fuera una hormiga.

Steve abrió los ojos sorprendido, se reincorporó acercándose más a la barra quedando a pocos centímetros de la chica de cabellos rubios.

—Mira... ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Holly.

—Mira, Holly, qué lindo nombre —le guiño un ojo—, acaba de morir mi mejor amigo, y no creo que traiga mi identificación encima. Si pudieras ser tan amable...

Holly se cruzó de brazos mirándolo de arriba a abajo, esta se dio la vuelta sin decir nada preparando seguramente los tragos. Steve también lo hizo dándole la espalda y sentándose en la silla a mi lado.

—¿Cómo estás, amigo? —le pregunté.

Este estaba mirando fijamente algo, le seguí la mirada y ahí estaba una foto de mí. Había unas cuantas. No pude evitar pararme del asiento y dirigirme hacia ahí. Había unas cuantas velas prendidas y unas flores.

Una era solo yo, era la más grande, la habían sacado para el periódico de Chicago hacía unas semanas sobre el capitán de los Red Dragons. Luego otra era todo el equipo y yo al medio sosteniendo el balón, luego una con Lauren, que me obligó a sacármela para tener una foto juntos, luego una con Mark y James en la cocina, que seguramente la tomó Martha sin darnos cuenta. Y la última era con Fernando cuando era pequeño, este siquiera estaba sonriendo, en cambio yo mostraba todos mis dientes en una sonrisa enorme. Creo que nunca me había visto sonriendo de esa manera, tan... natural.

A mi lado se colocó Steve, que tomó la foto que había pasado por alto, donde estábamos los dos en alguna fiesta en que aparecíamos pintados como payasos y con huevos aplastados por el rostro.

—Te extrañaré, Ross —dijo este tocando con su dedo pulgar la foto.

—Yo también, Fox.

Steve terminó de mirar la fotografía y se acercó a la barra para buscar sus tragos, estos eran tres y tenían un color rojo. Este al llegar le agradeció a Holly dándole algunos cumplidos y esta respondía con una sonrisa en su rostro.

Se llevó el primer trago a la boca y en menos de dos segundos lo escupió al frente de todo el mundo, este hizo una mueca de asco y se llevó el brazo para limpiarse la boca. Al terminar se acercó a la mujer, que estaba riendo.

—¿Qué mierda es esto? —le susurró solo para que escucharan él y ella, y bueno el fantasma invisible, que por supuesto era yo.

—Leche de frutilla para el pequeño, no se me autoriza dar alcohol a niños.

Steve ni la miró, salió de ahí enfurecido. Yo no pude evitar reír. La mesera sonrió orgullosa y luego siguió con su trabajo.

Alcé la vista hacia los alrededores, Steve se me había perdido cuando se puso a hablar con Lauren, que estaba en un círculo con algunos del equipo, que daban vueltas por la casa, parecían zombis. Se me había olvidado completamente mi novia hasta que se plantó enfrente de Haley. Ni le había puesto mi atención en el funeral, solo le dediqué una mirada, pero luego nada.

Iba a ir hacia esa dirección para ver de qué hablaban, pero James llamó mi atención. Estaba hablando con mi padre en una esquina del salón, sin las miradas curiosas de nadie. Me acerqué a ellos de inmediato.

—No quiere bajar, se encerró en su habitación cuando volvimos del funeral.

—Eres su hermano mayor, solo te pido que lo hagas bajar.

—No quiere hacerlo.

—¿Y qué quieres? ¿Que siga mintiendo que viene en unos minutos? Estoy con la cuerda en el cuello, un error y estoy fuera de las elecciones. ¿Entiendes? Necesito que Mark esté aquí.

James no respondió, miraba a mi padre asintiendo en todo lo que decía, se podía notar cómo apretaba los puños. James quería golpearlo, al igual que yo. Pero lamentablemente, estábamos hablando de James Ross, el hijo de papá. Se podía decir que James nunca lo había enfrentado, para el Fernando era un dios. Bueno, yo y Mark no éramos tan diferentes, lo único que nos distingue es que no pasamos la mayor parte en la oficina de papá, ni queremos ser cuando mayores un político.

—Iré a buscarlo, no prometo nada.

—Anda ya.

Se separaron y mi padre se acercó a la barra donde había estado Steve hacía un rato. Iba a ir tras James, pero cuando escuché la voz de Fernando algo cariñosa, me volví a escuchar.

—No lo puedo creer... ¿Holly?

—La misma —respondió esta sonriendo mientras le entregaba un trago a un señor que saludaba a mi padre con un gesto sonriendo.

—No me lo puedo creer.

—Quería saludarte, pero no lo encontré lo más apropiado, ya sabes...

Ya no pude escuchar más de su conversación, mi mente estaba puesta en James y Mark. Era inusual ver a Fernando así de cariñoso con alguien. Pero no le di más importancia, necesitaba saber qué sucedía con mis hermanos. Llegué a la habitación de Mark y ahí estaba James afuera golpeando la puerta.

—Vamos, abre, Mark.

Yo sin dudarle traspasé la pared, alguna ventaja tenía todo esto después de todo. Al entrar encontré todo desparramado por todos lados, la ropa estaba tirada en el suelo, libros esparramados por el escritorio, hojas rotas por algunos lados y Mark tirado en su cama a medio hacer con almudadas tapándole el rostro y con sus auriculares puestos en el máximo de volumen. Al menos no abría la puerta porque no escuchaba a James.

—¡Mark, abre! —gritaba James dándole puñetazos a la puerta.

Hubo una serie de golpes en la puerta en las que mi hermano Mark seguía en su mundo mientras James ya llevaba unos cuantos minutos ahí.

—Voy a derribar la puerta de una matada, uno... dos... no me hagas hacerlo, Mark, te lo advierto...

Pude notar cómo Mark se sacaba los auriculares mirando a la puerta, los golpes aún seguían. Este se enderezó y fue hacia ella.

—¿Qué quieres? —abrió la puerta de golpe.

—Están todos abajo, papá dice que bajos.

—No quiero —respondió este cerrándola en las narices de James, pero este le pegó una patada abriéndola de un portazo.

—Yo tampoco, pero es nuestro hermano, debemos bajar.

Mark se dio la vuelta y se acercó a James con un semblante que seguramente nadie en el mundo podría adivinar qué estaba pasando por su cabeza, su mirada era neutra.

Hubo en silencio en que ni uno habló, Mark y James estaban frente a frente, sus narices eran exactamente iguales, los dos se miraron, yo pensé que iban a abrazarse, pero en cambio James lo golpeó en la cara.

Mark se retorció en el suelo de dolor, mientras le sangraba la nariz. Yo miraba la escena estupefacto. Eso sí que no me lo esperaba. James, en cambio, se enderezó.

—¿Por qué fue eso?

—Eso fue por dejarme solo ahí abajo, no soy de piedra Mark... —con eso James desapareció de mi campo visual—. Yo también perdí a mi hermano.

Me quedé ahí mirando a Mark, que seguía en el suelo limpiándose la sangre. Este ni se levantó, se quedó ahí tirado en el piso mirando hacia el techo.

«Yo también perdí a mi hermano». No pude evitar que una lágrima cayera por mi ojo derecho. Sonreí como un estúpido y me quedé ahí, parado como un idiota asimilando lo que había sucedido.

Mark seguía ahí, tirado en el suelo. Seguramente pensando. Este vestía el mismo traje que en el funeral. Cuando James y Mark se acercaron a mí depositando tierra los saludé, quería que cambiaran esa expresión de tristeza en sus rostros y que supieran que estaba bien, que no estaba sufriendo, no físicamente de cierto modo. Que estaba ahí, mirándolos. Que seguía aquí, que algo había sucedido y que necesitaba hablar con ellos. Quería decirles tantas cosas, cosas que antes por mi orgullo nunca las hubiera dicho, como que los echaba de menos, que los quería. Pero eso ya no era posible.

Ahí me acordé de Haley, tenía que ir con ella. Necesitaba estar cerca de la única persona que había notado mi existencia de cierta manera. Era mi única salida, mi única esperanza.

Haley

Había pasado toda la tarde con mi madre. Primero fuimos a comprar los suministros para el día madre e hija. Fuimos a un almacén que quedaba a unas calles del departamento, luego de ir a dejar a Alejandro a la parada de autobús.

Compramos muchos chocolates de todos los sabores, aunque odiaba el amargo. También tomamos todos los dulces que existían. Llevábamos una bolsa de cada uno y unas cuantas más de nuestras favoritas. Sin olvidar los helados. Mamá eligió su favorito, que era el de vainilla, yo en cambio amaba el de frambuesa.

Después de eso, fuimos a arrendar un par de películas. En este momento estábamos viendo *Siempre a tu lado*, y las dos llorábamos por el pobre perro que seguía esperando a su amo en el mismo lugar por meses. Yo aprovechaba de desahogarme con lo sucedido a Tyler Ross, por lo que lloraba como loca, y mi madre no se quedaba atrás. Ella era la más sensible de las dos.

—Hija, dame el amargo —me pedía Anna sin despegar los ojos de la película.

Yo me estiré pasándole la barra entera, esta se la metió en la boca sin ni una vergüenza. Yo, siguiendo su ejemplo, tomé la de leche y me la llevé a la boca.

—Voy a engordar kilos —dije lamiendo la barra.

—Estás delgada, además dímelo a mí. Yo voy a engordar un montón, ya me estoy haciendo vieja, Haley —hizo un puchero.

—Ya eres vieja —le recalqué para fastidiarla, esta me golpeo con un almohadón del sillón.

Yo solté un chillido.

—Irrespetuosa, solo tengo 32 años —respondió esperando que yo le diera la razón.

Pero no lo hice, seguí prestando atención a la película. Esta seguía mirándome amenazadoramente, pero yo ni me molesté en devolverle la mirada, estaba cien por cien segura de que mi madre era más inmadura que yo.

Terminamos de ver la película y mi mamá optó por ver una comedia para subirnos los ánimos. Al ver todo lo que estaba llorando se preocupó y me pidió disculpas por haber sido tan insensible al haber arrendado justo una película de muerte, pero ella no tenía por qué saber que el protagonista moría, no era su culpa. Por eso seguimos con ver una de Adam Sandler. Pero realmente me reí más por la risa contagiosa que de la película. Ya que no me daban muy bien las películas con comedia mitad porno.

No terminé de verla, ya que había decidido pasarme por la Iglesia. Quería ir, se podía decir que era católica, estaba bautizada y había recibido los sacramentos. Todo por mi abuelo, que era muy creyente y me llevaba cuando pequeña siempre a misa, y a mí me encantaba. Pero cuando murió hace tres años ya mi fe se había ido apagando poco a poco. Pero no completamente. Seguía llevando en mi cuello una cadena con una cruz. Me sentía desprotegida cuando no la llevaba conmigo. Además, pertenecía a mi abuelo, no podía despegarme de ella.

También necesitaba ir para poder rezar. Para poder tener un momento para mí en especial. Quizás todo esto se debía por la muerte de Tyler y de cierta forma era una llamada, una señal. No lo dudé ni un segundo más y fui a la ducha para limpiarme, no iba a aparecer como estaba, hecha un total lío.

Me había cambiado el vestido cuando llegamos con mamá luego de las compras. Llevaba puesta mi camisa de dormir, que era una camisa que me llegaba hasta los muslos, era muy cómoda, ya que me quedaba grande y realmente me encantaba.

Cuando iba a prender el grifo se me ocurrió una idea, para sacarme toda la tensión y mal estar preferí darme un baño en tina. Por lo que prendí el grifo para llenarla y fui a robarle a mamá unos frascos para hacer un baño de espuma.

Eso era justo lo que necesitaba.



Por mientras fui a mi habitación y fui a buscar mi celular, donde tenía unas cuantas canciones. Cuando ya estaba listo me desvestí y entré en la tina. Tomé mis auriculares y me sumergí en el agua con espuma, que estaba en la temperatura perfecta. Cerré mis ojos relajándome, me había hecho un tomate mientras. Primero sería la tina y luego prendería la ducha para lavarme el cabello.

Mientras escuchaba la música iba cantando la canción. Me encantaba cantar en el baño, pero solo ahí. En mi mente no podía dejar de pensar en Tyler, no salía de mi cabeza, y menos con lo sucedido esta mañana en el cementerio. Pero debía olvidarlo, tenía que hacerlo. Estaba muerto y punto. No lo iba a ver nunca más, nunca más iba ver esos rizos dorados, nunca más iba ver su rostro en Literatura, donde tantas clases me volteaba para verlo disimuladamente.

Me sumergí en mis pensamientos, que iban siempre al tema de Tyler. Pero me distraía más cuando empecé a soñar con él, típico cuando estaba aburrida, y cierro los ojos imaginándome una historia con él, que me habla con interés y me pedía una cita. Siempre me lo imaginaba, llegando al instituto y caminando hacia donde estaba, poniendo su vista fija en mí, como si fuera la única chica en el pasillo, en Chicago, en el planeta. Como si fuera el amor de su vida. Lo peor de todas esas fantasías era que cuando llegaba a clases me daba cuenta de que eso eran solo unas simples fantasías. Al menos ahora como estaba muerto podía hacérmelas sin desilusionarme, porque no lo vería más en brazos de Lauren Davis, al menos.

«Ya, basta ya, Haley, no es sano», me decía mentalmente, mientras me paraba para sacar el tapón de la tina y prender el grifo. Necesitaba lavarme el cabello. Dejé los auriculares fuera y mi celular para que sonara en todo el baño. Por una extraña razón mientras me enjuagaba el cabello empecé a sentir que alguien me observaba, pero al darme la vuelta no había nadie. Me empecé a poner nerviosa, sentía una y otra vez que alguien me estaba mirando, pero debían de ser imaginaciones mías, el baño era pequeño y lo revisaba y no había nadie. Además, ¿quién estaría?

No pude quitarme esa sensación de encima hasta que finalmente tomé la toalla y la envolví en mi cuerpo desnudo. Justo en ese momento la sensación desapareció totalmente.

¿Me estaré volviendo loca?



## **CAPÍTULO 5**

### **LA HIJA Y LA MADRE**

Tyler

No tenía ni la menor idea de por qué había acompañado a Haley a ese lugar, en realidad no sabía a dónde se dirigía, pero al ver la iglesia enfrente de mí no pude evitar volcar los ojos y preguntarme: «¿En serio?». Porque ya había asistido a mi propio funeral hoy, luego el evento de mi padre y ahora esto. Tenía que ser una broma.

Igual no tenía de qué quejarme, el agotamiento ya no era parte de mi vida. No estaba cansado físicamente, pero mi cerebro estaba que se me salía de la cabeza. Solo quería tirarme en un sillón y ver una película. Había llegado tarde a casa de Haley, ya que su madre iba en la mitad de la película esa de comedia, por lo que aproveché de tirarme un rato, aunque solo fueron unos minutos, ya que cuando escuché la ducha no lo dudé ni un instante. Una sonrisa triunfante se posó en mis labios. Al menos había ventajas de ser invisible.

Haley seguía ahí observando la iglesia, como quien mira una obra de arte. Sí, lo era. Pero no para tanto. Esta era enorme, era de arte gótico. Lo habíamos pasado en historia el año pasado. Esta era de piedra con largos picos hacia arriba. Sus ventanales de círculos con escenas bíblicas destacaban y le daban un aire algo infantil. Por alguna razón me gustaban.

Por fin Haley empezó a caminar para entrar. Dudé un instante en si entrar o quedarme afuera. Pero tenía que usar mi cerebro. Estoy muerto y soy un espíritu fantasma que vaga por la tierra, y ahora tengo la oportunidad de entrar a una iglesia. Si había un lugar más adecuado para encontrar respuestas, ahí era.

Además, Haley era la que se había encaminado hacia ahí. Esa chica era bastante impredecible, quién diría que el mismo día de mi funeral estuviera ahora entrando a una iglesia. Se podía decir que no era un chico miedoso, pero entrar a esa iglesia me ponía los nervios de punta. No sabía qué iba a encontrar ahí, ni tampoco estaba seguro de si alguna respuesta encontraría. Pero algo dentro de mí me decía que ese era el lugar. Ahí era donde pertenecía.

Arrastré mis pies hacia la entrada, Haley también estaba caminando lento. Dudando si quería hacerlo o no. Yo estaba igual que ella. No estaba seguro. Tomé todo el aire que pude y corrí como loco para traspasarla de una vez, si iba a hacer esto tenía que hacerlo de una. O si no, me arrepentiría. Pero no entré, aunque cueste creerlo.

Al impactar mi cuerpo en la puerta enorme que tenía enfrente, sentí un dolor tremendo en mi torso, cuello y cabeza. Caí al suelo rebotando por el golpe. Solté un grito por el dolor que sentí en mi cuerpo. Fue chocar contra un muro. Así de simple.

Mientras seguía lamentándome y llevándome una mano en donde me había golpeado entré en razón. No había traspasado la puerta, me había golpeado contra ella. Como cualquier ser vivo. ¿Vivo? ¿Era posible? Empecé a hiperventilar.

Sin dudarle me enderecé y fui nuevamente a la puerta. Con la mano temblando, la coloqué en la puerta. Pude sentir el tacto de mis dedos con la puerta de madera. Sentía, sentía como mis dedos la tocaban, no la traspasaban. Intenté hacerlo, pero no. Era como debía ser. Haley todavía no entraba, se había quedado mirando una estatua que había al costado. Yo me acerqué a ella, llevándome una desilusión. Intenté tocarla, posé mi mano en su hombro, pero la traspasé. ¿Qué estaba sucediendo?

Me volví hacia la calle corriendo nuevamente, no entendía nada. Me puse en mitad de esta y cuando vino un camión hacia mí, cerré los ojos y dejé mis brazos extendidos. Y como me lo suponía, no sentí nada. Al abrir los ojos, el camión ya había desaparecido a lo lejos. Seguía siendo invisible. «Quizás me lo había imaginado», pensó mi subconsciente, pero me negaba a creerlo.

Fui hacia las puertas de la iglesia, y nuevamente el mismo resultado. El tacto era evidente, no traspasaba esas malditas puertas. Luego fui hacia las paredes de piedra, al intentar cruzarlas chocaba contra ellas estrellándome en el muro. Lo intenté una y otra vez. Y el resultado era el mismo. ¿Cómo podía suceder que era invisible ante todo menos ante esa iglesia?

Volví a las grandes puertas y traté de abrirla, pero algo sucedía. La puerta no se movía. Usé toda la fuerza que mis trabajados músculos de deportista me daban, pero fue en vano. Esas puertas no se movían, parecían pegadas al piso.

Cuando Haley se acercó en donde estaba, abrió la puerta como cuando uno toma una servilleta. Solo la tiró hacia atrás y ahí estaba. Me quedé ahí, intacto, viendo cómo la silueta desaparecía ante mis ojos. Haley había entrado y yo como un idiota no alcancé a entrar junto a ella, quedándome afuera. Estupendo.

Miré hacia mi alrededor, no tenía ni la menor idea de cómo iba a entrar ahí. Intenté unas cuantas veces más entrar, pero cada vez que corría hacia los muros me chocaba contra estos. Y luego de eso me quedaba como un enfermo sintiendo el tacto contra la muralla, no era mi culpa. Me había acostumbrado a no sentir el tacto de nada más que mi cuerpo estos últimos tres días y, ¿qué haría otra persona en mi lugar? Esto era lo único más cercano a una experiencia de un ser vivo que me había pasado. No podían culparme por quedarme como un niño pequeño tocando las puertas sonriendo como un idiota.

Luego de aburrirme de eso, pude notar que en el edificio de al frente había un gimnasio, y más de unas chicas iban entrando con ropa deportiva. Al menos sabía que en ese gimnasio no era necesario usar la puerta y podía deleitarme en el vestidor de chicas. No lo dudé y me encaminé hacia ahí, al menos tenía una distracción mientras esperaba a Haley que saliera de la iglesia.

Haley

Ya estaba dentro, me había sido difícil tomar la decisión de entrar. Pero lo había hecho. Me encaminé hacia uno de los bancos de madera más cercanos y me senté. No sabía cómo empezar, no sabía qué hacer. Miré hacia el altar, que estaba enfrente, y mis ojos se volvieron al Jesús crucificado.

Tanto él había hecho por mí y como le había pagado devuelta. De todas formas no era una mala persona y lo sabía. Me comportaba en clases, sacaba buenas notas, trataba bien

a mis compañeros —aunque ese trato no era mutuo—, hablaba con mi madre y me comía toda la comida. Por lo que había que decirlo: no era una chica mala. Pero de todas formas me sentía algo vacía por dentro, me sentía como si no encajara en mi vida. Pero aquí dentro, aquí en la iglesia, todo eso quedaba de lado. Ya no era la *nerd* cuatro ojos, ratona de biblioteca. No, no lo era. Era una persona como cualquier otra. Miré hacia mi alrededor y había unas cuantas personas en lo mismo que yo.

Me acordé de mi abuelo. Me acordé de las tantas veces que me llevaba a esta iglesia, y luego de la misa me iba a comprar un helado a la heladería. Él era increíble, mi madre era su única hija, por lo que cuando se quedó embarazada la apoyó en todo el asunto. Cuando mi padre nos dejó, mi abuelo tomó el papel de padre conmigo y no me soltaba nunca. Lo entendía, él había perdido a mi abuela y estaba solo. Además, en más de una ocasión me dijo que me parecía mucho a ella.

«Hola, abuelo, soy Haley. Sé que hace mucho que no vengo aquí, y lo siento». No sabía qué más decirle. Era difícil. Ahí empecé a contarle de mi vida estos últimos años, nada importante ni tampoco interesante. Pero al menos me sentía mejor contándole mis cosas a mi abuelo, como si realmente estuviera ahí conmigo.

Al terminar no pude evitar pensar en Tyler, por lo que recé un buen rato por él para que estuviera descansando en paz. Al terminar me acerqué a las estatuas que estaban en las esquinas de la parroquia.

Una que llamó mi atención fue una de mármol blanco, era preciosa. Unas alas grandes y angostas le daban un toque inmortal. El ángel se alzaba con un cuerpo impotente y musculoso. Le daba un aire de poder. Este era la representación de un “ángel custodio”, uno que toda persona según la fe cristiana tiene durante toda su vida. Mi abuelo siempre me había hablado de él de pequeña.

No le di más importancia y me dirigí a la salida. No me arrepentía en absoluto al venir aquí, realmente estaba feliz. Sentía que me había sacado un peso de encima. Y que volvería a venir seguido, no iba a defraudar a mi abuelo, no lo haría.

Llegué a casa tomándome un taxi, y a mi madre no le gustaba mucho la idea. ¿Pero qué más podía hacer? La hora se me había pasado volando y ya era tarde. Estuve al menos media hora en la parada del autobús, pero este no apareció nunca.

Cuando me iba a apoyar en un cartel junto a la parada mientras esperaba, sentí que venía un grupo de al menos seis hombres, ya que no eran de mi edad sino mucho mayores. Al notar a mi alrededor me di cuenta de que era la única persona que estaba esperando el bus. No hice nada, me quedé tiesa. Hasta que uno de esos hombres comenzó a chiflar en mi dirección y hubo un coro de risas.

Yo era de esas chicas que llevaban en su cartera un aerosol contra perversos, la cartera apretada contra las manos, no aceptar nada de desconocidos y en esta situación llamar a un taxi de inmediato. Que, con la suerte que tuve, paró al instante y me subí a este sin siquiera mirar mi billetera para verificar si llevaba efectivo. Al acelerar pasamos al lado de esos hombres, uno de ellos se me quedó mirando, yo aparté la vista de inmediato. Esos ojos oscuros me asustaron completamente.

Al entrar, grité que había llegado esperándome la respuesta de mi madre, pero no la hubo. En cambio, me lo encontré todo sucio, platos esparramados de ahí a allá. La tele prendida y justamente el cajón que me temía, abierto. Rodeé los ojos, justo este día tenía que pasarle esto a mi madre.

Ya imaginándome lo que me esperaba en su habitación, le preparé un café caliente. Sabía que habíamos comido como elefantes, pero también sabía que mi madre lo necesitaba en este momento.

Al entrar me la encontré envuelta en el cobertor y con miles de pañuelos esparcidos por toda la habitación. Esta estaba llorando desconsoladamente como una niña pequeña. Me acerqué a ella para consolarla, dejando el café en la mesilla que había en la pared.

—Mamá, tranquila. Todo va a pasar... tu tranquila —le dije al oído mientras que discretamente sacaba las botellas de licor de la cama, algunas ya vacías y otras a medias.

Esta no respondió de inmediato, primero abrió los ojos para encontrarse con los míos. Tenía todo el maquillaje corrido, los ojos rojos y las mejillas sonrojadas. Esta me miró avergonzada, yo traté de poner mi mejor sonrisa para transmitirle que no estaba enojada, ni sentía lástima por ella. Solo quería que se pusiera bien y pasar este mal rato.

—Lo siento, Haley, lo siento mucho —me habló tapándose el rostro con sus manos, escondiéndose—, no quiero que me veas, sal de aquí.

Yo en cambio traté de soltarlas para que me mirara. No me gustaba ver a mi madre en esa situación, me daban ganas de llorar con ella. Esta se trataba de zafar de mi agarre, yo no la iba a dejar así de fácil, era mi madre.

—Está todo bien, tu tranquila. No voy a irme —le dije ya cansada de su actitud.

Esta siguió tironeándome para que la dejara sola, su actitud era así de inusual porque estaba bebida. Mi madre no era así. Por eso odiaba cuando sucedía esto, lo odiaba realmente.

—Que te digo que te vayas. ¡Fuera! —me gritaba, yo me solté de ella. No iba a tolerar que me hablara borracha.

—Mamá...

—Haley, quiero que me dejes sola.

—No lo haré, no voy a irme de aquí.

—¿Eres sorda? Anda a tu habitación.

—Que no —le respondí enojada.

Las dos nos miramos fijamente, yo contemplaba sus ojos oscuros, que ahora con su borrachera abría poco. Esta debía de ver mis ojos azules.

Mi madre no respondió, solo me miraba en señal de peligro. Como si fuera a pararse y a sacarme a patadas. Pero yo, en cambio, seguí firme sin dejarme engañar. No iba a dejarla sola en ese estado. ¿Qué quería? ¿Que fuera a dormir tranquilamente a mi cama como si en la habitación continua no sucediera nada? No, yo no era esa clase de persona.

De un minuto a otro sin saber ni cómo, ni por qué, mi madre se levantó de la cama y caminó a tropezones colgándose en mí, abrazándome fuertemente. Yo me sorprendí, por lo que luego de un instante le devolví el abrazo. Esta lloriqueaba en mi hombro.

—Lo siento, lo siento mucho. Soy la peor mamá del mundo. Lo siento tanto hija... —iba disculpándose Anna.

—No lo eres, pero sí lo serás si sigues como vas —le recliné, era cierto—. Quédate ahí, quieta como estás, que voy a ordenar este desastre.

Lo más rápido que pude ordené lo que había a mi paso, tomé la mayor cantidad de pañuelos con mucosidad del suelo y los llevé al cesto de basura. Luego también hice el mismo trabajo con las botellas, y finalmente la hice acostarse en su cama con las sábanas bien puestas.

Esta miraba al vacío, parecía un zombi. La hice enderezarse cuando deposité el café caliente en sus manos. Esta volvió en sí y se negó a tomarlo, a lo que yo insistí. Esta regañadientes como una adolescente se lo llevó a la boca con una mueca de disgusto.

—¿Qué sucedió ahora? ¿Qué hizo...? ¿Cómo se llamaba? ¿Leandro? —su madre negó con la cabeza—. ¿Alejandro? Sí, Alejandro.

—Hizo —remarcó ahora con los ojos bien abiertos y seria— que al salir de mi trabajo lo pillara caminando con una mujer, tomados de las manos ¿Lo puedes creer, lo descarado?

«Ya me lo esperaba», pensé. Era la típica historia que siempre le sucedía a mi madre con sus “novios de una noche”. Antes de responder el típico «hombres, mamá, entiéndelo», que ya lo usaba en la mayoría de estos casos, mi madre me interrumpió.

—Pero no es todo, esa mujer era su esposa y para colmo estaba embarazada, al menos de seis meses.

Yo parpadeé unas cuantas veces sin que me entrara en la cabeza.

—Maldito bastardo —solté aún inmóvil. El vivo recuerdo de Alejandro hoy en la mañana estaba intacto en mi memoria. No podía creer que ese hombre que besaba hoy a mi madre tan dulcemente en la cocina tenía a su mujer embarazada seguramente en casa.

—Dímelo a mí.

Volví a la realidad cuando mi madre comenzó a tomarse su café. Yo la miré sin saber qué decir. Sí, era cierto que mi madre siempre creía encontrar al amor de su vida en sus novios, que al día siguiente de haberse acostado con ellos esperaba que le propusieran matrimonio y vivieran felices para siempre. Pero lamentablemente hasta ahora no había tenido su feliz final de amor.

Y bueno, siempre sucedía esto, cuando mi madre se daba cuenta de que era un idiota. Por lo que ya estaba acostumbrada, pero no necesariamente asimilado. No me gustaba ver a mi madre en ese estado, y menos por hombres que no valían la pena. Por lo que siempre intentaba que esto no ocurriera, pero con todo lo que había pasado estos últimos días, estaba agotada y no tenía muchas ganas de lidiar con mi madre hoy. Además, tenía razón para estar de ese modo. No iba a culparla.

—Y que me acosté anoche con él, qué desperdicio...

—Mamá, cierra la boca —le interrumpí, no quería entrar en detalles.

Esta puso los ojos en blanco haciéndome saber que no iba a hablar de nada al respecto y que podía estar tranquila. Con sumo cuidado le saqué la taza mientras esta cerraba los ojos ya a punto de dormirse. Yo, por mientras, me acurruqué a su lado para hacerle compañía, a nadie después de aquello le gustaría dormir sola en ese estado. Esta puso su cabeza en mi hombro y se acurrucó junto a mí. Daba risa la situación, parecería que fuera yo la madre y ella mi hija.

—Anda a dormir, Haley, mañana tienes clases —me regañó dando un bostezo.

—Ya puse el despertador, además no tengo sueño aún —mentí.

—Está bien, quédate un rato conmigo, no quiero estar sola —podría decir que mi madre se comportaba como una niña pequeña y así lo era. No había ni una madre que conociera que fuera como ella. Pero por otro lado me encantaba, amaba a mi madre. Era como una hermana.

Mamá trabaja en una peluquería, le encantaba el tema del cabello, las uñas, el maquillaje y bueno... Yo soy lo opuesto a ella. Mi madre siempre dice que una mujer siempre debe ir bien arreglada para sentir confianza con una misma. Algo que a mí me faltaba en cantidades.

Podía recordar cuántas veces ha intentado cortarme el cabello ella misma y yo me he negado, era de esperar mi comportamiento luego de que probara uno de sus experimentos conmigo para crear un peinado nuevo y me dejara con el pelo como hombre. Fue espantoso, tuve que ir con la capucha puesta al instituto por semanas hasta que al menos me llegaba hasta un poco más arriba de los hombros.

Ahora al menos pasaba los hombros, pero no lo tenía largo. Por lo que cuando mi madre insiste en que quiere cortarme las puntas del cabello, ni la dejo acercarse, nunca más en la vida. Miré a la causa de mi desastroso cabello y ahí estaba, ya dormida, acurrucada junto a mí. Estire mi mano para tocarle la mejilla, esta estaba sonrojada.

—Mamá, ¿por qué haces esto? —le dije, aunque sabía que no me escuchaba, pero una parte de mí quería decirle que era mi madre, que ya estaba adulta para comportarse de esa manera tan irresponsable.

Hoy había sido un día largo, pero al menos ya había acabado. Lo peor sería mañana, volver a clases y dar por sentado que la cara de Tyler Ross no iba a ser vista nunca más por esos pasillos. Costaba creerlo, pero era cierto. Al pasar unos minutos, me di cuenta de que la mayor parte de las luces del departamento estaban prendidas, además yo seguía vestida, por lo que me solté del agarre de mi madre silenciosamente. Tomé la taza ya vacía y me dirigí a la cocina.

—¿Haley? —escuché decir a mi madre entreabriendo los ojos.

—¿Sí?

—No te acuestes con el primer idiota que te diga que eres linda, prométemelo —¿Qué? Me quedé estática. Mi madre siempre me sorprendía.

No lo dudé ni un segundo.

—Lo prometo —fue lo último que dije sonriéndole, luego abandoné la habitación.

Al menos era una promesa fácil de cumplir, yo seguía siendo virgen y seguramente lo seguiría siendo. Porque en el instituto nadie iba a querer tener algo conmigo. Estuve un buen rato limpiando y ordenando el desastre. Me demoré bastante, pero al menos había valido la pena al terminar.

Al ver la hora y darme cuenta de lo tarde que era, fui hacia mi habitación y me coloqué el pijama. Ni tuve tiempo de ir al baño para cepillarme el cabello y los dientes. Estaba con los músculos ya muertos de cansancio, y qué decir de mis ojos, que ya se cerraban.

El sonido del timbre me hizo despertar. No quería hacerlo, pero los golpes me desesperaban. Salí de la cama frotándome los ojos medio dormida. Me preguntaba quién estaba a esta hora por aquí.

—Auch —me había pegado en el dedo pequeño del pie con la esquina de la puerta. Sentí un dolor enorme y fui dando saltos en un pie hasta la puerta de entrada, que seguían golpeando.

Abrí ya cansada por el sonido. Ahí me encontré con Simon mirándome como si hubiera cometido un crimen.

—No contestabas tu celular —se disculpó de inmediato al ver mi cara de ¿qué haces aquí? —tú me dijiste que te pasara a buscar para ir a la escuela, ¿lo olvidaste?

Sí, lo había hecho, por lo que le sonreí en forma de disculpa dejándolo entrar al departamento, donde se tiró en uno de los sillones para esperarme.

—No me demoro nada, vengo en un minuto.

—Claro, tengo que llegar temprano, así que mejor apresúrate.



—Ya, ya, ya ¡No me demoro nada! Baja los humos, ogro —lo molesté desde mi habitación, buscando desesperadamente algo que ponerme.

—El entrenador quiere hablar con el equipo antes de clases.

—¿Por lo de Tyler Ross? —grité para que me escuchara.

—Supongo.

Había encontrado entre todo el desorden un suéter blanco, tomé unos pantalones que se arremangaban más arriba de los tobillos y unas sandalias planas. No me gustaba usar tacos, aunque no me faltaban. Mi madre siempre llegaba a casa con compras y la mayoría de cosas eran para mí, que nunca en mi vida me he puesto ni me pondría en un futuro.

Teníamos gustos muy distintos. Me acordé de mi mamá y fui corriendo a su habitación. Yo tenía que ir al instituto, pero ella también a trabajar. Entraba a la misma hora que yo. Al entrar esta seguía durmiendo como un ermitaño. Me abalancé sobre ella, pero esta no despertaba. Mi madre era de sueño pesado, por lo que no tuve otra alternativa que ir a la cocina y tomar un vaso con agua. En el camino Simon me fulminaba con la mirada, apuntando el reloj para que me acelerara. Se me ocurrió una idea.

—Simon, necesito que me ayudes —este asintió con la cabeza parándose y acercándose en donde estaba—. Anda a la habitación de mi madre y tírale esto en la cara —me miró a punto de decir algo, pero yo se lo impedí—. Despiértala, dile que va a llegar tarde al trabajo. Y por mientras que se arregla prepárale un café bien fuerte, yo me voy a duchar. No preguntes al respecto y hazlo —este cerró la boca al escuchar lo último que le dije.

Terminé de hablar y Simon seguía ahí, intacto.

—Vamos, muévete o todos llegaremos tarde.

No dijo nada, pero cuando estaba en mi habitación ya llevando mi ropa hacia el baño y una toalla limpia para ducharme, pude notar como Simon le tiró el vaso de agua fría a mi madre y como esta saltó de la cama poniéndose en posición de ataque.

No pude evitar soltar una carcajada, Simon era como uno más en nuestra pequeña familia, pero de todas formas le avergonzaba todo. Y mucho más cuando la madre de tu amiga cree que eres un ladrón. Y así fue, hasta que mi madre se calmó. Cuando ya vi que no tenía problema en decirle que se apresurara, entré al baño y prendí la regadera.

Cuando ya estaba lista, me miré al espejo un buen rato. Sí, sabía que Simon iba a llegar tarde si me demoraba más, pero me había duchado rápido, por lo que sobraba un poco de tiempo. Tenía mis ojos cansados, no me había dormido temprano ayer, además de que no me quedé dormida de inmediato. Me quedé dando vueltas por el acontecimiento en el cementerio y todavía no me entraba en la cabeza.

Me había hecho una trenza de lado, mi pelo seguía mojado y no me daba para secármelo, por lo que quería que se secara naturalmente esta vez. Luego me coloqué las gafas. Terminé de cepillarme el cabello, me lavé los dientes y fui a ver cómo estaba mi madre.

Esta estaba en la cocina con Simon, este estaba riendo mientras ella le contaba sobre Alejandro diciendo ofensas de todo tipo hacia él y contra todos los hombres. A lo que Simon se reía.

—Pero tu tranquilo, eres el único hombre que no tiene maní en el cerebro —para mi madre Simon era como su propio hijo, lo adoraba.

—Gracias, señora Dickens.



—¿Señora? ¿Cuándo vas a dejar de decirme así, Simon? No me gusta que me traten como una anciana, me llamo Anna —le remarcó mientras se hacía un tomate con su largo cabello negro.

—Lo siento... ¿Anna? —se disculpó él.

—Ya con Simon nos vamos, no llegues tarde a la peluquería —dije para que se dieran cuenta de mi presencia. Lo tomé del brazo y lo llevé hacia la entrada.

—Haley, espera, quiero hablar contigo antes —mi madre me hizo gestos para que me acercara en donde estaba.

—Yo... te espero abajo, Haley, adiós señora, perdón, Anna —se despidió Simon.

Mi madre se despidió de él y cuando ya estábamos las dos solas en el departamento me la quedé mirando impaciente, no quería retrasar a Simon y tampoco que ella llegara tarde.

—Perdóname, Haley, no sé qué me sucedió ayer —los ojos de mi madre me miraban implorándome que la compadeciera.

—Te perdono, pero no creo que lo olvide así de fácil, ¿sabes? No me gusta tener que estar cuidándote —solté, con mi madre nunca andaba con rodeos. Era la única persona con la que realmente decía lo que pensaba y me gustaba.

—Gracias, con eso me basta. Y no volverá a pasar, lo juro.

Yo no dije nada, no quería entrar en discusión. Cuántas veces mi madre me había jurado lo mismo y el resultado siempre era, como ya vieron, la situación de ayer.

—¿Eso es todo? —mi madre asintió y yo tomé mi cartera, que pesaba un montón—. Apresúrate, que vas a llegar tarde —la regañé.

Y esas fueron las últimas palabras que cruzamos antes de que saliera del departamento de una vez por todas. Al bajar Simon me esperaba en el auto que su madre le prestaba. Era un auto de mujer, sin lugar a dudas, de color verde claro. Pero Simon no tenía con qué ir, así que se conformaba con lo que tenía.

—Si quieres lo conduzco yo —le ofrecí, sabía que a Simon le avergonzaba llegar con eso al instituto.

—No, gracias, sé por qué lo dices, pero no me importa. Además, ni sabes conducir.

—Mentiroso, sé conducir, solo que no he sacado la licencia.

—¿Y eso por qué? Porque conduces fatal.

Él se reía de mí, pero yo no quería entrar en discusión, era cierto en parte. No era buena conduciendo, por lo que solo me crucé de brazos y Simon prendió el motor del auto y emprendimos marcha hacia el instituto. Yo puse música con el celular, conectándolo a la radio.

Simon era mi único amigo, desde que entre a la secundaria. Nos conocimos en la hora del almuerzo, yo no tenía con quién sentarme, por lo que no tuve más remedio que ir hacia el campus del instituto. Me dirigí hacia un árbol que daba una sombra espectacular, además de que nadie podía verme ahí. Cuando iba llegando justo Simon apareció camino a la misma dirección. Los dos frenamos sin saber qué hacer, por lo que por mi parte iba a darme la vuelta e irme a buscar otro lugar, pero Simon se acercó a mí, y de lo más tímido pero simpático, me ofreció que almorzáramos juntos, ya que habíamos visto el sitio al mismo tiempo.

Al final de ese almuerzo concordamos con música, libros, bromas y todas las cosas con las que no he concordado con ni una chica de mi edad y menos con algún chico. De cierta forma estábamos hechos para ser mejores amigos, solemos pensar siempre. Y bueno, desde ese día que no nos despegamos el uno al otro.

—¿En qué piensas? —le pregunté luego de estar un buen rato en silencio disfrutando la música.

—En cómo será el instituto sin Tyler Ross —me respondió. Eso sí que fue extraño, justo había parado de pensar en él. En realidad, se me había olvidado.

Desde que había despertado que su recuerdo ni llegó a mi mente. Se me había olvidado que había muerto. Se me había olvidado que hoy no iba a verlo, ni mañana, ni pasado, ni nunca. Sentí que mi corazón se apretaba en mi pecho. Sonaba tan extraño y tan difícil de imaginar.

Y bueno, eso era lo que me esperaba ese día. Un nuevo día de clases, se podría decir como cualquier otro, pero no lo era y eso lo tenía bastante claro. No iba a ser un día de clases común y corriente. No iba a estar ese chico tan guapo caminando por los pasillos con su aire de ser el rey. No iba a estar ese chico besándose con Lauren Davis en los casilleros, no iba a estar ese chico que completaba el trío de hermanos Ross. No iba a estar ese chico en clases de Literatura sentado en los últimos pupitres, no iba a estar ese cabello de oro alborotado, no iba a estar esa sonrisa perfecta que en más de una ocasión me había quedado embobada mirando, no iba a estar esa espalda perfecta que tantas veces miraba. En resumen, no iba a estar él, no iba a estar Tyler Ross.

—¿Estás bien, Haley? —escuché decir a Simon a mi lado. Yo seguía pensando en él, en la última vez que lo había visto cuando había golpeado a mi amigo en su fiesta.

—Claro, solo estoy algo mareada —respondí abriendo la ventana.

Respiré unas cuantas veces. No estaba mareada, pero sí necesitaba aire. En ese momento entramos en el estacionamiento del instituto, se me había hecho cortísimo. Pero debían ser mis ánimos, no quería entrar. Odiaba entrar por ese maldito pasillo donde podía sentir que era invisible, pero a la vez todos me miraban con muecas burlonas.

Simon estacionó el auto en el típico lugar donde siempre lo dejábamos, lo más alejado del lugar donde usaban los estacionamientos los hermanos Ross, y bueno, los populares. Ya que suponía que Simon no quería que vieran su auto. De todas formas, cuando bajamos unos cuantos chicos miraron en nuestra dirección burlándose de Simon, que ni les hacía caso.

—Nos veremos luego, ¿vale? —se despidió este dirigiéndose a la cancha, mientras que yo seguía mi camino hacia la entrada, sola y desamparada.

Comencé a caminar hacia ahí, en el camino vi a Lauren, que vestía de negro, seguramente estaba de luto. Pero su vestimenta daba mucho que decir, una falda ajustada que dejaba ver más de lo que siempre lucía, luego una camisa negra transparente que dejaba ver con lujo de detalles su sostén negro con encajes. Se veía bien, no estaba mal, pero era tan provocador que hasta más de un profesor recorrió su cuerpo sin dudarlo ni un segundo.

Mientras la miraba me di cuenta de que ella me observaba, pero no con esa sonrisa tierna que siempre usaba para dar sus discursos o en la sala de clases para agradecer al profesor. Esta, en cambio, me miró con un odio que hizo que me encogiera y bajara la vista enseguida al suelo.

Ella no se había tragado lo que había dicho ayer. En ese momento sentí cómo alguien había puesto su mano en mi hombro, se me erizó la piel. Sentí algo extraño en mi estómago y mi corazón se aceleró a mil.

—¿Simon? —me volteé extrañada.

Pero no había nadie.





## CAPÍTULO 6 INVISIBLE

Tyler

Esto ya me llegaba a asustar. ¿Ahora acaso me sentía? Retrocedí unos pasos hacia atrás mirándola, esperando que sus ojos fueran hacia mí y me viera. Pero ya saben cuál fue su respuesta, esta miró a los alrededores extrañada y luego siguió su camino. Yo miré mi mano un largo minuto. No había sido solo ella la que lo había sentido, yo también lo había hecho. Había sentido la suavidad de la tela de su saco... perdón, suéter blanco.

Ni tenía la menor idea de por qué le había tocado el hombro, me había dado pena la forma en que se tensó cuando Lauren la miraba de esa manera que lo hacía con las personas que estaban en su lista negra —desgraciadamente Haley había sido escrita—. Cuando la vi flagear ante esa mirada, no sé bien por qué me acerqué más a ella y coloqué mi mano en su hombro, sabiendo muy bien cuál sería la respuesta. Me sorprendí al ver que no fue la que esperaba, sino al contrario, Haley había sentido mi mano en ella.

Busqué a la dueña de mis pensamientos y esta había desaparecido de mi vista. «Parece que no será tan fácil como pensé», me dije mientras comenzaba a caminar, no podía estar tan lejos. Así fui caminando por los pasillos, en estos podía notar cómo la mayor parte de las chicas estaban con los ojos hinchados, otras con pañuelos en la nariz y unas cuantas estaban llorando desconsoladamente abrazadas a sus amigas.

Yo las miraba a cada una con una sonrisa de rey. Esto era una de las mejores cosas que me habían sucedido. Saber que les importaba a esas chicas era grandioso. Entre el tumulto de gente vi como entraba Mark en el pasillo. Este estaba con unos auriculares puestos, manos en los bolsillos de sus pantalones café oscuro que le llegaban hasta las rodillas y una camisa holgada, con rayas pequeñas blancas y celestes. Ese era Mark Ross.

Me quedé ahí mirándolo, este estaba en su mundo. Me pareció extraño verlo escuchar tanta música, Mark era el tipo de hermano que nos regañaba para que bajáramos el volumen diciéndonos que nos íbamos a quedar sordos para el resto de nuestras vidas.

Pude notar como todos en el pasillo al verlo se voltearon a su dirección. Este no lo había notado hasta que al alzar la vista se quedó quieto un instante, mirando hacia los lados, mientras que los espectadores bajaban la mirada avergonzados. Cuando Mark ya había mirado a cada uno de los presentes, volvió a retomar su camino a su casillero. Yo sin dudarle me encamine con él.

Caminamos juntos, aunque él no lo supiera. Me sentí como la semana pasada cuando llegaba al instituto con mis hermanos. Por un leve instante, aunque lo aproveché al máximo. Mark llegó a su casillero, lo abrió y metió su mochila dentro sacando algunos

cuadernos. Cerró la taquilla de un golpe. En ese instante apareció la cara de una chica, era esa tal... ¿April? Sí, April se llamaba.

—Me tienes para lo que sea, Mark —le soltó esta rápidamente y se colgó en su cuello abrazándolo, parecía que ella iba a romper a llorar en ese instante.

Esa era April, la mejor amiga de Mark. En realidad, yo siempre he tenido mis suposiciones con respecto a esa chica. Era muy extraño que siempre estuviera pegado a él y nunca hubiera pasado nada.

En realidad, yo no creo en el tema ese de tener a una mejor amiga, que ni uno de los dos guste del otro y que solo sean “amigos”. No, eso no existe. O bueno en mi caso no podía suceder, no me era posible ser amigo de una chica sin tirármela antes o después.

Mark le respondió al abrazo. Estos dos estuvieron largo rato de esa manera.

—Gracias April, lo tendré en cuenta.

—¿En cuenta? Lo siento, tío, pero hoy te vienes a mi casa, creo que te hará mejor despejarte. ¿Te gusta la idea? Para olvidarnos de todo —esta sonreía, no podía negarlo, esa chica era de-li-cio-sa.

—Pero si estoy bien, no te preocupes por mí.

—Me alegra que estés bien Mark, pero bien o mal quiero que vengas a mi casa —le suplicó.

—Dejémoslo para otro día ¿Vale?

—Pero... lo tenía todo preparado, no me puedes hacer esto —April... April... hasta yo mismo que no la conocía en absoluto sabía perfectamente que esa chica no tenía nada preparado, solo lo usaba de excusa—. Vamos, mis padres no estarán, será divertido.

Eso mismo era lo que no entendía con eso de mejores amigos: si una chica te dice «mis padres no estarán, será divertido» obviamente que es para hacer ya saben qué, pero con esto era distinto. Eso no significaba que quiere tener sexo contigo, no, no lo era. Algo que mi cerebro aún no comprendía. Por eso no podía tener a una chica como amiga, no podría entenderla. Esta seguía haciéndole un puchero a Mark, que ni se inmutaba.

—Está bien, iré después de clases a tu casa —se rindió este sonriendo de lado.

—¡Eso me gusta! —le plantó un beso en la mejilla riendo—. Lo pasaremos espectacular, bombón —le tiró un beso desde lo lejos y se fue caminando por los pasillos.

Esta vestía un chaleco verde y un vestido con flores pequeñas de chica buena. April Granger era conocida como la chica a la que se le metía por la falda, nadie. Era estudiosa como Mark, pero popular de todas formas.

Era extraño, el curso de James los que no hacen ni un deporte salvo dormir y caminar por los pasillos eran los populares; luego en el curso de Mark los que se preocupaban por el medio ambiente, los estudios y lo pasaban bien de todas formas, también lo eran. Y finalmente en mi curso los que estaban en el equipo de fútbol americano —que era el mejor del instituto— eran simplemente los reyes del curso, los más populares.

April ya había desaparecido y Mark también. Me había quedado absorto en mis pensamientos y no había notado que los pasillos estaban vacíos. Completamente.

Sin dudarle ni un instante comencé a correr por estos, algo prohibido, ya que te mandaban a la sala del director, donde te daba un castigo. Me lo habían dado hasta antes de morir unas siete veces.

Por lo que no dudé ni un segundo en romper la regla. Si ya estaba muerto, ¿qué importaba? El juego no había sido tan divertido como creí, lo disfruté al comienzo, pero luego ya era simplemente aburrido. La cosa era que, si lo hacías acompañado con más

gente o con alguien, obviamente lo disfrutabas más, pero estaba solo. Ni siquiera alguien transitaba el pasillo para poder entretenerme.

No había nadie, estaba el pasillo tan vacío como yo. Me encaminé hacia las salas, para pasar el rato. Además, Haley se me había perdido y no tenía ni la menor idea de dónde estaba. «¿En qué clases exactamente le copiaba en los exámenes?», pensé tratando de recordar su cara.

Sí, ahora estaba pensando como un acosador. Pero me había propuesto una misión, y esta era no despegarme de esa chica. Y no la iba a romper. Al menos podía seguir cumpliendo mis promesas estando muerto. Algo de dignidad me quedaba. Me paseé por el instituto un largo rato, sala por sala, baño por baño, y nada... no la encontraba por ni un lugar. Hasta que su voz en el pasillo del segundo piso me hizo darme la vuelta.

—Lo siento mucho, debe de haberse manchado cuando lo metí en mi mochila —le escuché decir, traspasé la puerta del electivo que decía: *Comité periodístico*.

Mi peor pesadilla. Con Steve odiábamos a muerte a esos chicos, eran insoportables. Siempre estaban persiguiéndome de ahí para allá.

Y justo Haley Dickens tenía que estar en este departamento extracurricular. Al ya estar dentro, un pequeño flacucho con ojos de sapo y una nariz del tamaño de la torre Eiffel estaba plantado enfrente de Haley con un papel en sus manos.

—Un *lo siento* no va a arreglarlo. ¿O acaso crees que mágicamente puedo borrar esto? — se podía notar lo furioso que estaba. ¿Por un simple pedazo de papel? Volqué los ojos, había gente tan extraña en este planeta.

—Puedo hacerlo de nuevo —le sugirió Haley, se podía notar lo asustaba que estaba.

—¿Y qué creías qué harías? —un silencio—. Mira, por esto vas a tener que revisar estas cartas que se publicarán en el diario del jueves —este fue hacia una de las repisas sacando una caja enorme que dejaba ver por su transparencia miles de papeles.

—¿Cartas? ¿De qué?

—De Tyler Ross. Lo pondremos en primera plana como un memorial hacia él. Estas cartas son de, ya sabes —se encogió de hombros—, de las chicas que están, estaban locas por él.

Haley no respondió, se quedó mirando la caja sorprendida. Yo también lo estaba, no podía creer que esas cartas eran... sobre mí. Estupendo, saldría en el diario estudiantil el jueves en portada. No sabía si alegrarme, ya que ya había aparecido unas cinco veces, aunque todas por algún partido o algo parecido. Pero en cambio esto era por mí, por no estar más... por no estar más... vivo.

—¿Haley? ¿Escuchaste lo que dije?

Esta lo miró asustada y negó con la cabeza, el chico soltó un suspiro rascándose el cabello. Me daba pena Haley, ese chico estaba cabreado con ella.

—Tendrás que revisar y leer cada una de las cartas, las que más te llamen la atención las guardas en la caja, las que dicen puras boberías las tiras a la basura. Quiero para el miércoles en la mañana las cartas que elegiste en mi escritorio —este apuntó uno de los que había en la sala—. ¿Entendiste? Si no están esas cartas, estás fuera.

Esta asintió con la cabeza sin decir nada. Se guardó el papel ese manchado en la mochila y miró hacia ese chico, pero este ya le estaba dando la espalda y hablando con otros integrantes de ese departamento de extraños.

Haley se encaminó hacia la puerta para salir, yo fui detrás de ella. Al salir los pasillos estaban vacíos, esta se quedó quieta un instante, yo la miré para saber qué sucedía y ahí lo

vi. Estaba James, mi hermano, hablando con su grupo de amigos caminando hacia nuestra dirección.

Se le veía bien, no era lo que me esperaba. Yo pensaba que iba a estar como Mark, pero parecía que me había equivocado. Este estaba como era. Un simple holgazán riendo y haciendo bromas. Sus amigos se podía notar que lo miraban algo pasmados, pero le seguían la corriente de todas formas. Cuando pasaron por mi lado pude notar como Haley bajaba la vista al piso, y que James se le había quedado mirando.

—Lindo suéter —escuché decir hacia Haley. Era uno de los amigos de James.

—Gracias —tartamudeó ella tímida, con su voz inocente.

No pude evitar soltar una carcajada, conocía perfectamente la broma. No lo decía en serio, en realidad se estaban burlando de ella. Algo que esta no notó hasta que estallaron en risas y le tiraron besos a la distancia a Haley, que miraba hacia el suelo apretando fuertemente unos cuadernos que llevaba en sus manos, sin mirar hacia atrás, y emprendió su camino hacia su casillero.

Yo la seguí, con todavía una sonrisa en mis labios. Los amigos de James eran lo máximo.

Esta al llegar a su casillero dejó las cosas que tenía ahí y se quedó un largo rato quieta mirando la nada, no estaba con los ojos fijos en algo, sino que estaba perdida en sus pensamientos. Me quedé de piedra cuando noté como una pequeña lágrima caía por su mejilla, fue diminuta y duró un instante, ya que se la limpió al segundo.

¿Era por lo del suéter? Debía de serlo, Haley no era tonta. Se debió de haber dado cuenta de la broma cuando se reían de ella. Sí, era cruel. Y en ese instante me di cuenta de que personas como ella también tenían sentimientos, aunque fueran fracasados totales.

Haley

No, no podía llorar por esa estupidez. No lo haría. Seguía ahí, en mi casillero. No tenía ánimos de ir a clases. Sí, yo, Haley Dickens, estaba considerando si irme a esconder al baño hasta la próxima hora. Sonaba tan extraño, pero era cierto. No estaba de ánimos. El regaño que había tenido con el presidente del comité periodístico me había dejado mal y fue aún peor cuando los estúpidos de último año se burlaron de mí.

Tenía que ser fuerte, no iba a ponerme a llorar. Respiré unas cuantas veces y cerré mi taquilla. Me encaminé hacia la clase que me tocaba, no iba a esconderme en el baño. No iba a darles la razón a esos... no iba a desmoronarme por unos holgazanes de cuarta. Lo peor de todo fue ver a James Ross reírse con ellos. ¿Cómo podía? Su hermano había muerto tres días atrás y él estaba como siempre. Siendo un idiota.

Toqué la puerta y entré a la sala. El profesor por supuesto comenzó a darme un discurso sobre llegar tarde, y yo me disculpé diciendo que estaba en el comité periodístico. Este luego de escucharlo no añadió nada más y yo fui a sentarme en primera fila, donde tuve la suerte de que estaba vacío un pupitre. Me quedé ahí, poniendo atención, aunque me costaba bastante. No estaba de ánimos. No podía evitar pensar en Tyler Ross...

Miré por la ventana que tenía a mi lado, esta daba hacia la cancha, donde no tan lejos podía notar al equipo calentando. Mis ojos no se despegaban de la ventana, los Red Dragons estaban en posiciones. Miré al *quarterback* que estaba partiendo el juego, no pude evitar imaginarme a Tyler, ahí, vivo, corriendo por la cancha para anotar. Si de algo estaba segura, era que no podría olvidar a ese chico tan fácilmente.

Tyler

Estaba sentado arriba del escritorio del profesor mientras miraba a Haley, aunque solo al comienzo, luego me quedé observando a las preciosuras que estaban en esta clase. Muchas con las que me había acostado o besado, algo que me hizo entretenerme la mayor parte de la hora. Pero se hacía larga de todas formas, ya estaba comenzando a aburrirme. Hasta llegaba a desesperarme casi la mayor parte del tiempo. Me estaba empezando a preocupar si tendría que ser un fantasma toda la eternidad. Porque si eso iba a ser, prefería ir al infierno.

El aburrimiento me estaba matando, lo que más deseaba era hablar con alguien. Poder participar en una conversación, a veces lo hacía, y hablaba en voz alta. Pero eso hacía decepcionarme y sentirme como un completo estúpido, ya que nadie notaba mi presencia. Al menos podía consolarme con que eso sucedía porque era invisible, no era que estaban ignorándome.

Aunque, de todas formas, se sentía de la misma manera... Pero tenía una esperanza, y esa era Haley Dickens. Que en ese momento estaba mirando por su ventana. Fui hacia donde estaba sentada, que por supuesto era la primera fila, y me pegué al vidrio. Mis ojos, cuando vieron a los Red Dragons practicando, se quedaron estáticos.

«Yo debería estar ahí», me decía una y otra vez cuando veía como el *quarterback* hacia la jugada. No pude descifrar quién de mis amigos era, ya que desde la distancia y más el casco no me era posible. Pensé en ir a ver desde más cerca, pero hoy no me iba a despegar de Haley. Me quedé el resto de la hora mirando a mi equipo jugar, al parecer éramos dos, ya que Haley estaba en lo mismo.

Me sorprendió bastante, ya que al mirar al resto de las chicas en la sala todas estaban hablando entre ellas sobre mi muerte, o estaban mirándose el cabello o coqueteando con algún chico... en cambio, ella se estaba con mirar por la ventana olvidándose de los demás.

Sonó el timbre por fin, yo me paré de inmediato como siempre lo había hecho. Al salir al pasillo miré hacia atrás esperando a Haley, pero esta no salía de la sala. Cuando ya el profesor pasó por mi lado entré a buscarla. Haley estaba sentada, mirando hacia los lados tranquilamente.

Yo estaba aburrido, muy aburrido. Ya habían pasado dos minutos desde que había sonado el timbre. Había un recreo de seis minutos, donde la gente iba a hablar con sus amigos y pasar el rato disfrutando del receso. Pero en el caso de esta chica parecía que estaba haciendo tiempo para no tener que salir al pasillo.

Me había dado cuenta de aquello cuando vi en qué estaba, esta miraba una y otra vez el reloj que estaba encima de la pizarra. Cuando no estaba mirándolo, bajaba su vista hacia la sala mirando los afiches o lo que estaba anotado en la pizarra. Estaba aburrida, al igual que yo.

Esta por fin soltó un suspiro y se levantó de la silla, se arregló sus gafas y cogió sus cosas. La seguí por los pasillos esperando ver de quien era amiga esta chica, pero no sucedió nada. Algo extraño para mí, estaba acostumbrado de salir de cada clase acompañado y que los seis minutos de receso me parecieran seis segundos. Pero en cambio, ahora, me parecían una eternidad.

Así pasaron las siguientes horas más aburridas de mi vida, estaba harto de seguir todo el tiempo a Haley, pero mi cerebro me prohibía dejarla sola. No podía hacerlo, era la única



esperanza que tenía. Al menos había podido ver a Steve en una de las clases, en la que este se puso lo más atrás y hablaba con algunos cuantos del equipo, al menos pude notar que no sonreía tan seguido como siempre, ni hablaba mucho. Obviamente por mi muerte.

Ahora estaba en Física, donde estaba Lauren, que con la suerte que tuvo Haley, esta justo la habían llamado desde la puerta unas animadoras que tenían algún problema, pero claramente yo sabía que ese “problema” era que necesitaban su auto para escapar de clases. Era algo típico de Lauren y sus amigas. Se aprovechaban de tener los beneficios de los profesores por ser animadoras y se escapaban a toda hora, donde la mayor parte de las veces, yo con los chicos participábamos sin dudar. Lauren se levantó para salir, acomodándose su falda corta, que le quedaba espectacular. En ese momento, lo que más quería era ir hacia ella y tirármela ahí mismo.

Podían considerarme un asqueroso depravado, pero si supieran por lo que he pasado y que no he podido tirarme a una chica desde hace tres días y lo más posible para el resto de mi vida, no lo pensarían dos veces. ¿O sí? Paré de pensar en eso cuando noté como Lauren pasaba por el lado de Haley en primera fila.

—Oh, lo siento —la escuché disculparse cuando “sin darse cuenta” por culpa de su mano cayeron los libros de Haley al suelo.

Lauren la miraba al igual que yo, esperando una respuesta. Pero en cambio Haley subió la vista, soltó una exclamación sorprendida y se acomodó las gafas. No dijo nada.

Haley se arrodilló para recoger sus cosas del suelo, pude notar lo nerviosa que estaba. — Yo lo hago —las palabras de Lauren me hicieron pestañear varias veces para saber si estaba soñando.

Lauren, mi novia, la chica más envidiada, la chica más deseada, la chica más poderosa, la chica que nunca había llevado sus libros ella misma, sino que alguien más lo hacía ¿Estaba arrodillándose para ayudar a Haley? ¿Haley Dickens?

O se habían raptado a la verdadera Lauren Davis o había muerto y llegado a un mundo paralelo. Porque esto no era extraño, era insólito. Me negaba a creerlo.

Haley

«Yo lo hago, yo lo hago, yo lo hago». Sus palabras rebotaban en mi cerebro una y otra vez. Sí, Lauren Davis estaba en el suelo recogiendo mis libros. ¡Mis libros! Ni Simon me creería aunque se lo jurara. Hoy mismo la había visto mirándome en el pasillo y no me miró amigable. No lo hizo.

Yo no le había dirigido la palabra. Cuando me pidió disculpas no quise entrar en pelea. Uno: porque no tenía el carácter. Dos: porque iba a quedar como el hazmerreír. Tres: porque soy Haley Dickens y ella Lauren Davis. Al menos era inteligente y tenía claro que no iba a meterme en una pelea donde no había posibilidad, mejor dejarlo pasar.

—Listo —habló de nuevo Lauren hacia mí poniendo los libros en el escritorio. Sonriéndome, son-ri-én-do-me. No me lo podía creer.

Yo seguía ahí, intacta, sin abrir la boca, miré hacia los lados y todos, todos los ojos estaban puestos en mí.

—¿Cómo te llamas? —¿Lauren Davis me estaba preguntando como me llamo? No, no, no, no. Esto no es posible.

Bajé la vista y disimuladamente me pellizqué el brazo izquierdo. Pero no sucedió nada, estaba despierta y esto estaba sucediendo.

—Ha... Haley —tartamudeé como siempre levantando la vista para encontrarme con sus ojos verdes, que me estaban mirando fijamente con una sonrisa amigable—. Dickens, Haley Dickens —al terminar bajé la mirada algo avergonzada, sentía que mi voz había sonado demasiado aguda.

Esta colocó su mano en mi hombro, lo que me hizo mirarla nuevamente.

—Bueno, Haley, nos vemos por ahí —se despidió está, a lo que yo cuando me daba la espalda me saqué las gafas, y las limpié con mi suéter. No podía creer lo que había sucedido.

Lauren Davis me había hablado. Lauren Davis me había recogido mis libros. Lauren Davis me había preguntado mi nombre. Lauren Davis me había dicho que nos veíamos por ahí. ¿En serio? ¿Lauren Davis?

Sentía que iba a desmayarme en cualquier momento, pero me quedé ahí, intacta, viendo cómo desaparecía por la sala. Lo peor de todo era que había sentido que habían pasado minutos mientras esta me había dirigido su atención, pero en realidad creo que ni siquiera había pasado un minuto exactamente.

No sé por qué razón una minúscula sonrisa se había dibujado en mi rostro, sí, tenía que admitir que me había puesto feliz que me tomara en cuenta Lauren Davis. Pero por otro lado había odiado que todos los ojos se hubieran fijado en mí.

Lo detestaba, me hacía sentir expuesta, desnuda, ante todos ellos.

Tyler

Yo miraba la escena divertido, hubiera preferido que se agarraran de los pelos gritando mi nombre como dos gatas en celo. Pero todo había sido muy distinto, mi novia hasta le había sonreído amigablemente a Haley. Algo extraño planeaba, porque Lauren no se relacionaba con chicas como Haley, así de simple. Las cosas no eran de esa forma.

Pude notar que Haley estaba sonriendo. Pobre chica, Lauren solo iba a jugar con ella. Por fin se acabó la clase y pude notar que esta se levantó enseguida, en vez de quedarse un largo rato ahí sentada como lo había hecho en todas las otras horas de clases.

Entramos a la cafetería, Haley buscaba con la mirada a alguien. Yo por mientras recorría esta buscando mi mesa. Y la encontré. Vacía. No había nadie en mi mesa. Absolutamente nadie. Recorrí la cafetería buscando a Steve o alguno de los chicos. Pero como ya dije, no había nadie. Antes de salir en busca de mis hermanos afuera, que eran las mesas de los cursos más arriba, me di la vuelta para buscar a Haley. A esta la encontré saludando a Simon.

Al menos sabía que no me perdería de nada interesante. Ese chico no me agradaba para nada, además hoy no estaba de ánimos ni de verle más la cara. El muy idiota me había despertado con sus malditos golpes en la puerta del departamento en la mañana.

Además, no estaba de humor, no entendía por qué seguía despertando en la habitación de Haley, no me encajaba en la cabeza.

Entonces salí y pude notar que la gente estaba acalorada, algo extraño pensando que ayer había diluviado la mayor parte del día. Aunque de todas formas había viento, lo suponía, pero yo ya no sentía nada. Miré hacia la mesa de James, y ahí estaba él haciendo guerra de comida con sus amigos, lanzando arroz por todos lados soltando carcajadas. En su mesa solo había hombres, ni una chica.

Al igual que yo, a James le gustaba almorzar haciendo puras estupideces, que con chicas no eran tan divertidas. Moví mi cabeza hacia más al fondo, donde estaba Mark. Su mesa era más tranquila. En esta había chicos y chicas. Amigas de April y esta, que por supuesto estaba al lado de Mark tratando de hacerlo reír. Este, en cambio, miraba una y otra vez a James con el ceño fruncido. ¿Estaban peleados?

Recordaba con sumo detalle la pelea que habían tenido ayer en mi velorio. Pero esto era diferente, Mark no estaba enojado por eso. Él no era ese tipo de persona resentida, en cambio a él le gusta hablar las cosas de inmediato para no tener problemas luego.

Pero ese Mark que estaba viendo no era Mark Ross, era una persona completamente distinta. ¿Por mí? No lo sabía, pero ya me lo estaba suponiendo.

Haley

—Te lo juro, Simon, Lauren Davis me recogió mis libros.

Este volvió a reírse de mí, me había arrepentido de contárselo, pero ya lo había hecho.

—Claro, y a mí Tyler Ross me regaló una flor —ironizó con una sonrisa divertida.

—No es gracioso, sabes que yo no inventaría algo así, no estoy mintiendo.

—Sí, sí, vale, te creo. ¿Qué quieres que te diga? Qué suerte, Lauren Davis te ha hablado, te envidio —me decía imitando la voz de una chica emocionada, mirándome con sumo interés. Yo comencé a reír—. ¿Feliz?

—Sí, y mucho —le respondí dándole un mordisco a la manzana que tenía en mi mano.

A veces olvidaba que Simon era un chico, claro estaba que si esta misma historia se la contaba a cualquier chica del instituto esta hubiera reaccionado de la misma forma en que Simon imitó. Algo que a mí me hubiera encantado, así podía contarle con detalles lo sucedido, pero olvidaba que no tenía amigas, solo a Simon, y por desgracia era un chico que no entendería, ni le interesaría en lo más mínimo.

Aunque me gustaba de esa forma, con chicas no concordaba mucho. No era de esas chicas que me gustaba la ropa ajustada ni escotes. Prefería tapar las partes que eran necesarias para que hombres pervertidos ni me miraran. Además, ¿a quién quería engañar? No era como Lauren Davis ni sus amigas, no era una curvilínea, ni tenía un pelo asombroso. Ni piernas largas, ni pecho grande, ni trasero perfecto. No era esa clase de chica. Y por esas razones amigas me faltaban. No quería pensar más en eso, por lo que levanté la vista y vi a Simon comiendo de una tarta de fresa.

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo traje, ayer fue el cumpleaños de mi madre. ¿Quieres?

—Soy alérgica —le respondí, y como un acto reflejo me eché un poco hacia atrás.

Odiaba cuando me hinchaba y mi garganta comenzaba a apretarse sin dejarme respirar. Lo odiaba. Me había sucedido tres veces en mi vida y no era algo que quisiera repetir.

—Lo siento —se disculpó metiéndosela toda a la boca—. Listo, ya no hay peligro —habló con la boca llena.

Yo sonreí agradeciéndoselo.

—Gracias.

Acerqué mi silla nuevamente hacia la mesa que compartíamos con Simon. La cafetería era enorme, por lo que contaba con mesas afuera y otras adentro. Por supuesto con Simon preferíamos ponernos afuera, ya que adentro estaban los del equipo más las animadoras, haciendo bromas crueles cuando se les daba la gana. Y afuera, al lado

derecho, estaban los de cursos superiores almorzando, por lo que era ley no sentarse ahí, pues si les llegabas a quitar la mesa a alguno de ellos estabas muerto.

Por lo que Simon y yo, si no íbamos al césped a almorzar, nos sentábamos en una mesa que quedaba al lado de los basureros, que nadie usaba. Sí, era asqueroso. Pero prefería almorzar ahí que ser un juguete de bromas allá dentro o ser comida viva por los más grandes para el resto del año. Y por supuesto, el césped no podíamos usarlo hoy, ya que ayer había diluviado, y no quería arriesgarme a manchar mi pantalón.

—¿Cómo estuvo la charla del entrenador? —pregunté.

Este seguía con la tarta en la boca tratando de tragarse el enorme pedazo, por lo que me hizo una seña para que esperara.

—Tensa —respondió al fin.

—¿Tensa?

—Sí, el entrenador no le dio mucha importancia a la muerte de Tyler Ross, creo que quería que nos sintiéramos más seguros. Fue extraño ver el comportamiento de todos, no era normal.

—¿Como que no era normal?

—Mucho silencio, Haley, cuando estamos en los camarines es imposible que uno hable y nadie más lo haga al mismo tiempo, ahora era como si no hubiera nadie más que el entrenador ahí —este se encogió de hombros—. Fue tenso y muy extraño a la vez.

Yo lo miré sin saber qué responder.

—El problema que hay ahora es cómo vamos a ganar los partidos, sin Tyler somos comida fresca para nuestros enemigos. Por eso creo que todos estaban así. Nadie sabe qué va a pasar ahora.

—Van a encontrar una solución, además quizás te pongan a ti en el juego —le animé sonriendo.

—Ya me han puesto —dijo Simon mirándome de reojo, mientras se tomaba un largo trago de bebida.

—¿¡Qué!?! —grité yo sorprendida. ¿Había escuchado bien?—. No me digas. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Ahora.

—Sí claro... —me crucé de brazos mirándolo con desprecio.

—Ya vamos, sabes que no me gusta emocionarme mucho cuando todavía no es oficial.

—¿Como que no es oficial?

—Mira, el entrenador me llamó hace un rato para decirme que desde ahora sería *quarterback*, pero como no me ha visto jugar dijo que el viernes me pondría en el partido, si lo hago bien me quedo, a lo contrario me quedaré los próximos dos años en la banca.

Me quedé en silencio asimilando lo que había dicho. Simon, mi amigo, iba a remplazar el puesto de Tyler Ross en los Red Dragons. ¿Había oído bien?

—No me lo puedo creer.

—Ni yo, voy a reemplazar al mejor jugador de Chicago.

—No te preocupes —le animé tomándole la mano, apretándola. Ya suponía lo nervioso que debía estar, a Simon se le daba bien fingir que todo iba bien.

—¿Qué voy hacer, Haley? No soy bueno

—Sí lo eres, yo te he visto.

—¡Pero en mi patio trasero! Es muy diferente que en la cancha con más de cientos de personas mirando.

Este sacó su mano de la mía y se colocó ambas en la cabeza.

—Tranquilo, si juegas como lo haces conmigo vas a ganar el partido. Eres bueno, Simon.

Y era cierto. Con Simon, desde que comenzamos a ser amigos y me contó que quería postular en el equipo, yo lo animé. Desde ese día que siempre practico con él cuando tengo tiempo. Simon era excelente para arrojar y tomar el balón. Solo que había un problema. La única vez que lo pusieron en el juego, no fue lo que esperaba.

No tuvo el balón en sus manos ni una sola vez, aunque no era su culpa. Tyler Ross se había apropiado del balón y no lo soltó en casi todo el juego. Al menos habían ganado el partido. Pero de todas formas, no pudo mostrar lo bueno que era jugando, y además Tyler lo había golpeado en su propia fiesta burlándose de lo mal que jugaba. Era normal que se sintiera de ese modo después de todo.

«¿Pero si ni siquiera jugó?», me había preguntado ese día cuando había vuelto a mi casa. Si supieran lo que yo he visto en él, no lo golpearían, se arrodillarían al suelo para besarle los pies.

—No sé si podré hacerlo.

—Claro que puedes, y lo harás —este seguía con la cabeza escondida entre sus brazos—. Esta semana cuando salga del trabajo me pasaré por tu casa, voy a hacerte ganar ese partido, ya lo veras.

Tyler

Esto debía de ser una broma. ¿Whitey había puesto a ese “bueno para nada” para reemplazarme? ¿A Simon? Ni me daban ganas de reírme, era demasiado absurdo. ¿Cómo había podido hacer algo así? ¿Qué pretendía? ¿Hacer perder al equipo por el que tanto me había sacrificado? Tenía unas ganas de golpear al maldito entrenador en ese momento, pero desgraciadamente no iba a poder hacerlo. Lo que me enfurecía aún más.

¿Por qué? ¡Por qué! ¿¡Por qué!?

Esto no era justo, no era justo que un perdedor se quedara con mi equipo, con mi puesto. Iba a ser una vergüenza total. No sabía por qué me importaba tanto... ¿Orgullo? ¿Celos? No tenía ni la menor idea, pero sí tenía algo claro: ese Simon iba a hundir a mi equipo. Y yo no podía hacer absolutamente nada al respecto.

Simon y Haley comenzaron a hablar de temas totalmente diferentes y que no me interesaban para nada. Riendo de viejos recuerdos y haciendo una que otra broma. Que, para mí, eran patéticos. Parecían novios y lo peor de todo es que no lo eran.

—¿Qué sucedió ayer con tu mamá? —eso sí llamó mi atención, por fin algo que me interesaba escuchar.

Ayer me había entretenido una barbaridad con las preciosuras en el gimnasio al frente de la iglesia, por lo que se me pasó la hora, y por supuesto Haley se me había desaparecido, ya que no tenía ni idea si seguía en la iglesia y tampoco podía comprobarlo.

Así que volví a su departamento, aunque no recordaba muy bien cómo... pero llegué ahí de todas formas dando unas vueltas por la ciudad. Al llegar pude ver el desastre que había, parecía que un remolino se había colado por la puerta y había arrasado con todo a su paso. Busqué a Haley en su habitación, pero no estaba. Al fin la encontré recostada con su madre hablando sobre Alejandro. Que la madre de Haley lo había pillado.

Menudo tío. Lo había cogido en pleno.

Sí, tengo que admitir que me dio mucha lástima ver así de destrozada a Anna. Nunca me había parado a pensar lo que sucedía con las chicas que engañaban de esa forma.

—Lo mismo de siempre, ya sabes... se hizo ilusiones y el tío le rompió el corazón.

Simon no dijo nada, se quedó pensativo.

—¿Estaba borracha?

—Sí, volví al departamento tarde y me la encontré... —Haley guardó silencio buscando las palabras correctas— destrozada, pero no quiero hablar más de eso.

Haley me había sorprendido con la forma en que había llevado la situación ayer, nunca me había tocado ver algo así en mi vida y fue fuerte. Ver a tu propia madre borracha, llorando desconsoladamente, no era algo muy común en mi vida.

En ese momento había querido estar vivo para haberla podido ayudar. Estar ahí para ella. ¿Pero qué estaba pensando? ¿Estar ahí vivo para ella? Me sacudí la cabeza un par de veces para que ese pensamiento se borrara de inmediato. Yo, Tyler Ross, ¿me estaba preocupando por esa chica?



## CAPÍTULO 7 RATA DE BIBLIOTECA

Haley

—En su opinión, ¿por qué creen que *Romeo y Julieta* es conocida como la historia de amor más reconocida en la historia?

Porque muestra cómo el amor puede llegar a hacer más fuerte que cualquier obstáculo. Rompe todas las barreras, mostrándonos cómo una persona puede amar de una forma que el mismo hecho de que uno de ellos no viva los lleve a un final dramático en todo sentido. Haciendo una historia excelente que nos hace soñar en si existe un amor así. Un amor imposible que llega a ser posible por el hecho de no rendirse. «Ni siquiera hasta la muerte», pensé en mi mente. Claro estaba que no salió de mi boca.

Aunque me moría de ganas. Amaba *Romeo y Julieta*. La había leído cientos de veces. La profesora Torres nos miraba a toda la clase esperando que alguno levantara la mano, pero lamentablemente nadie lo hizo. Sí, yo tenía la respuesta en la punta de mi lengua. Pero no iba a levantar la mano. No iba a llamar la atención, y menos para demostrar que soy una rata de biblioteca.

—¿Nadie? ¿Nadie ha entendido nada de lo que he hablado toda la clase? —la profesora parecía perpleja. ¿Quién no? Esta había estado desde hace dos semanas leyéndonos extractos de la obra y parecía que nadie le había prestado atención.

Al menos yo sí lo había hecho. Esta fue uno por uno preguntando la misma pregunta, esperando que alguien entre todos ellos respondiera.

—¿Por qué las chicas que lo leen son unas totales fracasadas que lo más seguro es que nunca han besado a un chico? —todas las personas con coeficiente intelectual del nivel de una hormiga estallaron a carcajadas. Por supuesto yo ni me di la vuelta.

Y ese comentario tan estúpido provenía del mismísimo Steve Fox, un chico guapísimo. Pero nunca me había llamado la atención, solo me fijaba en él cuando lo veía siempre detrás de Tyler. Era, por así decirlo, la sombra de Tyler Ross. Donde estaba él, Steve también estaba. Miré hacia la profesora Torres, esta lo miraba al igual que yo lo hubiera hecho. Con lástima, lástima de la ignorancia del chico.

—Sal de mi clase en este instante —me tomó por sorpresa su actitud, aunque no pude evitar sonreír al ver la cara de Steve—. ¡Ahora!

Se paró de su asiento haciéndole una reverencia.

—Con mucho gusto —una sonrisa amargada se colocó en su cara y tomó su mochila, saliendo de allí dando un portazo.

Pensé que iba a ir a buscarlo para llevarlo con el director. En cambio, esta soltó un suspiro y sonrió a la clase.

—Bueno, sigamos. ¿Alguien va a responder?

Una mano se levantó de entre todas, y era mi mejor amigo, Simon.

—Porque... —se quedó pensativo— aunque sus padres no lo aceptan estos los enfrentan por amor —lo último había sonado más como una pregunta que una respuesta.

Unas burlas de los asientos de atrás me llamaron la atención, pero yo solo miraba a Simon sonriendo, este fijó su vista en mí y también lo hizo.

—No está mal, Simon, al menos fuiste el único que me tomó atención. ¿Alguien más?

Tyler

—Porque... aunque sus padres no lo aceptan estos los enfrentan por amor —imité a Simon con su voz tartamudeando.

Solté una carcajada. Por favor, ¿en serio? ¿Había leído eso? Ese chico era, además de fracasado, un freak romántico. ¿Leyendo Rubén y Josefa? Oh, perdón. ¿Romeo y Julieta? Estaba seguro de que Simon Adams era una chica. Estaba a escasos centímetros de su cara, examinando si mi teoría era cierta. Me había subido arriba de su escritorio y lo estaba mirando fijamente. Lo más divertido era que ni me notaba.

—Está bien, no me dejan otra opción. Quiero mañana la respuesta a mi pregunta encima de mi escritorio a primera hora. Esto va a ir en sus notas.

Lamentos de toda la clase. Pobres, al menos no tenía que preocuparme de eso. Estaba muerto y no tendría que estudiar nunca más en mi vida. Aunque una parte de mí estaba feliz por eso, prefería estudiar que ser un fantasma.

—Esto no sucedería si ustedes pusieran algo de su parte, si hubieran prestado atención —un silencio—. Les diría que lo siento, pero no lo hago, he pasado seman...

Bla, bla, bla.

Ya no la estaba escuchando, crucé la pared hacia el pasillo para perderme la charla que seguramente duraría el resto de la hora sobre nuestra actitud y que debíamos ser más estudiosos y prestar más atención. Claro, cierto que eso me importaba bastante.

Unas voces llamaron mi atención, era Steve con... ¿Whitey?

Esto sí merecía mi atención. Fui hacia ellos lo más rápido que pude para escuchar de qué hablaban.

—No puede ponerlo, ¡¿está loco?!

Steve estaba furioso, algo que muy pocas veces había visto. Este era el que la mayor parte de las veces me calmaba.

—Ei, cálmate muchacho —Whitey estaba de la misma forma—. Aquí a mí no me hablas así, ¿entendido?

Steve no lo miró a los ojos, en cambio miró hacia los lados unos segundos y luego se tragó seguramente el nudo que debía de tener en su garganta.

—Lo siento.

—Muy bien —este le dio unas palmadas en su espalda y comenzó a caminar hacia su oficina.

Muy típico de Whitey, dejar hablando solo.

—Pero... —Steve estaba tan sorprendido como seguramente había estado yo tantas tardes después de la escuela donde tenía que quedarme hablando con Whitey—.

Entrenador, no me ha respondido —gritó.

Whitey se dio la vuelta mirando a Steve con una sonrisa burlona, algo extraño en él, ya que la mayor parte del día estaba serio o enojado. A veces ambas.



—No chico, loco no estoy.

Hasta yo me quedé sin palabras. Steve se quedó solo en el pasillo, me acerqué más a él, interrogante. ¿De qué estaban hablando? Quería saberlo, pero era inútil. Me era imposible ahora saberlo. Mi amigo subió los brazos y se los entrelazó en la nuca. Soltando una maldición y dándose la vuelta, marchándose también del lugar.

—Nuevamente solo —dije volcando los ojos, esto ya era insoportable.

Entré a la sala de nuevo y, ¡voilà! La señora Torres seguía en su discurso. Ni le tomé importancia, dirigiéndome hacia Haley, que estaba concentrada haciendo garabatos en su cuaderno de Literatura. Solté una carcajada, claramente artista no iba a ser. Al menos teníamos algo en común, los dos nos aburríamos con los discursos de la profesora Torres.

Haley

Estaba garabateando cosas sin sentido en mi cuaderno. Sí, nunca lo hacía. Pero ahora tenía que hacerlo para no escuchar más el discurso de la profesora Torres. Siempre la escuchaba con atención, pero hoy no era el día. Ya que lo que hablaba yo lo tenía más que claro. Sacar buenas notas, aprender lo que enseña y ponerlo a prueba. Por lo que no me quedaba más remedio que perderme haciendo algo para que mis oídos bloquearan su discurso, que ya llevaba un buen rato.

Mientras lo hacía me sentía desprotegida, por alguna razón sentía que alguien estaba mirándome. No alcé la vista, ya que no quería saberlo. Además, si lo hacía iba a notar el asiento vacío que había atrás. Y no estaba pensando en Steve, claramente. Me había sentido muy rara al no escuchar su risa atrás, y tampoco sus comentarios, que siempre estaban de un lado a otro de la sala. Pero hoy, no. Al menos las lágrimas no cayeron por mis mejillas. Pero sí querían hacerlo.

Por fin tocó el timbre, lo que significaba que este día había acabado. Había acabado el primer día en que Tyler Ross no estaba en el instituto. Y había que decirlo: se había sentido muy raro. Era como si el instituto no fuera el instituto por su ausencia. Aunque era estúpido, con las veces que este había faltado a clases. Traté de sacármelo de la cabeza cuando salí de la sala, y ahí estaba Simon, apoyado al lado.

—¿Te llevo? —me preguntó cuando me acerqué a él.

—Por favor —respondí abriendo los ojos y sonriendo.

No quería ir caminando hacia mi trabajo. En el pasillo pude notar a Lauren Davis hablando con Steve, él estaba algo furioso y ella le regañaba para que se calmara, que estaba haciendo un espectáculo en mitad del pasillo por tonterías.

No pude evitar sonreír de lo absurdo que se escuchaba viniendo de Lauren Davis. La reina del espectáculo. Todavía no me entraba en la cabeza lo amable que había sido. Había pasado todo el año anterior y este llamándome *rata de biblioteca*. Hasta creo que ella fue la que lo inventó. Y ahora se hacía la amigable. ¿Por qué? Si ayer estaba a punto de tirarse encima de mí afuera del cementerio.

No le di más vueltas al asunto, ya que era un tema del que no tenía ni la menor idea, por lo que puse mi atención en Simon, que me miraba de reojo, era lo típico que hacía cuando quería decirme algo, pero no se atrevía.

—Ya, vamos, suéltalo.

Ya había llegado a mi taquilla y estaba sacando mi mochila. Este había ido todo el camino hacia ahí en silencio, algo que yo no había notado al adentrarme en mis pensamientos.

—¿Por qué no levantaste la mano?

Eso me sorprendió, aunque claro, había olvidado que Simon me conocía hasta mejor que yo misma. No sabía qué decir, por lo que me encogí de hombros para no darle más importancia.

—Voy a llegar tarde. ¿Ya estás listo? —este asintió mostrándome su mochila ya colgada en su hombro—. Entonces vamos —yo ya había comenzado a caminar y este ya estaba a mi lado siguiéndome el paso.

—¿Cómo estuvo el cumpleaños de tu madre? —fue lo único que se me ocurrió para cambiar de tema y que no me preguntara al respecto.

Este hizo un gesto con su boca y hombros que significaba “bien, como siempre”, pero sin que saliera ni una palabra de su boca.

—¿Fue tu abuela? —me acordaba de que había estado enferma grave hace algún tiempo.

Este asintió con la cabeza.

—¿Está ahora bien?

Nuevamente asintió con la cabeza.

—Me alegro... —ya me estaba comenzando a cansar—. ¿Hoy paso por tu casa para practicar?

Este se encogió de hombros.

—Lo vas a hacer genial, vas a ganar el partido y los vas a dejar a todos con la boca abierta —le animé chocando mi hombro con el suyo—. ¿Cierto?

Nuevamente se encogió de hombros.

—Ya, vamos, eres bueno.

Este ahora asintió con la cabeza.

—¿Ves? Tienes que tener más confianza en ti mismo y todo resuelto.

Nuevamente él se encogió de hombros como si no le importara lo que le dijera, pero yo sabía perfecto lo que estaba haciendo, y odiaba cuando lo hacía, por lo que exploté. Justo estábamos subiendo a su auto.

—¿Qué? ¿Acaso te comieron la lengua?

Este negó con la cabeza. Ya, esto era mucho.

—Me rindo —solté al fin. Este volteó a verme como si no fuera la gran cosa.

—¿Segura?

—Sí. ¿Quieres saber por qué no levanté la mano?

—Si tú insistes —se hizo el desinteresado.

Maldito Simon.

—Fue... porque no he prestado atención —mentí, o al menos lo intenté.

—Vale, si mientes de esa manera mejor ni lo intentes —se burló sonriendo, a lo que yo me hice la ofendida, pero luego me uní a él, era cierto. No podía mentir, no me salía para nada.

—Ya, ya, está bien. Mira, no me gusta llamar la atención y lo sabes. Además no quería darles más razones para... ya sabes... no quería darles la razón en... que soy un... una rata de biblioteca —solté.

Me avergonzaba contarle esas cosas a Simon, aunque él lo sabía de todos modos.

Había que decirlo, Simon no era un perdedor como yo. Él no era feo, había que admitirlo. Era alto, medio flaco, pero no en exceso, y tenía una espalda que cualquier chica querría en su novio y unos ojos azules más oscuros que los míos.

Él podría sentarse con las animadoras y ser uno más de los del equipo.

Pero yo sabía que no era posible, porque yo estaba al medio.

Seguía con la vista baja, no quería mirarlo a los ojos. Sentía como ardía de vergüenza.

También tenía claro que él tenía su vista fija en mí.

—¿Rata de biblioteca? ¿En serio? Haley, ya hemos hablado de esto. Ellos no te conocen, si te conocieran como yo lo hago...

—Ese es el problema, Simon, no lo hacen y no lo harán. Al menos puedo intentar que eso cambie —le corté sin subir la cabeza aún.

*Si te conocieran como yo lo hago.* Si al menos pudiera creerme eso, pero no, era Haley Dickens, no iba a pensar algo que no era cierto.

—No tienes que cambiar Haley, estás bien. Ellos se pierden conocerte, y no me mires con esa cara, es cierto —yo no cambié mi expresión de no creerle ni una palabra.

Al menos me había subido el ánimo, Simon era el mejor amigo que pudiera tener.

Nos pasamos todo el camino hablando de vez en cuando, yo no estaba de ánimos para mantener una charla y Simon me entendió. Quería llorar, tenía unas ganas enormes. Pero me aguanté. Odiaba llorar.

Desde que comenzaron las burlas hacia mí al entrar a la secundaria —hace un año — llegaba a casa para encerrarme en mi habitación, donde lloraba en silencio. No quería preocupar a mi madre. Nunca le he contado nada de lo que pasa en la escuela, no quiero que caiga en el alcohol por mis problemas, no quiero que se deprima por mí.

Por fin llegué al trabajo, me despedí de Simon saliendo hecha un trueno.

—Llegas tarde.

El gerente me miraba con el ceño fruncido y los brazos cruzados. No lo culpaba, era cierto que la mayor parte del tiempo llegaba tarde, pero hoy habían sido solo dos minutos. Un récord para mí.

—Lo siento —me disculpé, y este ladeó su cabeza para que fuera a cambiarme rápido.

Fui corriendo hacia los baños, ahí saqué de mi mochila una camiseta azul donde tenía un estampado de un cerdo por la espalda. Y delante tenía escrito: Haley Dickens, a su servicio.

Cuando ya estaba lista me dirigí a la caja.

—Por fin —me regañó la chica con la que cambiábamos turnos, que era mayor que yo.

Yo ni le hice caso. Esta pasó por mi lado dándome un codazo y mis lentes cayeron al suelo. Esta ni me miró y desapareció de mi vista algo borrosa.

«Estupendo», me dije agachándome y recogéndolos. Al menos no se habían roto.

El lugar donde trabajaba tres días a la semana no era el mejor lugar del mundo. Era un local de comida rápida, su principal atracción era el dibujo del cerdo gordo con una sonrisa inocente donde las mejillas estaban enrojecidas dándole un toque infantil. Era gracioso, en un comienzo, pero ahora ya ni lo miraba. La única sensación que me daba este lugar era asco.

Sí, asco por las hamburguesas bañadas en fritura y grasa. Eso era una hamburguesa aquí. Hecha con extra carne, extra tocino, extra queso y extra grasa. Era veneno para el cuerpo. Aunque no podía negar que no pagaban tan mal como creía, además de que quedaba a pocas cuadras del instituto y cerca de la peluquería donde trabajaba mamá. Así que tan malo no era, el único problema era lo lejos que quedaba de casa.

—Señorita, ¿me escuchó?

Vale, esto siempre me sucedía. Pero no era mi culpa, me acostumbraba a pensar dentro de mi cabeza y aislarme del mundo real. No era mi intención, pero de todas formas siempre sucedía, no podía evitarlo.

Y como siempre me disculpé y me enfoqué en no adentrarme en mis pensamientos.

—Una hamburguesa triple tocino y queso, doble carne —el estereotipo de hombre que frecuentaba el local me miraba con su barba sin afeitar, la camisa a medio salir y con un olor de que no se duchaba en semanas.

«A trabajar», me dije dándome ánimos, ya que recién estaba comenzando mi turno.

Tyler

Ya, esto era mucho. Mi estómago se contraía por mi risa. Haley Dickens era cajera en un local de comida rápida. Verla con la camiseta del cerdo fue lo que colmó el vaso. Me atragantaba a carcajadas. Se veía ridícula.

Aunque el lugar ya me era conocido, veníamos aquí con los chicos luego de los partidos a celebrar. Y también los días de semanas cuando nos daba la gana.

«¿Por qué nunca la había visto?», esa pregunta era la que me hacía a cada segundo.

Por fin esta se había cambiado la ridícula camiseta y estaba tomando sus cosas para salir de ahí. Afuera estaba Anna en el mismo auto que en el funeral. Era algo anticuado, mi jardinero tenía un auto parecido. Era un Suzuki Alto azul oscuro. Haley saludó a su madre al salir del local y entró al coche. Yo por supuesto la seguí.

—¿Cómo estuvo el trabajo?

—Bien, salvo que tres hombres me amenazaron con demandar el local —Anna abrió los ojos sorprendida—, dos niños vomitaron en el baño —Haley iba haciendo cuentas con sus dedos—, me caí encima de una hamburguesa y me lo descontaron de mi salario. ¿Qué más puedo decir? Amo mi trabajo —ironizó esta, a lo que Anna rio, y ni abrió la boca, enfadada.

—Si quieres que sea sincera, hija, eres un desastre.

—¿De quién habrá salido?

Era raro ver a Haley Dickens en esa faceta, sarcástica y divertida. Parecía una chica normal, no una rata de biblioteca, como todo el instituto se burlaba. Su madre la miró con la boca abierta haciéndose la ofendida, a lo que Haley sonrió y luego comenzó a mirar por la ventana. Había un tráfico enorme.

—¿Me puedes dejar en casa de Simon?

—Claro.

—Aburrido —dije en voz alta. Se me había olvidado que Haley había quedado con él.

Este día me había dado cuenta de lo aburrido que era no hablar con nadie, ni que notaran mi existencia.

Aunque no estuvo tan mal al ver cómo todos sufrían por mi muerte, pero aburrido había sido de todas formas, ya que no ser el centro de atención no me era normal. Fue el primer día en que al llegar nadie fijó su vista en mí. Absolutamente nadie.

Y ya no sabía qué hacer. Haley no había notado mi presencia desde que sintió mi mano.

Sí, era un avance. Pero para mí había sucedido hace siglos, siendo solo algunas horas.

«¿Por qué me sucede esto?», «¿Por qué soy un fantasma?», «¿Por qué Haley Dickens?», «¿Por qué no estoy en el cielo, infierno o lo que exista?», «¿Por qué sigo aquí?», una

cantidad de preguntas se ponían en fila en mi cerebro. Pero ni una tenía una respuesta, lo que me hacía calentarme.

Cuando el auto paró en unas casas, la mayor parte iguales, pude sentir cómo la puerta del copiloto se abría y Haley bajaba del auto. Yo, en cambio, no bajé. No quería gastar de mi preciado tiempo en ver a Simon Adams. Paso.

Había llegado a casa de Haley con Anna, que se había ido todo el viaje con música cantando a todo volumen. Encontraba extraño lo joven que parecía para tener una hija adolescente, estaba buenísima.

—No sé si puedo, ayer no fue mi mejor noche —Anna hablaba por teléfono con una amiga, mientras yo disfrutaba viendo televisión lo más que podía antes de que la apagara y me muriera de aburrimiento.

Estaba echado en uno de los sillones, mientras que Anna estaba haciéndose un pan con mantequilla.

—Ya sabes. ¡Lo que te conté en la peluquería! Lo hago por Haley, soy su mamá y me tengo que comportar como tal —sonaba algo enojada y cabreada—, está pasando por un mal momento, por ese chico, ya sabes, el hijo de Fernando.

¿Conocía a mi padre? ¿Con quién estaba hablando Anna? Después de un rato cortó el teléfono aún algo enojada al ver cómo se tiraba al sillón y comenzaba a comer su pan a mordiscones.

Así pasé una tarde de ensueño con Anna, que se pasó las dos horas siguientes viendo televisión, aunque no lo veía, solo cambiaba de canal una y otra vez.

Yo por mi parte estaba cabreado, tenía la oportunidad de ver televisión y pasar un rato como una persona común y corriente y justo Anna ni tenía ganas de ver algo.

Parecía que el destino estaba riéndose de mí una y otra vez. Se me ocurrió una idea.

—¿Sabes, soy Tyler Ross? Cuando morí aparecí en la habitación de tu hija Haley. ¿Sabes algo al respecto?

Un silencio. Anna seguía concentrada en cambiar de canal soltando suspiros frustrados.

Al menos lo intenté. En ese momento se escuchó una llave entrar en la cerradura y la puerta se abrió.

—Llegué, mamá.

Esta se dio la vuelta y por fin dejó un canal, distrayéndose con Haley.

Yo solté un agradecimiento y me quedé ahí pegado deleitándome con imaginar que era como un día normal en casa donde me tiraba a ver televisión con Mark.

Mark... Mark... Mark, no podía olvidarme de él. Tenía que admitir que no me había sentido feliz en verlo así por mi muerte. Ese no era Mark, no era mi hermano.

—¿Qué hicieron con Simon? —escuché decir a Anna atrás de mí.

—Lo ayudé a practicar para el juego del viernes.

—¿Cómo? ¿Simon Adams va a jugar el viernes?

Me di la vuelta mirando donde estaban Haley y Anna, en la cocina. Haley estaba sacando cosas de la nevera y unas ollas para cocinar.

—Sí, por, ya sabes... los cuatro jugadores que faltan, lo pusieron al fin.

¿Cuatro? La miré extraño. ¿Qué cuatro jugadores?

Al parecer Anna estaba igual de perdida que yo.

—¿Por qué cuatro? O sea... ¿Uno es Tyler Ross, no es así?

Esta asintió con la cabeza, mientras vaciaba arroz en una olla.

Yo estaba impaciente, necesitaba saber a quiénes más de mi equipo habían sacado, seguramente el maldito entrenador, por yo qué sé.

—En el accidente, mamá, iba Tyler con cinco chicos en el jeep. Tres de ellos quedaron en el hospital.

—Oh, dios mío —dijo Anna, dibujándose en su boca abierta un perfecto círculo.

*Tres de ellos quedaron en el hospital. No, no, no.*

No podía ser cierto. Se me había olvidado por completo que había sucedido con los demás chicos. Sinceramente se me había olvidado que había alguien en el auto además de mí. Pero si me acordaba bien, hoy había visto a cuatro de ellos en el instituto.

Me calmé al recordar que entre esos cuatro uno estaba con muletas y un parche en la cabeza, y el otro con el labio inferior algo golpeado y su mano izquierda con un yeso. Pero faltaba uno. Su nombre me llegó en la mente de improvisto. Kyle Reyes. Era el capitán del equipo cuando yo no estaba. Era un poco más pequeño que yo, era de piel mulata, cabellos negros y bastante simpático. Él nos había prestado su coche luego del baile de primavera a mí y a Steve. Pero... hoy no lo había visto en la escuela.

—Tranquila, dos solo quedaron con algunas fracturas y heridas menores, nada grave — esta seguía dándole la espalda a Anna.

—¿Y el otro?

Esto no iba a ser bueno, Haley se quedó inmóvil, dejando de lado lo que estaba haciendo.

Ahí lo supe, supe que lo que fuera a salir de su boca no iba a ser una buena noticia, para nada.

Quise taparme los oídos o salir de ahí, pero ya era tarde.

Haley se dio la vuelta encontrándose con la mirada fija en Anna y al fin respondió.

—Está en coma.

Lo único que mi mente pudo pensar antes de quedarse en blanco fue que estaba en lo cierto. Había dejado a Kyle Reyes en coma.

## **CAPÍTULO 8**

### **QUERIDO TYLER**

Tyler

Cuando por fin mi cuerpo reaccionó salté del sillón y salí del departamento en el instante. No quería estar ahí, no quería estar en ni un lugar en concreto. En ese momento quería estar muerto. Kyle Reyes era el que estaba en el asiento a mi lado. Lo había matado. Sí, lo había hecho.

Y no había pensado en ni un momento en él, en ni uno de los chicos que estaban en el auto conmigo. No podía creer lo egoísta que había sido en olvidarme de ellos y solo haber pensado en mí. Quería desaparecer. Eso quería hacer. Necesitaba estar solo. Por lo que se me ocurrió ir a un lugar, que justo ahora necesitaba.

Haley

Estaba en los sillones leyendo *Orgullo y prejuicio*. Sí, era romántica y me encantaba.

Estaba esperando que la cena ya estuviera lista. Estaba en la parte más emocionante, aunque cuando pasaba de página me quedaba unos segundos pensando y perdiéndome en mis pensamientos.

Con Simon me había ido bien, lo habíamos pasado genial. Vivía con sus padres y un hermano pequeño, a los que les agrado, al igual que ellos a mí. La hora se me pasó volando mientras este me lanzaba el balón una y otra vez, por lo que intenté de llegar lo más rápido a casa, y ahí me había encontrado a mamá en la televisión.

Algo extraño, ya que mamá la odia, salvo películas, pero cuando está acompañada. Veía canales solo cuando estaba inquieta o aburrida. En este caso parecía que ambas.

—¿Cómo estuvo el día? ¿Ya sabes... sin tu amigo Tyler Ross? —me preguntó esta ya cuando estábamos cenando. Había preparado arroz y quedaban algunas sobras de la semana anterior.

«¿Amigo?», me dije volcando los ojos.

Eso quisiera...

—Bien.

—Ya, vamos, no soy psicóloga, pero necesitas contarme al respecto.

—Estoy bien, mamá —dije ya cansada, mirándola con el ceño fruncido.

Esta levantó los brazos en señal de paz.

—Soy tu madre y me preocupo —se disculpó, o eso creí— así que cuéntame o pagaré un psicólogo —se cruzó de brazos como una niña pequeña.

Volqué los ojos, mamá era una adolescente. No podía culparla, tener treinta y dos años no la hacía una adulta del todo aún.

—Feliz, pero desgraciadamente los psicólogos valen dinero, y mucho —le reproché irónicamente.

Parecía que hoy era el día en que todos querían saber lo que me sucedía.

—Pues aquí tienes a una gratis. ¿De qué te quejas?

Claro, contarle a mamá que me sentía como un trapo sucio por dentro, que en este instante mis lágrimas querían salir y el nudo en mi garganta quería desaparecer de una vez por todas.

¡Oh, cuánto lo necesitaba! ¿Pero, qué le contaría? Si ni siquiera... ni siquiera llegamos a ser ni amigos. Aunque... mamá no tenía por qué saberlo. Él estaba muerto y no estaba mintiendo, solo desahogándome sobre alguien que nunca me prestó atención. Pero mamá pensaba que éramos amigos y todo el cuento. La miré. Me observaba de reojo poniendo ojos de cachorrito, que eran usual en ella.

—De acuerdo.

Me rendí, qué más daba. Mamá no sabría que en realidad yo era una perdedora y estaba triste por alguien que nunca ni me miró, salvo ese día. ¿No era una mentira omitir información, cierto? Esta soltó un chillido emocionada y fue corriendo hacia su habitación disculpándose en que primero se pondría pijama y que yo hiciera lo mismo. Ya era tarde.

—¡Te tocaba a ti lavar! —le grité para que volviera para lavar los platos.

Como éramos solo yo y mamá nos turnábamos los trabajos del hogar.

—Intercambiamos, hazlo tú hoy y yo mañana —solté un gruñido—. Ya, lo hago el resto de la semana. ¿Contenta?

—Mucho —grité feliz.

Sonreí y me puse a lavar los platos en el fregadero. Luego entré en mi habitación, donde me puse el pijama, que era un viejo chaleco de lana que me quedaba enorme. Este me llegaba una palma más arriba de las rodillas. Era muy cómodo y lo usaba siempre, ya que en Chicago había días en que hacía frío, aunque no en exceso, por lo que era perfecto.

Cuando ya estuve lista, fui hacia los sillones. El departamento era pequeño, pero perfecto para dos. Estaba la puerta de entrada que si mirabas a la derecha estaba la cocina con la isla diminuta y al lado una mesa para tres. Luego si mirabas a la izquierda, desde la puerta estaban los sillones y una televisión. Y quedaban las dos habitaciones y el baño, que estaban en el pasillo si seguías caminando recto desde la puerta. No era Pemberley, pero me conformaba con esto para vivir.

—Estoy lista —dijo mamá apareciendo frente a mí.

Para mi sorpresa no apareció con su pijama, sino vestida con traje elegante como una mujer de negocios de buen trabajo. Se había amarrado el cabello en un tomate. Además de colocarse unos anteojos antiguos que eran míos de pequeña.

—Te ves...

—Como una psicóloga, si lo sé, me queda perfecto.

Iba a decir extraña, pero mamá me interrumpió antes de que continuara la frase.

Yo me mordí el labio para reprimir la risa.

Mamá, como ya he repetido, era una niña, se emocionaba mucho con sus cosas. Por lo que no podía llevarle la contra. Mejor seguirle el juego.

—Buenas tardes, mi nombre es Haley Dickens.

—Un gusto, Haley, toma asiento —me señaló el sillón que estaba de lado del televisor, esta se sentó en el otro con una postura elegante y derecha—. Mi nombre es Anna.

Yo miraba a mamá sonriendo como una idiota, esperando que ella me la devolviera y las dos comenzáramos a reír de la situación. Pero en cambio, esta me miró seria y abrió una libreta que tenía en sus manos, abriendo la tapa del lápiz, y luego de eso fijó la vista en mí seriamente. Mamá sí que se tomaba sus juegos en serio.

—Ahora... ¿Qué sientes con que Tyler Ross haya muerto?

Estupendo, parece que jugaremos a esto. Sentir... ¿Qué sentía? Tristeza, claro estaba. Pero además de eso sentía como si me hubieran arrebatado un brazo, una parte de mí. Como si no estuviera del todo completa. Sí, sonaba tonto. Pero era cierto, al menos para mí.

—Tristeza —no iba a describirle eso a mamá.

Esta anotó algo en su libreta.

—¿Y esa tristeza, la sentiste todo el día?

—No sé si todo el día, pero la mayor parte.

—¿Por qué crees que te sucede eso?

«¿Por qué creo que me sucede esto?», pensé reflexionando. No estaba segura de la respuesta...

—Porque... no lo sé. No sé por qué me sucede esto.



Mamá no dijo nada, pero sí se me quedo mirando un largo rato, analizándome y luego bajando la vista para seguir escribiendo en su libreta, a lo que yo me paré de inmediato de mi asiento y me dirigí hacia ella, pero la cerró mirándome, extrañada.

—¿Qué hace, Haley? Siéntese en su asiento. ¿No le han enseñado modales?

—No, y justamente quería hablarle de eso: mi madre es la culpable, está loca, a veces se hace pasar por otra persona. Lo peor de todo es que realmente se cree el cuento y no sé qué hacer con ella. Parece una niña pequeña.

—Ya basta. ¿De qué está hablando? Tendré que hablar con su madre, parece que esto es mucho más serio de lo que pensé. Inventando cosas, por favor —dramatizó esta mirándome como si fuera un bicho raro.

Sí, me estaba mirando como lo hacían todos en el instituto. Me estaba mirando como lo hacía Lauren Davis. Me estaba mirando como me miraban cada día cuando entraba por los pasillos. Me estaba mirando como si tuviera una enfermedad contagiosa. Me estaba mirando de esa forma que lo han hecho desde que entré a la secundaria, esa forma que me hace sentir una mierda. Sí, una completa mierda.

Y claro, yo, la inmadura, me eché a llorar. Quería parar, pero lo único que pensaba en ese momento era que soportar la mirada de mamá mirándome de ese modo me hizo explotar. No quería que me mirara de ese modo.

Y sí, sabía que solo estábamos jugando. Pero con todo lo que tenía dentro de mí no fue algo que pudiera evitar. No recuerdo muy bien lo que pasó en esos segundos, solo sentía cómo las lágrimas caían por mis mejillas, las manos de mi madre, que ahora estaban junto a mí. Me sentía ridícula, me sentía una niña.

Trataba de hablar, pero cada vez que lo hacía caían lágrimas. Siempre me sucedía cuando realmente el llanto era fuerte que no podía articular palabra mientras respiraba bocados de aire con dificultad.

—Ma... a... am... ma...

—Shh... no digas nada, perdón, Haley —se disculpó, sentía cómo los brazos de mamá me hacían sentarme en el sillón y cómo esta estaba enfrente de mí, me quitaba las gafas y con los dedos me limpiaba las lágrimas de mis ojos.

Así pasaron unos largos minutos en los que ni una habló, pero no fue incómodo. Me ayudó a dejar salir todo lo que me perturbaba y angustiaba.

—¿Quieres contarme? —preguntó cuando yo ya estaba más calmada y mi respiración ya comenzaba a volver a la normalidad. Aunque una que otra lágrima seguía cayendo.

—Es una larga historia...

—Tenemos toda la noche —me animó, antes de que terminara de hablar—, pero antes —esta se sacó las gafas, tiró de la blusa hacia afuera de los pantalones, se quitó los zapatos y el tomate, volviendo a ser Anna—, listo, ahora soy mamá. Olvídate de la psicóloga seria.

Sonreí de inmediato. Si podía existir un número más allá del infinito, ese le pondría a mamá en la escala del 1 al 10. Porque era la mejor mamá del mundo. Y tenía claro que contarle lo que me pasaba era la mejor elección que podía hacer.

Tyler

Estaba en los escalones del departamento de Haley, ya había vuelto de mi paseo y me sentía mejor. Al menos me había desconectado. Aunque el reloj seguía corriendo y tuve

que regresar. No tenía claro a donde, pero el lugar más adecuado que se me ocurrió fue volver a donde Haley Dickens.

Pensé en ir a casa, a ver cómo estaban todos. Pero descarté la idea, no quería escuchar hablar más de mí. Sí, Tyler Ross no quería escuchar hablar más de él. ¿Suena raro, cierto? Pero era la verdad. Luego de saber que había dejado a Kyle en coma. No quería saber más de mí, en realidad nada relacionado con el accidente.

Quería morir, eso quería. Desaparecer para no tener que ver todo esto. Porque al fin de cuentas eso era lo que estaba sucediendo. Morí, y por dejar a Kyle Reyes en coma me estaban torturando para sufrir eternamente como un fantasma rondando entre mis conocidos y ver cómo todos siguen viviendo. Mientras que yo soy absolutamente nada.

Me lo merezco de todas formas... Me enderecé y traspasé la puerta para entrar de una vez. Al menos tenía a esa chica, Haley.

Haley

—Solo hablé una vez con él, mamá, ya sabes, fue el primer día de clases. Cuando fuiste a dejarme al instituto y no conocía a nadie, estaba muy nerviosa... además de que me habías obligado a vestirme a tu antojo y como estaba sin las gafas... tropecé con él cuando estaba entrando... y él me sujetó antes de caer —mamá me miraba con la boca abierta y una sonrisa pegada en su rostro—. ¡No pongas esa cara! —le grité sonrojándome.

—Es que estoy emocionada de que por fin mi hija me cuente algo tan... romántico.

—No es romántico... bueno... solo...

—Sigue, sigue, quiero saber qué más sucedió.

La miré incrédula, pero seguí contándole.

—La cosa es que por él no me fui al suelo, y bueno, este comenzó a hablarme como si fuera la única chica en todo el instituto, fue...

—¿Mágico?

—Iba a decir estúpido.

—¿Por qué?

— Porque al día siguiente ni me notó, ya sabes, con las gafas puestas, mi propia ropa y no la tuya.

—¿Y por qué no seguiste poniéndote mi ropa y sacándote las gafas?

—Porque no quiero que me quiera de esa forma, ¿sabes? No me gusta tener que fingir ser otra persona, es como mentirme a mí misma siendo alguien que no soy.

—Pero... ¿Me vas a decir que nunca más volviste a hablar con él?

—No, nunca más él me habló.

—¿Y por qué no le hablaste tú?

—Mamá —abrí los ojos ya cansada de que no entendiera que no iba a ir una rata de biblioteca hacia Tyler Ross para ser la burla de todo el instituto el resto de mi vida.

—Está bien, solo digo que al menos podías haberlo intentado, para saber qué pasaba por la mente de él al verte.

Le iba a decir que lo había hecho, en su último día de vida y que él no había notado mi presencia. Justo en el mismo lugar en donde él me había atrapado antes de caer al suelo hace un año atrás. Lo más doloroso es que había fijado su vista en mí y luego siguió su camino sin darme ni la hora.

—¿Y qué quieres que haga ahora? No puedo hacer nada.

Mamá no dijo nada, ni yo tampoco.

En realidad, ¿qué más se podía hablar del tema?

Estaba muerto.

—Haley —me saludó la profesora Torres mientras caminaba por los pasillos.

Ya se estaba acabando el segundo día de clases sin Tyler Ross, aunque trataba de no pensar en ello.

Hoy había sido un día bastante casual, como cualquier otro. Muy distinto al de ayer, pero seguían algunas caras largas de una que otra chica y algunos jugadores del equipo. Que por supuesto también lo era por Kyle Reyes, que estaba en coma. Hoy había sido un día normal para mí, ya que me desperté a la hora exacta, me duché tranquila —aunque con la misma sensación de que alguien me observaba—, luego salí de casa, donde me llevó mamá, que estaba de muy buen humor, por supuesto por mi lloriqueo de ayer donde pude desahogarme. Luego nos quedamos hablando de cualquier estupidez.

La mayoría de cuentos suyos que le sucedían cuando era joven y alguno que otro amor de adolescentes. Por supuesto yo no lo compartía, pues no me había sucedido nada.

Seguí mi camino por los pasillos hacia la cafetería, arrastrando los pies sin ni un ánimo de ir ahí. Como Simon no estaría, almorzaría más tarde, ya que el entrenador los necesitaba para entrenar el resto del día. Estupendo para mí.

Al llegar cogí mi bandeja y me encaminé hacia el patio. Por supuesto me instalé en el lugar debajo del árbol. Era estupendo. Además, hacía un calor enorme, y con la sombra que daba era simplemente perfecto. Sonreí por eso y me dispuse a comer mi comida, aburrida y solitaria.

Tyler

—Aburrido, estoy aburrido —decía una y otra vez.

Y no mentía, a esa chica no le sucedía nada interesante. Por ahora lo único había sido el saludo de la profesora Torres, y qué puedo decir... no es la cosa más interesante del mundo, aunque en mi situación lo era. Haley estaba concentrada comiendo su almuerzo, que me sorprendía bastante, ya que Lauren nunca en su vida comía algo que no sea ensalada y en ocasiones especiales una fruta. En cambio, Haley Dickens se embutía una hamburguesa como si su vida dependiera de ello.

Me reí por lo absurdo al comparar a Lauren con ella, aunque costaba creerlo, Haley era más delgada que Lauren Davis, solo que con toda esa ropa que llevaba no se notaba.

Pero yo la había visto con mis propios ojos, así que equivocado no estaba. Así fueron pasando los minutos. Yo analizaba a Haley y ella por mientras almorzaba tranquilamente.

Y cada cierto tiempo miraba hacia algún lugar, aunque pude notar que solo estaba pensando. Algo que hacía a menudo.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté.

La respuesta, como siempre, un silencio. Ignorado por Haley Dickens, qué absurdo. Ya, listo. No iba a perder más mi tiempo observando cómo comía Haley enfrente de mí. Iba a ir a ver a mi equipo jugar, lo había decidido. Me levanté del suelo y fui corriendo hacia la cancha. Ni miré a Haley, sabía que su vida continuaría lo más aburrida como siempre.

—¡Vamos, Adams, no dejes que te derriben! —gritaba Whitey algo cansado mientras susurraba maldiciones en voz baja.

Simon, al verlo, las únicas ganas que me daban eran ir hacia él y molerlo a golpes. Ni siquiera llegaba a ser malo, era pésimo. Este cada vez que gritaba la jugada y el balón

llegaba a sus manos siempre era derribado o por sus atacantes o se le resbalaba por las manos cuando corría. Parecía que ya llevaban horas con el mismo resultado al ver cómo Steve abandonaba la cancha quitándose el casco, tirándolo al suelo, furioso.

—¿Cómo no ve que es pésimo? —dijo este mirando al entrenador con el sudor cayéndole por la frente.

—Calla, chico —fue su respuesta sin ni siquiera mirarlo, sino poniendo toda su atención en el juego.

Yo miré a Steve, y lo comprendía, era cierto. Simon Adams no sabía jugar y el entrenador no le cabía en la cabeza. Pude ver caras nuevas entre los jugadores.

La mayoría daban pena, como Simon, no sabía qué pretendía Whitey, pero esto ya no tenía futuro. Y no sé por qué todavía me importaba.

—¡Adams! Ven aquí —le gritó este haciéndole señas cuando nuevamente todos se le tiraron encima para quitarle el balón. Simon salió del montón tambaleándose, a lo que Steve soltó un gruñido al verlo venir hacia aquí.

—Quiero que antes de gritar la jugada respires y te tranquilices. Cuando sientas que estás preparado comienzas el juego. ¿Entendido?

—Sí, entrenador.

Se oyó un bufido de Steve que hizo que el entrenador se girara hacia él y Simon también.

—¿Quieres decirme algo?

Steve ni los miró. Estaba mirando hacia el cielo con la cara hacia arriba y las manos en la nuca —algo típico de Steve cuando estaba cabreado—, estaba sentado en el banco, aunque *echado* sería la palabra correcta.

—Sí, más bien quiero decirle algo a él —apuntó a Simon con el dedo.

—Adelante —contestó el entrenador con una mueca de diversión, mirando a Steve como lo hacía mi padre cuando le contaba las cosas sobre mi vida, obligándose a sí mismo a escuchar algo que en realidad no le importaba en absoluto.

Steve lo miró sorprendido, y luego a Simon, sonriéndole irónicamente.

—Mira, Adams, eres inútil. Solo nos harás perder el partido y estoy cansado de verte jugar, me da hasta vergüenza que todo el instituto vea que en nuestro equipo el *quarterback* ni siquiera sabe lanzar un balón —sí, hasta yo, Tyler Ross, sentí que Steve se había pasado—. No es nada personal, solo que eres pésimo y creo que deberías saberlo para que te vayas del equipo y nos dejes ganar.

Cuando terminó de hablar un silencio tenso se formó en el aire. Steve miraba a Simon con ahora los brazos cruzados y una mirada intimidante, en cambio creo que Simon todavía no salía de su estado de shock.

Lo único que se escuchó en ese momento fue la carcajada que soltó Whitey.

Haley

El día había llegado a su fin, la clase de Física no estuvo tan mal como normalmente, ya que los del equipo no estaban y Lauren no me insultó ni un momento. Hasta cuando se me cayó por accidente el lápiz esta se paró de su asiento para pasármelo.

Al ver tal espectáculo esperé alguna burla de sus amigas o algo al respecto, pero nadie lo notó. Todos estaban muy concentrados escribiendo lo de la pizarra. Hasta al devolvérmelo me dedicó una sonrisa que yo no pude regresar por lo nerviosa que me había puesto.

Iba caminando apresuradamente por los pasillos evitando contacto visual con cualquier persona, quería llegar rápido a mi taquilla y salir del instituto.

Lo bueno de hoy era que no trabajaba, pero sí tenía que hacer los deberes y estudiar para las pruebas que tenía mañana. Cuando estaba abriendo mi taquilla alguien se colocó detrás de mí y me tocó el hombro. Me di la vuelta y ahí estaba Daniel, el presidente del comité periodístico.

—Daniel, hola —saludé cansada, justo cuando quería llegar a casa y descansar. Aunque de todas formas sonreí.

Desde el año pasado que estaba en el comité, aunque desde el día que estoy ahí solo soy la que hace los trabajos que nadie quiere hacer, ya que gastan más tiempo y esfuerzo que el resto.

Y obviamente a la rata de biblioteca le toca eso.

—¿Cómo vas?

—¿Con qué? —quise saber, extrañada. Podía responderle «bien, ¿y tú?», pero no. Daniel no era de los que preguntaban sobre ti con la frase «¿Cómo vas?». Si decía eso era porque se refería a algo en concreto.

—No me digas que se te olvidó.

—¿Qué cosa?

—Las cartas, Haley, las que te pedí listas para mañana.

Puse una cara de desconcierto, ya que era cierto. Se me habían borrado de la cabeza. ¡Las cartas de Tyler Ross!

—No lo puedo creer, ¿sabes? Confié esta tarea en ti, Haley, las necesito.

Estupendo. Siempre me sucedían estas cosas a mí. Siempre.

No sabía qué hacer y Daniel me miraba esperando alguna señal de mi parte. Pero no sabía qué decir. Ni había tocado esas cartas. Debían de seguir en mi taquilla desde ayer luego de la charla con él. Me iba a matar. ¿Qué iba a hacer?

—Llevo la mitad, hoy termino y mañana estarán en tu escritorio a primera hora —mentí. Sentí que mi voz había sonado tan falsa que Daniel me iba a gritar en la cara y sacarme del comité en el instante.

Pero no sucedió ni lo primero ni lo segundo.

—Casi me da un infarto, gracias a dios —este por primera vez me sonrió desde que lo había conocido—. Bien hecho, Haley.

Al terminar de hablar desapareció al instante cuando otros chicos lo estaban llamando. Yo por mi parte solté la respiración contenida por los nervios y abrí por fin mi taquilla. Y ahí estaban las cartas. Parecía que mi tarde relajante no iba a ser posible.

Tyler

—¡Déjame ver mis cartas! —gritaba furioso.

Estábamos desde que Haley había salido del instituto en una biblioteca pública que quedaba algo lejos de su departamento. Menuda sorpresa. Haley Dickens en una biblioteca, ya me lo esperaba... Pensé en quedarme tirado en los sillones, pero luego me obligué a mí mismo a ir por si llegaba a suceder algo fuera de lo normal.

Aunque ahora nada ya era normal, en absoluto. Además, iba a trabajar en las cartas dirigidas hacia mí. Al menos podía leerlas y pasarlo bien en ello. Pero no había sucedido como yo pensaba. Mientras Haley leía las cartas a la velocidad del viento, yo no alcanzaba

a leer ni las primeras tres palabras, y esta ya las arrojaba al bote de basura que tenía a su lado.

Y yo estaba furioso. Furioso por no poder leerlas y furioso porque no me escuchaba.

Ya cansado fui a darme una vuelta por la biblioteca, era grande, llena de estanterías altas con libros de todos los colores, tamaños y portadas. Nunca pensé que estaría en una.

Fui recorriendo el lugar traspasando las estanterías, una por una... en cada pasillo me quedaba un largo rato leyendo los libros que llamaban mi atención. Para olvidarme de todo. Para distraerme. Pero no me resultaba como esperaba. Es que... Si estuvieran en mi lugar, ¿qué más podía pensar?

Sí, debería ya estar loco. Pero seguía siendo el mismo, y aunque suene extraño estaba seguro de que esto iba a arreglarse de alguna forma. O quizás muy dentro de mí sabía que esto duraría para siempre, pero prefería engañarme a mí mismo que reconocerlo...

Haley

«Querido Tyler». Iba leyendo. Esta carta me había sorprendido al no tener un «Querido bombón», «Querido esposo», «Querido chico sexy perfecto»...

Sí, aunque no lo crea esta era la primera carta de las treinta que ya había tirado al tarro de basura que hablaban de Tyler como se debía, simplemente Tyler.

Así que comencé a leerla.

«Querido Tyler —volví a leer—, sé que esto es estúpido, pero esa vez que nos ligamos y tú, bueno... me quitaste mi virginidad, en serio que sentí que fue especial. Y ahora que ya te has ido me ha comenzado a gustar Steve. Pero te amo, y siempre lo he hecho, y cuando nos besamos en la fiesta antes del partido me encantó y como me...».

No seguí leyendo, la arrugué y la tiré al basurero como las demás.

Traté de quitarme los pensamientos que se agrupaban en mi mente. Me imaginaba a Tyler tratándome como lo hacía con esas treinta y una chicas. Besándome, coqueteándome, tocándome...

Para, para, para. No pienses en él, está muerto. Punto final. Aunque había que admitir que sentía celos, celos por esas chicas. Ya era medianoche. Sí, había estado desde hace más de seis horas en esa biblioteca encerrada. Y mañana tenía instituto.

Si no fuera porque la bibliotecaria vino por segunda vez a decirme que iba a cerrar y que si no me iba me encerraría ahí dentro con las luces apagadas y la biblioteca cerrada no me hubiera ido. Además, que la batería del celular se había agotado, pero al menos había podido avisar a mamá que llegaría algo tarde y que no me esperara para cenar.

Y por supuesto había terminado de leer las cartas, que eran más de doscientas, sin duda.

Lo que no me cabía en la cabeza de donde habían salido tantas chicas, la mayor parte eran anónimas y las demás eran con sobrenombres o nombres muy usuales en el instituto, por lo que ni una de ellas pude saber con exactitud de quién se trataba.

Solo cinco cartas fueron las elegidas por mí, y aunque que eran simples y tenían algún error de redacción al menos no llevaban cosas vulgares ni palabrotas.

Eran perfectas para publicarlas en el periódico estudiantil. Pero eran pocas, y lo sabía.

Así que cuando ya lo tenía todo ordenado, tomé un lápiz y escribí mi propia carta.

No me costó mucho, y antes de que pasaran dos minutos ya estaba lista y metida en la caja para dejarla a primera hora en el escritorio de Daniel.

Ya estaba fuera y hacía un frío terrible. Solo llevaba un buzo holgado y una sudadera bastante cómoda. Pero en ese instante sentía un frío terrible. Además, tenía que admitir que odiaba caminar por la calle de noche, en especial porque no había autos transitando por el lugar.

Tyler

Iba caminando junto a Haley. Por fin esta decidió hacerle caso a la bibliotecaria, que no estaba nada mal. Era pelirroja, alta y cuerpo excelente. Aunque su cara daba algo de miedo. Pero había que admitir que cuando la seguí hacia la bodega y llegó su novio, enrollándose ahí mismo, no pude despegar mi mirada de ella.

Nunca me consideré tan invisible para que una pareja se lo montara enfrente de mis narices. Lo más gracioso era que Haley ni se había percatado de ello, esta seguía ahí haciendo su trabajo de revisar mis cartas sin ni siquiera imaginarse lo que estaba sucediendo en la pared continua.

Volví a mis pensamientos hacia Haley, que estaba caminando a paso rápido hacia la parada de autobús. Era raro pensar en que vivo nunca pisé uno, y ahora como debía seguir a Haley lo hacía la mayor parte del día.

—¡Ei, lindura!

Me di la vuelta hacia atrás. Ese cumplido venía de unos hombres mayores que venían caminando a unos metros más atrás que nosotros. Haley ni se dio la vuelta hacia atrás. Pero noté que estaba tensa y comenzó a acelerar su paso. Yo la seguí mientras miraba hacia atrás una y otra vez. Estos hombres estaban caminando en nuestra misma dirección.

La parada de autobús. Lo peor de todo es que eran seis hombres. Y la parada de autobús estaba vacía. Al llegar a la parada Haley estaba apretando fuerte la caja que llevaba en sus manos. Esta también dirigía miradas de soslayo hacia esos hombres. Y si no lo hacía miraba hacia los dos lados de la calle esperando que apareciera seguramente el bus.

Pero no había nadie. No sé por qué, pero comencé a alarmarme. No por mí, sino por Haley. Cuando empecé a escuchar murmullos, ya que estaban a poca distancia, no dudé en acercarme a ellos.

—Mírala, es una tabla. Es flacucha y delgada.

—Créeme, son las mejores. Sin esa ropa hay una diosa. Ya lo verán —apreté los puños, furioso.

Y los demás soltaron carcajadas, dejando a la vista sus dientes amarillentos y repulsivos. Sin pensarlo dos veces fui corriendo hacia ella.

—Corre, Haley, sal de aquí —dije, y lo repetí unas miles de veces.

No sabía qué hacer, no sabía qué intentar. No sabía cómo ayudarla.

Yo seguía diciéndole en el oído que saliera de aquí, mientras que esos hombres se acercaban aún más hacia nosotros.

Y ahí sucedió. Haley hasta me sorprendió, dejándome atrás cuando salió corriendo por la calle al sentido contrario por el que venían esos hombres. Escuché maldiciones y gritos de estos, enfadados, pero al menos ni uno había corrido por ella. Solté un suspiro, agradecido. Dando gracias.

Haley

«Dulce hogar», pensé, todavía temblando. Nunca en mi vida me había sucedido algo así, y estaba asustada, aunque nada sucedió. *¡Ei, lindura!* Esos hombres eran los mismos que el otro día, y al darme cuenta no sabía si llamar a la policía o quedarme ahí esperando que llegara el autobús.

Quería correr desde un comienzo, pero mis piernas no las sentía y estaba pasmada sin moverme de mi sitio. Hasta que, por fin, no sé por qué, me puse a correr como loca. Ni pensé en mirar hacia atrás, lo único que quería en ese momento era desaparecer de la vista de esos hombres. Algo que por fin había hecho.

Cuando iba corriendo a casa había visto un taxi, por lo que repetí lo de la noche del domingo sin pensármelo dos veces. Tiré las llaves en la entrada, dejé la caja en la isla de la cocina y fui a buscar algo para comer. No había comido nada en la biblioteca y mi estómago estaba pidiendo comida hace al menos dos horas, pero tenía que aguantarme.

Así que no dudé ni un segundo en comerme el tarro de helado de dulce de leche.

Mi favorito. No quería prepararme la cena, así que mejor comer helado, que era fácil y delicioso. En la encimera había un papel, por lo que me acerqué hacia él y comencé a leer.

*Haley, salí. Vuelvo tarde, no me esperes.*

Al terminar, no pude evitar pensar que lo más seguro era que mañana habría otro hombre saliendo a hurtadillas del departamento o preparando el desayuno.

«Apuesto a que saldrá a hurtadillas», me dije.

Miré la puerta de entrada y fui hacia ella para cerrarla, ya que se me había olvidado hacerlo. Tenía miedo, y mucho. Luego de lo que me había pasado hoy, seguramente dormiría con un cuchillo debajo de la sábana por seguridad.

Tyler

Sí, verla en su casa a salvo de esos hombres me había hecho sonreír. Algo que no había hecho en todo el camino hacia aquí, donde miraba por todos lados por si llegaban a aparecer. No sé qué me sucedía, pero sentía que debía protegerla.

Y me sentía orgulloso de haberlo hecho, aunque en realidad no estaba seguro. Pero al menos había llegado a casa sin ni un daño, y me sentía feliz por ello. La miré, su cabello café oscuro estaba hecho una coleta, aunque tenía algunos cabellos afuera por la corrida, luego sus gafas, que ahora se las había quitado para limpiarlas con su sudadera, dejaban al descubierto unos ojos azules claros como el cielo.

Esta, luego de colocárselas nuevamente, se empezó a embutir a cucharadas el helado, viendo una película algo antigua de la segunda guerra mundial. Estaba comenzando, y sí, me daba una lata terrible. Pero era lo único que podía hacer para pasar el rato.

La película había llegado a su fin y estaba llorando. Sí, lo estaba. Yo, Tyler Ross, estaba llorando por una morbosa película romántica. No lo podía creer, y aunque quería que parara el llanto seguía. Es que la película había sido tan triste y dramática que no pude evitar hacerlo.

Además, que lo que había sucedido era que se había muerto el mejor amigo del protagonista, que antes había estado con la novia y la había dejado embarazada, y bueno... los dos habían quedado juntos con el hijo, que nunca supe si era del mejor amigo o del protagonista.

Hasta yo mismo me enredaba pensando en el tema. La cosa era que Haley estaba llorando como una niña pequeña, y yo estaba de la misma forma. Hasta que por fin había



apagado la televisión y se dirigía a su habitación, me dije a mí mismo que no fuera una niña y que dejara de llorar.

Y así lo hice. Me quedé ahí, en la oscuridad. Mientras que se escuchaban los ruidos de Haley en su habitación. Haley, Haley, Haley. Me había metido mucho en la película, pero también aproveché para observarla cómo lloraba sin preámbulos y comía helado.

Aunque ya la había visto llorar más de unas veces.

Y no había olvidado la sorpresa que me había traído cuando la vi ayer al volver. Cuando estaba con Anna desahogándose. Pobre... me había dado cierta lástima que ese chico del que hablaba ni le había tomado atención. Fui hacia su habitación cuando noté que la luz de esta se había apagado. Al traspasar la puerta me la encontré dando vueltas por la cama, buscando la posición correcta, aunque lo único que podía ver con exactitud era su silueta que formaba el edredón.

Y por primera vez desde que había muerto, me acosté junto a ella. Junto a Haley Dickens, la chica que me había sorprendido en todas las maneras posibles. En ese momento, cuando estaba cerrando los ojos para quedarme dormido, me di cuenta de que no quería morir. Quería seguir siendo un fantasma, porque al menos tenía alguien a quien proteger.

Haley

Me desperté con un sueño terrible, pero el despertador ya llevaba un buen rato sonando, y ya no podía hacer nada al respecto. Además, que no quería llegar tarde al instituto.

Necesitaba entregar las cartas. Fui entrecerrando los ojos, estiré mis brazos y bostecé, mis ojos se humedecieron para luego desaparecer.

Estaba enojada conmigo misma, por haber visto esa película anoche. Pero ya no había vuelta atrás. Al mirar hacia la puerta mi corazón dio un vuelco, y salté asustada. Mi boca no podía moverse y mi estómago se partió en dos. Tenía al lado de mi cama a un chico. ¿Qué? Ni mi subconsciente podía creer semejante cosa.

Estaba vestido elegante, pantalones negros, camisa blanca, corbata celeste —que se me hacía muy conocida— y chaqueta negra.

Iba a ir a llamar a mamá cuando este comenzó a despertar. Tomé lo primero que encontré, el libro de *Orgullo y prejuicio*. El chico comenzó a moverse, primero soltó una maldición y luego se enderezó, saliendo su cara de entre la almohada, viendo su rostro. Y ahí supe que me había vuelto loca o todavía seguía durmiendo. Porque esto no podía ser posible.

Lo primero que vi fue su cabellera rubia, luego unos ojos grises, nariz perfecta y unos labios carnosos que me hicieron aguantar la respiración y abrir los ojos de golpe.

No podía ser cierto. Estaba enfrente del mismísimo Tyler Ross. Antes de gritar, correr, chillar, abrazarlo, llorar, sacarme los pelos, tirarme por la ventana o cualquier cosa, comencé a ver borroso, sentí mi corazón a mil y antes de impactar al suelo escuché su voz clara y firme.

—¿Haley?

Tyler Ross sabía mi nombre.

¿Me había vuelto loca?



## CAPÍTULO 9 SOY REAL

Tyler

Me quedé en blanco. Haley Dickens acababa de verme. ¿Y de oírme? No sabía qué hacer, no sabía qué pensar. Haley estaba tirada en el suelo de su habitación, esta se había desplomado ante mis ojos. Yo intenté tomarla, pero como ya verán la traspasé y cayó al suelo. Por lo que seguía siendo un fantasma, pero había una diferencia.

Me había visto, estaba cien por cien seguro.

Había sido extraño haber despertado en su cama, que hay decir que fue más cómodo. Pero cuando su despertador sonó, no pude evitar soltar una maldición. No estaba cansado, pero no quería tener que acompañarla al instituto. No quería otro día aburrido. No lo soportaría. Al sacar la cabeza de entre las almohadas fijé mi vista en ella.

Y qué sorpresa me había llevado, esta estaba en posición de ataque con un libro en sus manos y la vista puesta en mí.

¡En mí! No lo podía creer cuando nuestros ojos se miraron por un milisegundo, ya que no alcanzó a decir nada, como ya saben se desmayó al instante. Una sonrisa enorme se posó en mi rostro y sin siquiera mirarla de nuevo salí corriendo del departamento.

Quería ver a James y Mark, Steve, Fernando, Lauren, Martha, Kelly... ¡A todo el mundo! quería que estos me vieran y tomaran medidas al respecto. Que me ayudaran.

Y así todo volviera a ser como antes. Volver a ser Tyler Ross.

Haley

Abrí los ojos algo extrañada, mi cabeza daba giros y se me nublaba la vista.

Cuando por fin pude distinguir mi habitación y que estaba en el suelo, me levanté algo aturdida. Me senté por fin en la cama y me tomé la cabeza con las manos, quedándome quieta un largo rato. Y los recuerdos vinieron de golpe.

Alarma, chico, cama, rubio, ojos grises, mirándome... ¡TYLER ROSS! Sentí que veía negro de nuevo, pero lo impedí. No iba a desmayarme otra vez. Aunque mi corazón seguía latiendo a mil. Saqué mi cabeza de entre mis manos y miré a mi alrededor, esperando verlo. Pero no había nadie. Seguramente solo habían sido imaginaciones mías. Ya con lo del funeral no encontraba nada extraño imaginármelo ahora en mi habitación.

¡En mi cama! Por favor... qué tengo en la cabeza. Además, lo más seguro que era por todas esas cartas que había leído el día anterior. Era normal, pues pasé más de seis horas leyendo cosas sobre Tyler Ross. Tenía que ser eso.

Estaba temblando cuando por fin reaccioné, ya que me había llegado un mensaje de texto, cosa que pocas veces ocurría. Le saqué el cable donde se estaba cargando, encontrando un mensaje de mamá, ya que ayer cuando llegué fui corriendo a cargarlo encontrando llamadas perdidas de esta, por lo que le mandé un mensaje para que supiera que estaba sana y salva.

Lo abrí con cierta dificultad, ya que mis dedos estaban algo torpes.

*Voy en camino. La próxima vez contesta tu celular, Haley Dickens, o te juro que estarás castigada para el resto de tu vida.*

Reí, era extraño ver esa faceta de mamá. Comportándose como adulta, amenazándome con castigarme —volqué los ojos—. No había cómo castigarme, no era una chica que tuviera muchas salidas donde mamá podía no dejarme salir. No respondí al ver la hora que era. Sí, faltaba todavía, pero necesitaba darme una ducha. Por lo que me bañé como el viento, dejando el desayuno para después. Necesitaba pensar con el chorro encima de mí.

Recordaba a la perfección esa cara, recordaba a la perfección ese cabello rubio, recordaba a la perfección esos ojos grises, recordaba a la perfección esos labios carnosos, recordaba a la perfección esa nariz totalmente esculpida por los dioses. Sí, esa imagen de Tyler Ross no iba a desaparecer así de fácil.

Al salir la música seguía sonando a todo volumen de la radio que había prendido en mi habitación. Yo iba tarareando la canción, no estaba mal. Era una que siempre estaba cantando Simon. Era rápida, con ritmo y una letra que valía la pena.

Fui a mi habitación buscando qué ponerme. Tomé unos pantalones anchos de *blue jeans* y una chaqueta café que hacía juego con una camisa azul que me encantaba. Pero no la encontraba por ningún lugar. Por lo que salí hacia el pasillo, rebuscando en el armario de mamá, pero no estaba. A lo que me acordé de que ayer la había metido a la lavadora y debía estar en el cesto ya limpia. Así que me dispuse a ir a la cocina, donde al lado con mamá dejábamos el cesto, y ahí encontré la camiseta al instante. Sonreí al tenerla ya en mis manos.

—Lindo sujetador —escuché decir atrás de mí. La voz sonaba cansada y algo apagada.

No podía ser. Me quedé como piedra sin ni siquiera pestañear. Reconocía esa voz, y también tenía bastante claro de lo loco que sonaba. Me di la vuelta despacio, cerrando los ojos, deseando que fuera un mal sueño. Pero desgraciadamente, al darme la vuelta completamente y abrir los ojos, ahí estaba. Tyler Ross.

Este ni siquiera me estaba mirando, estaba tirado en los sillones de la televisión con una cara espantosa. Yo me quedé ahí, pegada, mirándolo con sorpresa, hasta que este parecía que había notado que yo ni me había movido y volvió la vista hacia mí. Nuestros ojos se encontraron, compartiendo la misma expresión. Sorpresa.

—¿Haley? —cuando mi nombre salió de sus labios sentí que mi corazón iba a salir de mi pecho.

Lo único que pude pensar en mi cabeza era que era cierto lo que había escuchado en mi habitación. Tyler Ross sabía mi nombre. Sí, sonaba absurdo, pero era lo único que podía procesar mi cerebro en la situación que estaba viviendo en ese momento. «Está muerto, no es posible», me metía en la cabeza, cerrando los ojos, mentalizándome de que era una fantasía, una farsa. No era Tyler realmente.

Miraba esos ojos azules escondidos en esas grandes gafas, hasta que Haley cerró los ojos. Sí, la chica estaba sufriendo una crisis nerviosa. Pero... ¿Quién no? La entendía, había pasado por algo parecido cuando me había despertado siendo un fantasma. Pero ahora había una diferencia: ya no era un fantasma para Haley Dickens.

«¿Por qué ella?», me dije suspirando. Luego de dejarla tirada en el suelo salí hacia la calle esperando que alguien me viera. Nada sucedió, como siempre. Era la nada allá en la calle. Por lo que luego de estar un buen rato por ahí vagando, gritando como loco, la respuesta no fue la esperada. Así que volví al departamento con un ánimo de mierda.

Estaba cansado de esto, cansado de la situación en la que estaba viviendo. Hasta que al tirarle un cumplido a Haley y luego de levantar la vista la viera mirándome fijo me quedé pasmado. No me lo había esperado, verdaderamente había supuesto que lo sucedido en la mañana solo había sido algo que luego ni ella se acordaría. Pero claro estaba que me estaba viendo, y oyendo.

—Es un sueño, es un sueño —iba diciendo golpeándose la cabeza con suaves golpes, y yo no pude evitar que una sonrisa se pusiera en mi rostro—. Despierta, despierta, no es real.

Ya, eso era mucho. La pobre de Haley creía que todo era un sueño. Pobrecita, y pensar que yo estaba al igual que ella hace unos días atrás... —me dije meneando con la cabeza, aguantando la risa.

—¿Me ves, cierto? —me atreví a preguntar.

Su respuesta fue taparse los oídos aún con más fuerza, lo que respondió mi pregunta.

Yo estaba que estallaba de felicidad. Por lo que me acerque más a ella, saliendo del sillón y subiéndome arriba de la isla de la cocina, acomodándome al frente de Haley. Esta abrió los ojos luego de un rato, mientras yo estaba en mis pensamientos tratando de entender por qué había ocurrido esto. Pero no tenía ni la menor idea. Escuché un chillido por parte de esta, a lo que yo solté una carcajada.

—Tú estás muerto... —fue lo que se bastó responderme, mirándome, arrugando la frente, perpleja. Y hasta asustada al notar su postura, parecía que si diera un paso más esta tomaría un cuchillo y me lo enterraba.

Aunque yo sabía que sería inútil en mí.

—Sí, lo estoy —respondí, encogiéndome de hombros. Era cierto, por ahora estaba muerto.

Esta volvió a darme la espalda, respirando sonoramente, intentando calmarse. Yo balanceaba mis piernas, que estaban colgando hacia adelante y hacia atrás, en la encimera.

—No es posible, esto debe ser una broma.

—Pensé lo mismo, pero no lo es. Ahora creerás que es solo tu imaginación, al igual que yo cuando...

—¡Cállate! No eres real. Solo eres parte de mi imaginación —dijo mientras intentaba nuevamente cerrar los ojos, creyendo que eso haría que desapareciera.

—Qué carácter —comenté en voz baja, apenas audible.

Haley me había dejado sorprendido al tratarme de ese modo. Y yo que creí que estaría feliz de verme.

—¿Te dije que ese sujetador es muy sexy? —le pregunté para fastidiarla y que me hablara, luego de un rato en silencio.

Yo solo quería hablar con ella, hablar con Haley, la chica que ahora podía verme y oírme. Pero esta iba a volverse loca y a estallar en cualquier minuto. Por lo que necesitaba hablarle de algo. Para hacerla salir de sus pensamientos. Necesitaba ser Tyler Ross.

Esta al escucharlo abrió los ojos, bajándolos a su pecho, donde estaba solo con un sujetador rosa con encajes y una camisa azul en su mano. Pude notar como sus mejillas comenzaron a sonrojarse. El resultado que esperaba. Esta salió corriendo, cerrando con cerrojo su habitación.

«Si supiera que no necesita eso conmigo», suspiré. No iba a traspasar su puerta, quería darle algo de privacidad para que procesara todo esto. Tenía que comportarme como el caballero que era.

Haley

*¿Te dije que ese sujetador es muy sexy?* Intentaba quitarme esa frase de la cabeza, pero no podía hacerlo. No podía quitarme a Tyler Ross de la cabeza, peor aún. Este estaba encima de la isla de mi cocina. ¡De mi cocina! ¿Cómo era posible? Mi imaginación me estaba jugando una mala pasada, y no sabía qué hacer, qué pensar...

Estaba confundida y nerviosa. Y mi corazón iba a explotar por lo rápido que iba.

No entendía nada, no me cabía en la cabeza. Está muerto. ¿Cómo puede ser?

Me tiré en mi cama, acurrucándome con los ojos bien abiertos. Estaba demasiado exaltada. No entendía nada. Lo único que sí había hecho era ponerme la camiseta. Y ni tenía claro porque lo había hecho, si Tyler Ross estaba muerto.

Su voz me trajo de vuelta a la habitación, este estaba cantando en la cocina la música que salía de mi habitación. Y me quedé quieta, ahí escuchando su voz, esa voz que hace días que no escuchaba y ahora estaba encima de la isla de mi cocina. Además, sabía mi nombre. Tyler Ross había pronunciado mi nombre y me había hablado como si me conociera. ¿Qué?

Ahí caí en la cuenta de que esto realmente era imaginaciones mías, no podía ser él.

Por lo que al quedarme pensando un buen rato me dispuse a abrir mi puerta. Para averiguar qué estaba pasando. Porque no iba a dejar que el fantasma de Tyler me arruinara el día. No iba a dejar que mi imaginación me ganara. No iba a volverme loca.

Entré a la cocina y este me estaba mirando fijamente, cada uno de mis movimientos. Lo que hizo que me pusiera nerviosa. Aunque no levanté la vista hacia él, iba a fingir que no lo veía para que desapareciera de una vez. Fui en busca de unas galletas que estaban en uno de los cajones. Mientras estaba buscándolas Tyler se me acercó.

—No puede ser... ¡Mierda! —dijo sonando furioso, pero yo no lo miraba. Pude notar cómo comenzaba a enfurecerse porque yo no lo estaba viendo.

Supuestamente.

«Estupendo», pensé, así desaparecería de una vez. Creí que iba a alejarse, pero en cambio cuando yo me dirigí a sentarme en una silla, él se puso frente a mí. Acercando su rostro a centímetros del mío analizando cada uno de mis movimientos. Me empecé a poner nerviosa, solo miraba las galletas que iba poniendo en mi boca rápidamente.

Pero no podía fingir, Tyler Ross estaba a centímetros de mí. Esos ojos grises que me permití ver por un instante hicieron que una de las galletas cayera al suelo.

Yo, como era la torpeza viviente, me tiré al suelo a tomarla, y cuando subí la vista y me enderecé di un respingo, ya que este se había cambiado de lugar estando ahora frente a mí con los brazos cruzados y una sonrisa engreída en los labios.



—No te hagas, sabes que me ves y fingir no lo va a solucionar.

Su voz había sonado clara y firme.

—No estoy fingiendo, solo quiero que desaparezcas de una vez —hablé enojada.

Sí, Haley Dickens estaba enfurecida con el fantasma creado por su imaginación, en vez de colgarse en sus brazos y disfrutar de su amor platónico.

¡Qué irónico!, ¿no es así?

—No voy a desaparecer —ahora sí, su tono sonó igual que el mío.

—¿Por qué? —este se encogió de hombros—. Ya, hagamos que creo que eres Tyler Ross. ¿Por qué estás aquí?

—No tengo la menor idea, estoy igual de confundido que tú.

—Claro —me burlé, cansada de la situación—. ¿Puedes despegarte de mí, cierto?

Este asintió con la cabeza.

—Entonces fuera, lárgate de aquí.

—No quiero.

—¿Ah? ¿Por qué? Si eres Tyler Ross debes tener mejores cosas que hacer.

—Porque eres la única persona con la que puedo hablar —susurró cansado.

—Claro —ironicé nuevamente. Volqué los ojos.

—Pensé que eras más simpática, por algo será que no tienes amigos...

Volví la vista hacia él con la boca abierta. ¿Qué había dicho? Me quedé mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Que creía que eras más simpática. ¿Eres sorda además de ciega?

Lo miré atónita. Este lo notó, pero no cambió su expresión. Los dos nos mirábamos sin nada que decir. «Es Tyler Ross», decía mi interior, pero yo me negaba a creerlo. Sí, habla como él y se comporta como un engreído. Aunque mi imaginación pudo crearlo perfectamente. Pero ya tenía mis dudas. No iba a gastar más de mi tiempo en enredarme más y más. Fui a buscar mi mochila y mis cosas. Terminando de lavarme los dientes, fui hacia la puerta para salir de aquí de una vez por todas.

—Se te olvidaron mis cartas —habló este cuando me disponía a abrir la puerta para salir. Estaba detrás de mí y podía escuchar su voz detrás de mi nuca.

Me quedé quieta procesando lo que había dicho. ¡Las cartas! Casi me iba sin ellas, hubiera sido asesinada si se me olvidaban.

Salí como un rayo y volví de inmediato con la enorme caja sobre mis manos.

—De nada —se burló sonriendo.

Ni lo miré, me dispuse a abrir la puerta. Esperé que este pasara detrás de mí, pero en cambio la traspasó. ¡La traspasó! Me quedé con la boca abierta y la caja resbaló de mis manos, cayendo al suelo. Estaba segura de que mis ojos habían salido de mi rostro por la impresión. Ver a una persona traspasar una pared no era algo que se veía todos los días. Este, al estar junto a mí, me miró esperando que dijera algo, que no dudé en hacerlo.

—¿Pe... per... o ...ero c... o... oc... cómo? —tartamudeé, no podía ni moverme.

—¿Acaso creías que podías tocarme? —¡Ni siquiera me lo había planteado hasta ahora!  
—. Siento desilusionarte, pero solo soy un fantasma —respondió poniendo carita de cachorrito.

Que por supuesto yo lo miraba sin pestañear.

—Haley, tus cartas —habló este de nuevo como si me hubiera quedado minutos observándolo. ¿Lo había hecho?

Miré al suelo, las cartas estaban esparcidas. Yo me dispuse a arrodillarme metiéndolas todas en la caja. Él también lo hizo, pero en cambio me miraba fijamente a los ojos.

Yo lo miré para que parara de mirarme, ya que me ponía nerviosa.

—Te ayudaría, lo juro. Pero ya sabes, no puedo —me guiñó un ojo, sonriendo de lado.

Esto ya era suficiente. Iba a sonrojarme por segunda vez por un fantasma creado por mi imaginación.

—No hagas eso —le recriminé.

—¿Qué cosa?

—Ya sabes, eres producto de mi cabeza, así que haz lo que te ordeno o te haré desaparecer —lo fulminé con la mirada para que entendiera la amenaza.

—¿Tú y cuántos más?

Iba a responder cuando vi a mi mamá subiendo las escaleras del departamento de dos en dos. Iba sonriendo y fijó su vista en mí, cambiando su expresión a una seria. Estupendo. Ahora viene el sermón.

—Hola, mamá —la saludé sonriendo como una niña pequeña.

—Haley Dickens, estás castigada —fue lo que se bastó a decir enojada.

Tyler Ross soltó un bufido. Yo lo miré, al igual que hizo mi madre conmigo.

—Te estoy hablando, mírame —mamá parecía furiosa.

Yo eché un vistazo a mamá y luego a Tyler.

—Ves, solo tú puedes verme —habló Tyler, a lo que yo ni lo miré.

En ese momento me di cuenta de que mamá no podía saber que veía a Tyler Ross. Ya con el episodio de ayer cuando lloraba desconsoladamente en sus brazos, iba a creer que en realidad estaba loca, ahora imaginando a mi amor platónico. Pero no quería que me llevaran lejos de ella. No quería que me metiera a un loquero.

—Perdón —me disculpé mirándola, intentando formar una sonrisa.

Esta se me quedó mirando un largo rato, algo extrañada. Pensé que me había descubierto. Pero caí en la cuenta de que era imposible que se diera cuenta de que veía a Tyler Ross. Sonaba absurdo.

—¿Ya te vas? —preguntó mirando su reloj—. Pero si es temprano todavía, quédate un rato más para que te cuenta de mi noche —esta hizo movimientos de baile, para que supiera que había ido a la disco.

Al menos no había llegado con un hombre a la casa. Además, que parecía feliz, muy feliz. Y pensar que hace menos de dos minutos estaba mirándome enojada, haciéndose la mamá responsable.

—¿Dónde dormiste?

—Si te quedas te lo cuento —típico de mamá, pero hoy no podía.

Escuché la risa de Tyler, lo miré rápido y este estaba mirando a mamá divertido.

Terminé de observarlo al instante para que mamá no se diera cuenta y me volví hacia ella, apenada.

—Tengo que llegar al instituto, no puedo llegar tarde.

—¡Pero si es temprano!

—Mamá, entiende que tienes tu reloj malo desde hace meses —dije mientras recogía la caja del suelo y me la llevaba encima. Ella siempre llegaba tarde a todo por ese reloj y siempre olvida que es inservible.

—¿Cómo que está malo?

—Que tiene la hora mal, cómprate uno nuevo.

—Tienes razón —finalizó por fin, acordándose seguramente, quitándole la correa y guardándose en el bolsillo de su pantalón ajustado—. Voy a dormir, suerte en el instituto —le escuché decir antes de que entrara al departamento.

—¡Que tienes que ir a trabajar! —le grité, a lo que escuché su respuesta apenas audible. Bien, al menos sabía que me había escuchado.

—¿Lista? —preguntó Tyler, ahora ya en la escalera. ¿Cuándo había llegado ahí?

«Lista, creo», me dije mirándolo. Por un lado, contenta, de al menos verlo como si estuviera vivo, y por el otro asustada de lo loca que me había convertido.

Tyler

—Ya, ¿todavía crees que no soy Tyler Ross? —yo reía mientras Haley se cruzaba de brazos haciendo una mueca de desagrado por mi insistencia en el viaje que estábamos haciendo hacia el instituto.

Yo usaba el asiento vacío que estaba junto a ella, mientras que esta miraba por la ventana y soltaba gruñidos cada vez que me ponía a hablarle. Esto iba a ser más difícil de lo que creía. Esa chica no quería hablar conmigo y yo lo deseaba más que nada.

—Haley, Haley, Haley, Haley, Haley —iba repitiendo una y otra vez su nombre para que me tomara atención. Cada vez cambiaba la voz, el tono y el volumen.

La necesitaba, estaba cansado de ser nada. Cuando Haley ya no soportó más que gritara su nombre una y otra vez se dio la vuelta hacia mí colocándose bien las gafas.

—No creo, sé que no eres Tyler. ¿Feliz?

Qué chica.

—Que lo soy, por favor —se me ocurrió una idea—. ¿Pregunta lo que quieras? Te lo voy a demostrar.

Esta se lo quedo pensando un buen rato, mientras yo estaba impaciente. A lo que por fin asintió con la cabeza para que comenzara.

—¿Qué quieres saber?

—Cuéntame algo a ver si me convences —Haley daba por sentado que no habría nada para hacerla cambiar de opinión.

Se me ocurrió una idea.

—¿Te acuerdas de mi funeral? —esta asintió con la cabeza, mirando por la ventanilla—. Tú te acercaste a mi ataúd y me hablaste, yo te respondí y tú lo escuchaste. Estoy seguro.

Pude notar cómo se quedaba quieta y volvía su cabeza hacia mí, asimilándolo. Yo pensé que iba a decirme que me creía que era Tyler Ross, pero en cambio soltó una risa algo cansada.

—¿No me crees?

—Te creo que fuiste el del funeral, pero solo sucedió lo mismo que ahora. Me hablaste y te escuché. Solo son imaginaciones mías, eso no prueba nada.

Maldita Haley y sus teorías.

Me rasqué el cabello, cabreado, no iba a creerme nada.

—En el instituto, el lunes. Tú sentiste que alguien te tocó el hombro. Te diste la vuelta y preguntaste por Simon, pero ese era yo.

—Fue algo psicológico, ya sabes. No me tocaste en realidad. Mi cerebro lo creyó así.

—Está bien, pregúntale a Anna qué hizo el lunes luego de ir a dejarte donde Simon Adams. Se bastó a ver televisión aburrida, cambiaba los canales una y otra vez.



—Como si fuera muy difícil de suponer —la voz de Haley me estaba cansando, intentaba hacerle aceptar que lo que sucedía era verdad y no producto de su imaginación, pero parecía que iba a ser imposible.

Paré de hablar y me basté a perderme en mis pensamientos. Si Haley aceptaba que era Tyler Ross podía ayudarme a salir de todo lo que estaba pasando. Además, con ella escuchándome y viéndome no iba a ser todo tan terrible como lo era antes. Al menos no me iba a volver loco estando solo para toda la eternidad. Comencé a pensar en cosas que Haley no sabía de mí y que así podía probar que era yo. Y me vino una de golpe.

—Cuando lleguemos al instituto vamos a hacerle una visita a Narco.

—¿Qué? No quiero drogas —gritó exaltada y totalmente desconcertada.

Todo el autobús se dio la vuelta para mirarla. Lo peor de todo, además de que había gritado la palabra *drogas*, era que la veían hablando sola, pues no había nadie en su asiento de al lado. Haley también lo notó y se encogió en el asiento intentando desaparecer. Yo me acerqué a su oído y le susurré.

—Tranquila, es solo para probarte que soy Tyler Ross.

Narco era el chico del instituto que traficaba drogas, de ahí su nombre. Lo comenzamos a llamar así con todos los del equipo, ya que era el que siempre me vendía drogas, y nos llevábamos muy bien entre los dos.

Y él era la solución para que Haley Dickens se pusiera de mi lado. Y que entendiera que lo que estaba enfrente de sus ojos era real.



## CAPÍTULO 10 NARCO

Tyler

Por fin llegamos al instituto. Haley no había querido hablarme en todo el viaje porque le daba vergüenza el episodio que había pasado, pero yo le decía que a nadie le interesaba para nada. Quizás alguno lo contara en su casa para reírse, pero hasta ahí llegaría. Pero esta, como ya ven, hacía ver que no me veía, ignorándome.

Yo iba al frente de ella caminando hacia atrás, con mis manos adentro de mi boca haciendo caras raras y deformándome el rostro para que riera o hiciera algo. Y el resultado de Haley fue mirarme como si fuera un insecto.

—No puedo creer que quieras que crea que eres Tyler Ross, si estás haciendo eso —se burló, aunque sí conseguí que sonriera.

Perfecto. Volví a mi lugar, al lado de esta, gruñendo. Ella no conocía al verdadero Tyler Ross, por eso no podía reconocerme. En el camino vi a Simon Adams que estaba hablando con el entrenador Whitey en el pasillo. Lo que me faltaba.

Cuando Simon vio a Haley, se despidió del entrenador y venía hacia aquí. Haley sonrió en señal de saludo.

—Tenemos que ir con Narco Haley —le dije para ahorrarme su charla con Simon.

Esta ni me miró. Se acercó hacia él, como para que desapareciera de una vez.

Solté un suspiro cansado. Esto iba a ser difícil.

Pero al menos sabía que si ella quería jugar sucio yo también lo haría.

Haley

—¿Cómo te fue con las cartas? —me preguntó Simon mientras se apoyaba en uno de los casilleros que teníamos a nuestro lado.

—Las terminé, pero no sabes lo tarde que tuve que quedarme —respondí soltando un suspiro cansado para dejarle claro que mis ojeras y mi ánimo no iban a ser el mejor hoy.

Además de tener a ese insecto revoloteando alrededor de mí, tener ese maldito fantasma producto de mi imaginación. Me volteé a ver dónde estaba, pero había desaparecido.

No pude evitar sonreír entusiasmada, no estaba loca del todo.

—¿Haley?

Volví la vista a Simon, que me miraba detrás de mí, en busca de algún indicio de lo que estaba buscando.

—¿Qué pasa? —dije simulando estar extrañada.

Este me miró fijo a los ojos. En ese momento pensé que había descubierto lo que pasaba. Al igual que mamá esta mañana. Pero era aún peor, ya que Simon siempre notaba lo que ocultaba. Siempre. Y por primera vez en mi santa vida, justo vi a Daniel caminando a lo lejos por los pasillos. Así que me escabullí de Simon para desaparecer de ahí.

—¡Espera! —escuché decir tras de mí, pero ya era tarde. Estaba muy lejos para darme la vuelta, haciendo una perfecta huida sin que Simon lo notara.

Con las manos en la caja fui caminando hasta la sala del periódico escolar, ya que Daniel seguramente había llegado. Entré y al no escuchar sonido alguno supuse que no había llegado casi nadie, ya que siempre estaba todo lleno y era un caos completo donde papeles, bolígrafos y fotos volaban en todas direcciones.

Pero como era temprano aun, me dispuse a ir al escritorio de Daniel, donde este estaba dándome la espalda imprimiendo algunos papeles. Dejé la caja encima discretamente, para no molestarlo dándome la vuelta y me dispuse a salir.

—Haley, ¿son todas? —dijo este cuando estaba ya saliendo por la puerta, a lo que volví a su escritorio encontrándome a Daniel con la caja abierta tomando las pocas cartas que había seleccionado—. ¿Dónde están los cientos de cartas?

—¿En la basura? —dije. Más bien hablé algo insegura, sonando más como una pregunta. Cerré los ojos esperando una cachetada verbal, sobre lo idiota que había sido y que había entendido mal lo que debía hacer. Pero como esta no llegó vi sus ojos mirándome sin expresión alguna—. Perdón, no sabía... es que estaban mal redactadas y... ¡Puedo ir a buscarlas! —sí, era una buena idea, de seguro todavía no pasaba la basura—. Hoy iré a la...

Iba a seguir intentando disculparme para no arruinar mi inútil puesto en el comité periodístico, pero este me calló extendiendo su dedo índice para que le diera la palabra. Algo que no dudé en hacer.

—¡Está perfecto! ¿Las leíste todas?

Este me miraba esperando una respuesta, a lo que yo no pude hablar por lo sorprendida que me encontraba, a lo que moví mi cabeza asintiendo con la boca abierta.

—Es fantástico, no puedo creer que te hayas tomado la molestia de seleccionar las mejores.

Lo miró interrogante, creyendo que se trataba de una broma. Él me había dicho que hiciera eso.

—No, tranquila, sé que te había encargado que hicieras esto —él respondió a mi pregunta como si me hubiera leído la mente—, solo que no creí que lo hicieras, lo de leer todas las cartas. Ya sabes cómo son la mayoría de chicas de aquí, que habrían botado la mitad —se encogió de hombros, mientras leía la que estaba en su mano—. Pero me has sorprendido, Haley.

Luego de tener la charla con Daniel, que por primera vez fue agradable conmigo, salí sonriendo de la sala. Había sido bastante gratificante que me hubiera felicitado tras todo el trabajo que había hecho el día anterior.

Ya en el pasillo, fui a mi casilla, ya que el timbre iba a sonar en cualquier momento. Cuando giré la cabeza en dirección a esta, pude ver cómo esa mata de cabello rubio y ese cuerpo tan perfecto estaba apoyado en mi taquilla mirando unas piernas esterilizadas y perfectamente depiladas en los casilleros de enfrente.

Cuando este debió escuchar mis pisadas acercándose cambió la dirección a mi rostro. Yo por mi parte cambié mi expresión alegre a una cansada y enojada.

—¿Me extrañabas? —dijo sonriendo como un engreído, yo aparté la mirada a mi taquilla colocando la combinación, ignorándolo.

«Y yo que pensaba que me había desasido de ti», pensó mi subconsciente.

Pero, por supuesto, mi imaginación seguía creando.

—Ya sé que estás muy feliz de verme, pero despega esa sonrisa de tu cara, por favor — se burló, el “gracioso”.

No estaba sonriendo en lo más mínimo.

No respondí, metí unas cosas en la taquilla, saqué otras cuantas y la cerré de golpe. El cansancio y sueño habían vuelto a mi cuerpo, lo único que quería era dormir. Cerré los ojos.

—¡Haaaaaaaleeeeeeeeey! —gritó Tyler a mi oído, y creí que había quedado sorda. Salté como una hormiga al frente de un elefante.

—Eres estúpido —gruñí, llevándome una mano a la oreja, aún sensible por el grito.

Este se bastó a soltar una carcajada, llevándose la mano a su cabello, lo cual le despeiné, y yo me basté a tragarme la baba que quería caer en ese instante por mi boca y a mirarlo con un odio profundo.

—En serio, ¿eres bipolar? ¿Doble personalidad? Porque esta no te la conocía.

—Porque no me conoces, o sea sí... sí que me conoces, pero... —comencé a enredarme —, estás en... o sea mi cerebro... aunque claro, no me conoces... el Tyler Ross verdadero... no tú, pero.

—Ya me perdí en el primer *pero* —se rindió suspirando. Me miraba confundido, yo en cambio me sacudí la cabeza para aclararme el pensamiento—. ¿Era muy importante a lo que intentabas llegar? —si un hombre me preguntara eso diría lo dulce y caballero que es. Pero no este, ya que su tono no era dulce sino burlón, y caballero menos, ya que mientras me hablaba seguía mirando las piernas de las chicas de enfrente.

—No, no importa —respondí de todos modos, gruñendo.

Se encogió de hombros y se puso detrás de mí, mirando el pasillo.

—¿Qué hora es?

—No lo sé, pero va a tocar el timbre en cualquier momento.

—Perfecto.

—¿Por? —este no respondió.

No entendí a qué se refería al ver su sonrisa siniestra y sus ojos llameantes. No le di importancia, y al levantar la vista caí en la cuenta de que había seis ojos fijos en mí.

Eran tres chicas, de las cuales Tyler se había quedado mirando hace un rato, que me observaban con un signo interrogante en sus rostros.

—Ahora hablando sola, pobrecita, tuvo que crearse a una amiga imaginaria —sus burlas, que por supuesto las escuchaba, me dolían, y mucho.

Lo peor fue la risotada que se mandó Tyler al escuchar el comentario, parecía una más de ellas. Pero no me gustaba dar lástima, por lo que las lágrimas las escondí y cuando por fin tocó el timbre me dispuse a desaparecer de una vez por los pasillos. Mientras iba caminando con la cabeza gacha e intentando alejar esos pensamientos de mi cabeza me dispuse a llegar a mi, clase donde estaba Simon en la entrada. Seguramente esperándome.

—No entres, ven conmigo —escuché decir por detrás a Tyler, me di la vuelta y este miraba a Simon.

Sí, sonaba tentador, pero esa no era yo.

—Tengo clases —me excusé.

Este rodó los ojos, como si se supiera de memoria esas excusas simples.

—Debemos ir a ver a Narco, ¿recuerdas? —notó mi cara de “no voy a ir” y se cruzó de brazos—. Tú quieres que te demuestre que soy Tyler Ross, y esta es la única forma.

—Ni loca voy a comprar drogas, si es lo que pretendes —susurré para que nadie lo escuchara. No quería que se repitiera lo del autobús. Lo miré y este negó con la cabeza, pero sin decirme por qué quería que fuera—. ¡Ya entendí! Luego me las harás tomar y así podré seguir alucinando contigo —me crucé de brazos al igual que él, sonriendo por haber ganado a mi imaginación—. Lo siento, pero yo de aquí no me muevo.

Tyler tenía los ojos bien abiertos, mirándome asombrado sin pestañear. Yo, victoriosa dentro de mí, saltaba de júbilo por haberme salvado de ser drogada por creaciones de mi cabeza.

Me acerqué a él cuando este me hizo señas para susurrarme algo.

—Mira, sabelotodo, vienes o te quedas a inventarle otra excusa a tu amigo ese, que creo que mira a esta dirección preguntándose qué te fumaste —este apuntó con la cabeza a la dirección de Simon, por lo que me volteé, encontrándome con su mirada, extrañada y confundida. Algo de esperar al verme hablando sola, cruzada de brazos y acercándome a un chico invisible.

Maldito, me había hecho acercarme a él para que Simon creyera que en realidad estaba demente. Pude notar cómo Simon abría la boca para decirme algo, y sin pensarlo dos veces me di la vuelta, comenzando a caminar, tomando el primer pasillo a la derecha para desaparecer de la vista de Simon Adams. Y sintiendo por detrás a Tyler corriendo como un idiota gritando puras estupideces sin sentido.

«Soy una cobarde», me dije sin poder creérmelo. Simon iba a creer, como dijo Tyler, que me había drogado, seguramente.

Qué irónico, y que ahora íbamos a hacerle una visita a Narco. El chico más temido del instituto, sobre todo por mí.

Tyler

—¿A dónde queda esto? —me preguntó Haley, siguiéndome el paso. Íbamos caminando por los pasillos del primer piso por un largo rato. Ya que habíamos pasado más allá de la cafetería e íbamos en el pasillo de las bodegas del instituto.

Un lugar que Haley Dickens seguramente nunca había visto.

—Ya lo verás —respondí, mirando hacia atrás y regalándole una sonrisa, haciéndome el misterioso.

Quería que lo conociera por sí misma.

—¿Dónde estamos?

Yo volqué los ojos algo sorprendido a que ella me hablara, pues me había evitado desde que comenzó a verme. Supe de inmediato qué le pasaba.

—¿Tienes miedo?

Esta tardó en responder, por lo que solté una carcajada al ver que había acertado.

—Por supuesto que no —sentenció esta, hablando por fin.

Seguramente se había cruzado de brazos, enojada.

No la culpaba, la primera vez que había venido a dar una vuelta por este lado del instituto fue cuando comenzó la secundaria y este se me acercó contándome que cualquier tipo de droga que necesitara no dudara en hablar con él.

Y así fue la primera vez que compré droga, aunque claro, los del equipo se encargaban de transportarla, porque yo no quería problemas. Además, que estos pasillos no tenían buena iluminación, viéndose escalofriante y tenebroso. Con las paredes mal cuidadas y goteras donde cruzaban cañerías defectuosas, olvidadas hace años.

Y el único ruido que se escuchaba era el caer de las gotas al suelo y el sonido de las luces que parpadeaban en el techo. Escuchándose además un zumbido de la corriente eléctrica.

—Ya llegamos.

—¿Es aquí? —Haley miraba la puerta aguantando la respiración y sin pestañear. ¿Quién no? La puerta estaba con puros garabatos escritos y con un olor a vómito repugnante.

Esta dejó que pasara al frente y se puso detrás de mí.

Yo comencé a reír. Sí, sabía que mi risa debía sonar burlona y estúpida. Pero así era, y no podía evitarlo.

—¿Por qué te ríes?

—Porque yo no puedo hablar con Narco —solté, era cierto. ¿Qué pretendía? Estaba muerto, era un fantasma, no podía hablar con él. Miré a Haley y esta seguía mirándome atenta—. Ya sabes, estoy muerto —lo decía más como una pregunta a ver si esta por fin entendía, pero al parecer no lo hacía—. Tú tienes que hablar con él, yo no puedo.

Se quedó un momento pensándose bien, como si de un rompecabezas se tratara.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó por fin mirándome, enderezándose, demostrando que era fuerte y podía hacerlo, o eso era lo que quería que pensara, aunque si bajabas la vista a sus piernas temblaban como gelatina.

—Tú quédate aquí, vuelvo en un momento.

No alcancé a escuchar su respuesta, porque ya había traspasado la puerta que nos dividía con la cueva de Narco. Y *cueva* era mucho para llamarle a esta pocilga.

Contaba con una sala pequeña, que debía de haber servido para guardar unos cuantos balones o vallas para los atletas. Ahí estaba Narco, fumándose un cigarrillo y con un fajo de billetes en la mesa pequeña que tenía al medio de la sala, donde estaba sentado.

El chico era un drogadicto a todo dar, siempre cuando lo veía estaba fumándose un porro y hasta llegaba a dudar si estudiaba en el instituto, ya que nunca lo había visto fuera de estas cuatro paredes. Llevaba su cabello largo, tapándole los ojos, y siempre se vestía de negro. De seguro era fan de una banda de metal o algo por el estilo, porque siempre llevaba camisetas negras con algún estampado de ellas y los ojos delineados negros como las antiguas bandas de los 80.

Cuando ya me había aburrido de verlo fumar y contar billetes volví afuera, donde Haley estaba moviendo sus piernas, nerviosa. Cuando aparecí frente a ella casi pega un grito.

—No chilles, soy yo —intervine antes de que cualquier sonido saliera de su boca.

Esta levantó los brazos en señal de que no iba a gritar de todos modos, pero guardándose sus palabras para ella. Lo agradecí. No quería comenzar a pelear ahora, en el momento más importante, donde por fin sabría que era el verdadero Tyler Ross. «¿Y qué te importa de todos modos?», me preguntaba una voccecita en mi cerebro. Pero sí, sí me importaba que esa chica supiera que era cierto, no quería que creyera que era producto de su imaginación.

Porque no lo era, yo era Tyler Ross. Y por mí mismo, necesitaba que alguien me creyera y estuviera a mi lado para ayudarme. Y no podía ser otra persona que esa chica.

—Quiero irme. ¿Podemos terminar esto ya? —me trajo de vuelta a mis pensamientos, la enana que estaba mirándome con el ceño fruncido.

—Acércate a la puerta —le mandé, y se acercó algo dudosa, llevando su mano a la manilla—. Está cerrada, tienes que golpear la puerta, son dos golpes en las dos esquinas del suelo —esta asintió y se arrodilló dando suaves golpes en cada una de las esquinas—. Bien, ahora enderézate y pega tres más al medio —lo hizo y se escucharon pasos al otro lado viniendo hacia donde estábamos.

—¿Tarro de habichuelas, estrellas de calabaza, granos de leche y caracoles dulces? —preguntó Narco desde dentro de la habitación.

Estaba haciendo la pregunta secreta. Era algo de Narco para que intrusos no entraran ni descubrieran su negocio. Haley iba a dirigir su vista hacia mí pidiendo ayuda rápido.

—Habichuelas podridas, calabaza estrella júnior, grano de leche aceitosa y caracoles con forma de balón —recordé al instante, esa era mi clave con Narco.

Él mismo la había inventado para mí, y se enorgullecía siempre de ella. Ya ni la recordaba, o eso creía. Esta repitió mis palabras a la perfección.

—Esté abierta —habló, y Haley, nerviosa, abrió la puerta.

—Nunca dejes pasar a intrusos, pero serás una excepción —le habló este mirándola con toda su atención, como si se tratara de una nueva adquisición—, creo que me eres interesante.

La puerta se cerró luego de que Haley ya había entrado, yo la traspasé y me quedé mirando cómo Haley respondía ante todo esto. Esta estaba observando la habitación con atención, para luego fijar sus ojos en Narco, que ya estaba sentado en su silla con la vista fija en ella, mientras prendía un porro.

—Vaya, vaya, vaya, tengo el privilegio de estar en presencia de Haley Dickens. ¿A qué se debe el honor?

Aunque cueste creerlo, hasta yo me quedé sin palabras. Y por supuesto Haley igual. Narco la miraba con un brillo en los ojos de diversión.

—¿Me conoces? —habló por fin ella con un hilo de voz.

Este le hizo señas para que tomara asiento frente a él, separados solo por una pequeña mesa al medio.

—Haley Dickens, primera de la clase. Bastante tímida, no te gusta relacionarte. Te pasas la mayor parte del día rondando por la biblioteca y muy amiga de Simon Adams, el nuevo *quarterback* de los Red Dragons, algo de ti sé —explicó este, despreocupado, mientras seguía contando sus fajos de billetes.

—¿Cómo... sab... e...?

—Lo sé todo, cariño. Además, me gusta saber sobre mis posibles compradores... pero tú me has sorprendido —muy típico de Narco, se me había olvidado que me había dicho exactamente lo mismo cuando fui a comprar por primera vez—. Uno, porque no eres de las que se drogan. ¿Estoy en lo correcto? —Haley lo afirmó, algo de suponer al ver cómo tosía cuando le llegaba el humo que desprendía Narco con su cigarrillo—. Y dos, porque no eras exactamente la persona que debías ser.

—Escúchalo bien —le dije a esta, recibiendo por parte que se cruzara de brazos como una pequeña que no quiere creer la verdad. Yo estaba en mi salsa, ya que por fin sabría que era Tyler Ross.

—¿No era exactamente la persona que debía ser? —preguntó por fin Haley.

—Ya sabes, sé que vienes por parte de él. No pude entregarle las que me había comprado por adelantado y luego de... ya sabes... todo el accidente, no sabía si venderlas, pero preferí guardarlas a ver si alguno de sus amigos venía... aunque sinceramente me sorprendió que fueras tú la que apareciera. Quién lo diría, Haley Dickens —este, al decir su nombre, su voz sonaba más como para sí mismo, analizando de cierto modo.

Haley

—Entonces, ¿me crees? —me susurró este al oído muy cerca de mí.

Yo estaba en proceso de entender qué sucedía. Ese chico, Narco, me estaba diciendo que tenía droga que Tyler le había comprado. Eso significaba solo una cosa, estaba enfrente del mismísimo Tyler Ross.

—Entonces tienes un pedido pendiente con Tyler Ross —dije a Narco, evitando mirar a ya saben quién.

—Por supuesto, pero entendiendo que estás aquí, tú quieres ese pedido.

—Di que sí —su súplica me entró por una oreja y me salió por la otra.

—¡Por supuesto que no! —me escandalicé, parándome de la silla, me sentía ahogada en estas cuatro paredes, además que el chico se estaba fumando marihuana enfrente de mis narices.

Escuché una maldición de Tyler, y por parte de Narco vi cómo un brillo se posaba en sus ojos oscuros.

—¿Segura? —me preguntó él embozando una sonrisa.

—Cien por cien —tartamudeé algo nerviosa, pero no por él, sino por Tyler Ross y todo lo que estaba pasando.

Este se quedó mirándome un largo rato, buscando alguna señal de qué estaba haciendo aquí. Yo lo único que quería era largarme.

—¿Por qué viniste? —preguntó este, curioso.

No sabía qué responder, y no iba a darme la vuelta para ver a Tyler, que debía estar de seguro ahí, esperando a ver qué se me ocurría.

—Tyler me había dicho lo de su pedido contigo y aproveché de venir a ver cómo era todo esto —mentí, intentando que fuera creíble, hablando bastante normal, sin ni una pizca de nervios ni tartamudeo en mi voz—, ya sabes, nunca antes había estado aquí.

Este se la creyó toda, pues no hizo más preguntas y me miró bastante convencido, balanceándose en la silla dándole otra calada a su porro.

—Salgamos de aquí, tenemos que hablar unas cuantas cosas —habló por fin Tyler apareciendo en mi campo visual. Yo asentí con la cabeza y ya estando parada me acerqué a la puerta.

—Un gusto conocerte, Haley, y por si te sirve de consuelo, Tyler nunca trajo a ni una chica aquí. Debiste haber sido especial para él —este me miraba intentando darme consuelo por su muerte, lo más cómico era que creía que era su novia secreta o algo así.

Y para peor, comencé a sonrojarme, ya que ahora el verdadero Tyler estaba detrás de mí y soltó una carcajada.

—Gracias —fue lo que me bastó a decir, abriendo la puerta y desapareciendo de la cueva de Narco.

Me había caído bien ese chico, sin contar que me intimidaba algo su presencia. Era algo raro, me sucedía que me sentía agobiada ahí dentro, además que sus ojos oscuros eran



como los de un gato escondido tras su mata de cabello. Además de que tenía la capucha puesta y su personalidad era algo extraña.

No le di más vuelta al asunto cuando ya estaba afuera y Tyler me miraba sonriendo, con su típica sonrisa engreída de lado. Y sin lugar a dudas, tuve que creer que tenía a Tyler Ross enfrente de mí.

—¿Te rindes al fin?

Me encogí de hombros, algo abrumada por lo que estaba viendo.

—No tengo otra opción —me basté a responder, dando marcha para volver a clase, aunque no tenía muchas ganas de hacerlo. Solo quería separarme de Tyler Ross, ya que me ponía nerviosa.

Caminamos en silencio hasta llegar a la cafetería, que estaba desierta, intente pasar lo más desapercibida mientras caminaba por esta, ya que si me llegaba a ver un profesor y me pedía el pase iba a ir a detención.

—No vayas a clases, tenemos que hablar —me soltó él cuando estaba a punto de salir de la cafetería. Su voz sonaba grave, parecía que lo que me quería contar era algo sumamente importante.

No lo dudé ni un segundo, necesitábamos hablar y mejor cuanto antes.

—Vamos.

Yo sabía a dónde ir, este me seguía, mientras yo caminaba por el campus del instituto — que no era mucho, pero al menos había—. Cada vez que daba un paso me fijaba que no hubiera nadie por los alrededores y tampoco ni un edificio del instituto cerca, no quería que me vieran hablando sola, sentada, faltando a clases.

Tyler

Llegamos por fin al lugar donde Haley quería sentarse para hablar, era donde había estado el día anterior aburrido, mientras esta almorzaba sola. Debajo de un árbol. Esta se sentó en el suelo como un indio, aunque luego de hacerlo y ver que la estaba mirando cambió su posición a una más de chicas. Algo que me dio cierta gracia, pero no iba a decirle nada. Necesitaba hablar con ella de algo serio e importante.

Yo también me recosté en el suelo, poniéndome como indio, imitándola.

—Entonces ya me crees con que soy Tyler Ross y no un producto de tu imaginación — esta me miró tartamudeando un *sí*, que le salió bastante nervioso—. Debes estar asustada, yo también lo estuve.

Hubo un silencio, en que yo miraba el césped. Mientras esta debía de estar pensando y asimilando todo esto.

—No entiendo por qué puedo verte. Además, ¿por qué yo? —me preguntó esta de forma brusca y rápida.

—Ya te lo dije, estoy igual de confundido que tú.

Otro silencio, yo esperaba que esta preguntara todo lo que quisiera. Así podíamos entendernos mejor si conocía mi situación al cien.

—¿No has visto a más gente muerta por aquí? —esta vio mi cara confundida y resopló—. Ya sabes, si a ti te pasó esto lo más seguro es que también le ha pasado a alguien más.

—Oh, claro. Pero lamentablemente no he podido hablar con nadie estos últimos días, hasta hoy —le solté. Sí, sabía que no era la mejor forma de decírselo, pero ya estaba cansado, quería que supiera todo lo que me estaba sucediendo ya.

—¿Qué? ¿Desde cuándo que estás así?

—Desde el accidente, desperté en tu casa —decir *tu casa* sabía que era una bomba para ella, pero debía saberlo. Porque era la verdad, y no iba a mentirle.

Su cara, que ya era una confusión total hace unos segundos, ahora era un rostro de piedra sin moverse ni un poco. Pude notar cómo le palpitaba uno de sus parpados. Pobre Haley...

Sí, yo, Tyler, no era una piedra sin emociones, entendía lo que estaba pasando y tengo que admitir que quería poder tocarla para abrazarla y decirle que todo iba a estar bien.

Sinceramente lo que quería era un abrazo para mí.

—¿Mi casa? —tartamudeó ella, volviendo en sí, mirándome fijamente, esperando una respuesta.

—Sí, lo he hecho todos estos días.

—Explícate mejor en este instante, que estoy hecha un lío —pensé que iba a tirarse encima de mí y molerme a golpes.

Punto para la Haley agresiva, que al fin había aparecido. Sinceramente esta chica era bipolar. Porque doble personalidad sí que la tenía.

Aquí va. Tomé todo el aire que podía, más bien como un acto reflejo. Pero nada entró a mi boca ni a mi cuerpo, que en realidad era la nada. Porque realmente no tenía ni cuerpo ni boca.

—Cuando tuve el accidente desperté en tu habitación. Yo creí que solo había sido una noche loca y que había dormido contigo —esta abrió los ojos, a punto de decir algo, pero yo seguí hablando—. Te hablé, no respondiste, y luego cuando quise cerrar tu puerta para que no salieras la traspasé. Comencé a ponerme muy nervioso y salí a la calle hacia mi casa. Como ya debes suponer estaba muerto y ya tarde volví a tu departamento, donde apareciste tú, contándole a tu mamá que había tenido un accidente en coche —esta volvió a abrir la boca para hablar, yo noté cómo los colores subían a su rostro, e iba a decirle algo para hacerla sonrojar aún más, pero me aguanté, debía terminar con la historia—. El asunto es que cuando ya creía que iba a ser un fantasma para siempre, solo y desamparado, sucedió algo contigo, en el funeral. Tú me sentiste, por lo que desde ese momento que fui como un chicle pegado a tu zapato.

—Una cosa —me interrumpió—, ¿realmente has estado todos estos días a mi lado? —preguntó ella sorprendida de no haberse dado ni cuenta. ¿Quién no?

Por supuesto, hasta te he ayudado —su cara de pregunta me hizo explicárselo mejor—. Ayer, cuando esos hombres venían hacia ti en la parada de autobús. Si no fuera por mí, ni te hubieras movido.

Esta abrió los ojos sorprendida. Yo asentí, respondiendo la pregunta que debía estar pensando en su cabeza.

—¿Tú fuiste? —y por supuesto esta comenzó a respirar algo agitada—. No lo puedo creer, eso lo explica todo —esta hablaba para sí misma, ya ni me miraba, sino que procesaba todo lo que le había dicho como si estuviera en otro planeta.

Haley

Tyler Ross. Su espíritu había aparecido al día siguiente del accidente en mi habitación, y así sucesivamente hasta hoy. Este había estado junto a mí, sin que yo lo notara en ningún momento. Sí, podría estar ahora gritando como una loca, exigiendo ayuda, pero en cambio estaba intentando recordar qué cosas embarazosas pudo haberme visto hacer.

Por supuesto las peores que he tenido desde hace mucho tiempo y entre estas me había visto llorar por él unas cuantas veces, además de la escenita que monté con mi madre hablando sobre él.

¡Ay no! Ya no tenía ni el valor de levantar la vista, no podía verlo. Me daba una vergüenza enorme. Este me había escuchado y visto llorar como una nena porque nunca me tomó atención. ¡Qué vergüenza! Sentía que me hacía cada vez más pequeña e indefensa. Solo quería correr, desaparecer.

—¿Haley? —cuando su voz se escuchó en mis oídos deseaba que desapareciera y que me dejara sola—. ¿Quieres saber algo más?

—No —negué sin levantar la vista—, quiero que me dejes sola un momento, por favor —le pedí, necesitaba estar sola. Me estaba comenzando a agobiar con su presencia. Aunque no iba a negar que estaba muy feliz de verlo.

Escuché cómo este comenzaba a caminar hacia el instituto, miré su espalda, su nuca, su cabello. Y me pregunté qué pasaba por su cabeza. Y en ese momento me di cuenta de que no me había puesto a pensar en él. Tyler había pasado cuatro días como un fantasma sin que nadie lo notara, este había visto a sus seres queridos sufriendo y llorando por su muerte. Además de no entender absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo e ingeniándoselas por sí solo. Sin nadie con quien hablar del tema.

Había estado solo. Tyler Ross había sufrido unos días terribles, y yo aquí viva haciéndome la víctima, como si lo que me estaba sucediendo fuera peor que haber muerto y quedarse rondando solo por la tierra.

—¡Tyler! —grité, y por primera vez lo llamé de esa forma que tantas veces había soñado en mis sueños y fantasías. Este se dio la vuelta algo intrigado por mí—. ¿Estás bien? —le pregunté.

Sí, sé que sonaba muy tonto, pero no sabía qué más decirle. Además, quería saber cómo estaba, quería saber qué era lo que sentía. Y sabía, por experiencia propia, que estar solo sin nadie con quien hablar ni contarle lo que sucede no es la mejor salida.

Este se lo pensó un momento para luego responder formando una sonrisa algo melancólica.

—Ahora sí —se bastó a decir, dándose la vuelta antes de que yo pudiera decir algo y desapareciendo a lo lejos.

Solté un suspiro frustrado estirándome en el césped y extendiendo mis brazos a cada lado. Levanté la vista hacia el cielo, que estaba nublado y gris. Por lo que me perdí entre las nubes intentando procesar y asimilar todo lo que había pasado y sin poder quitarme el rostro de Tyler Ross y sus últimas palabras. Porque desde ahora, yo iba a hacer lo único que tenía. Y no iba a negar que me encantaba la idea, aunque sonara ridículo.



## CAPÍTULO 11 DERRUMBE

Tyler

Estaba sentado arriba de una mesa en la cafetería. Pero no en cualquiera. Era mi mesa. Donde me había sentado desde que había entrado a la secundaria, haciéndola nuestra con Steve y los chicos. Donde nos habíamos conocido en clases, compartiendo nuestros comentarios con respecto al fútbol americano, y luego de ya semanas era oficialmente la mesa del equipo.

Y todo eso... ya no formaba parte más en mi vida. Además, que no podía sacar de mi mente a Kyle Reyes. Este estaba hospitalizado por mi culpa. Y no sabía qué hacer, qué pensar. Sentía una desesperación enorme por lo que me aguardaba. Ya no tenía sueños ni metas que cumplir.

Lo único que tenía era a Haley Dickens. Que ya luego de contarle en resumen lo que tuve que pasar me pidió que la dejara sola. ¿Quién no? Necesitaba procesar todo lo que estaba sucediendo, pero en cambio yo necesitaba a alguien con quien estar y compartir.

Pensé en irme a ver a alguien, o pasarme el día con James y Mark, o con Steve. Pero me quedé ahí, arriba de la mesa donde tantas veces había estado gritando como un loco, bailando y haciendo guerra de comida con todos.

¿Por qué? Porque quería recordar, quería que mi imaginación fluyera y sintiera como si estuviera reviviendo esos momentos que ahora, y ya para siempre, no iban a ser posibles.

Sí, sonaba duro. Aunque también podía tener alguna posibilidad de que Haley me ayudase a que todo volviera a la normalidad, pero había que ser realista. Lo más probable es que no sucediera. Ya que... ¿Cómo iba a ayudarme?

Haley

«¿Por qué a mí?», me preguntaba una y otra vez. Ya llevaba un buen rato mirando las nubes, en cómo iban moviéndose poco a poco. Estaba pensando todo lo que estaba ocurriendo, y entre todas las preguntas sin respuesta que venían a mi cabeza la que más me intrigaba era «¿Por qué yo?» de entre los millones de personas que viven en la Tierra. ¿Por qué justamente yo tenía que tener a Tyler Ross conmigo?

Podía responder eso de que desde hace un año que estoy enamorada de él, y por supuesto el destino nos puso juntos, porque somos almas gemelas. Pero este no era el caso, y por supuesto esa alternativa estaba tachada por lo absurda que sonaba. Aunque algo teníamos que tener en común para que esto hubiera sucedido, pero no sabía qué podía ser. Y menos qué hacer ahora al respecto, con todo esto.

Cuando escuché el timbre que daba el cambio de clases, me levanté del césped y me encaminé hacia el edificio para ir a clases; no quería llegar tarde. Al entrar a la cafetería este estaba dándome la espalda, sentado en la mesa donde siempre se encontraba. Se me rompió el corazón al verlo ahí...

—Voy a clases. ¿Quieres venir? —le pregunté, y mi voz retumbo en la cafetería desierta y este se dio la vuelta para contestar.

«Que diga no, que diga no», decía yo en mi interior. No quería que me acompañara, solo se lo había preguntado para no ser grosera y no dejarlo aún más solo de lo que ya estaba. Pero muy dentro de mí prefería, ahora mismo, que no viniera, ya que me pondría muy nerviosa. «Por favor», rogué antes de que abriera la boca.

—Encantado —formó una sonrisa que desde que lo había empezado a ver hacía bastante seguido.

«Perfecto», ironicé dentro de mí. Lo que más quería en ese momento era golpearme en la pared, arrepentida de lo tan amable que había sido, habiendo tenido la oportunidad de escabullirme e irme a clases sola.

Esperé que este viniera hasta mí, cuando ya estaba acercándose bajé la cabeza y comencé a caminar hacia el aula, estando muy nerviosa. ¿Quién no? Era el mismísimo Tyler Ross caminando conmigo. Era mi príncipe azul, era ese chico que tantas veces soñaba. Y ahora estaba junto a mí. Y por supuesto ni me atrevía a mirarle la cara.

—¿Estás mejor? —me pregunto mientras caminábamos en silencio el uno junto al otro.

—Sí, gracias —lo dije tan rápido que creo que ni yo misma me entendí. Pero este no dijo nada, sino que se bastó a caminar junto a mí con las manos metidas en los bolsillos—. ¿No te puedes quitar el traje?

—No —negó este intentándolo, pero sus manos, al tomar el traje, era como si resbalaran, como si fueran mantequilla. No traspasaban el traje, pero sí era totalmente imposible sacarlo—. ¿Cómo lo agunto? —me leyó justo lo que me pasaba por la mente, pues mi cara me delataba—, ni yo mismo lo sé. Creo que no he pensado en ello estos últimos días, y créeme que cuando empiece a angustiarme serás la primera en enterarte —se burló.

Por primera vez uno de sus chistes me hizo reír, aunque no fuera nada. Y este se sumó conmigo. Fue extraño, pero a la vez bastante incoherente. En vez de estar los dos volviéndonos locos por la situación en la que estábamos soltábamos carcajadas como si fuéramos un par de adolescentes comunes y corrientes.

Yo me basté a mirarlo a los ojos sin ninguna pizca de vergüenza, aprovechando de verlo mientras él reía. Observando los hoyuelos que se le formaban, viéndose tan tierno. «Pobre Tyler, y pensar que está atrapado aquí, sin siquiera poder sacarse el maldito traje», suspiré, sin poder creerme lo que estábamos viviendo.

—Sé que te mueres de ganas de ver mi fabuloso cuerpo, pero lamentablemente no puedo hacer nada al respecto —había notado que estaba embobada mirándolo.

Y volvió el Tyler engreído. Volqué los ojos, despegando mi vista de él, e intentando que no me pusiera colorada de vergüenza. Llegando por fin al aula que me tocaba, Física.

—¿Qué? Solo estoy diciendo la verdad, ya sabes, para que no te hicieras esperanzas —me echó en cara, ya que evitaba su mirada cuando este se ponía enfrente de mí.

Miré hacia los lados negando con la cabeza. ¡Es que realmente era así de vanidoso! Él seguía ahí esperando mi respuesta y yo le sonreí cínicamente y me atreví a traspasar su

cuerpo. Este, al ver lo que iba a hacer, puso sus brazos al frente de mí como un acto reflejo para detenerme, pensando que yo quería tirármele encima.

Esperé chocar contra él, o alguna sensación extraña... Pero no sentí nada. Al pasar de él me tropecé perdiendo el equilibrio, pero logré por primera vez en mi vida no caer de bruces al suelo. No miré atrás, ya que su carcajada se podía escuchar a kilómetros de distancia. Y como una señorita fui caminando hacia uno de los asientos en primera fila, sentándome de una vez. Sin mirarlo.

Este pasó a mi lado, y siguió de largo. Yo pensé que iba a sentarse junto a mí o algo así. Pero no lo hizo. Pude haberme dado la vuelta y ver qué iba a hacer, pero mi orgullo era demasiado grande, por lo que decidí pasar de él y mirar al profesor, que estaba escribiendo unas cuantas fórmulas sobre la materia que yo ya había adelantado la semana anterior.

En un día común y corriente estaría con toda mi atención en la materia, pero hoy no era el caso. Mi cabeza solo pensaba en ese ser que estaba detrás de mí. Por lo que ya en un momento de urgencia por la salud de mi mismo cerebro miré hacia atrás disimuladamente. Y ahí estaba Tyler Ross, encima del escritorio de Lauren Davis.

Sí, me había tomado de sorpresa. Me quedé mirando esos ojos grises que estaban mirando el techo de lo más aburrido. Por lo que aproveché para estudiarlo con la mirada de un vistazo, para que no se diera cuenta.

—Haley Dickens —escuché decir frente a mí, por lo que me di la vuelta avergonzada.

Ahí estaba el profesor mirándome furioso, por lo que caí en la cuenta de que ya llevaba llamándome la atención unas cuantas veces. Y yo, perdida observando a ese chico, había caído en una especie de hechizo.

—¿Sí? —pregunté dudosa.

—¿Sí, qué? —este me miraba interrogante, hasta que soltó un suspiro cansado—.

Responde la pregunta —estupendo, no tenía ni idea de qué había preguntado el profesor hace menos de un minuto.

Estaba perdida.

Tyler

La cara de Haley era digna de grabarla y colgarla a YouTube. Algo que haría si... bueno, si existiera uno para los fantasmas. Y por desgracia, aún no existía, por lo que me resté a contemplarla a punto de soltar una burla. Pero algo me decía que la pobre necesitaba ayuda. «¿Qué?», me dije sin creérmelo. ¿Ahora me preocupaba por ella? Por supuesto que no.

No podía, no podía apegarme a Haley. Por lo que no fui a ayudarla, siendo que había escuchado claramente la pregunta del profesor. Pero lo importante era otra cosa. No debía sentir nada por esa chica. Absolutamente nada. Cuando esta fijó su vista en mí, en una medida desesperada, por si yo podía ayudarla. Me encogí de hombros sin abrir la boca.

Tenía que ser como debía ser. Si Haley no sabía la respuesta, pues que ella cargara las consecuencias, no tenía el deber de ayudarla ni mucho menos. Aunque me muriera de ganas.

—¿Ha estado tomando atención en la clase?

Todos los chicos presentes miraban al profesor y a Haley. Aunque había que restar a los que estaban durmiendo o con el celular en mano.

—Lo siento —se disculpó ella, susurrándolo. Se podía notar lo nerviosa que estaba, no despegaba sus ojos de su cuaderno.

Pensé que el profesor iba a mandarla a detención, o a echarla de la clase, como me sucedía la mayor parte del tiempo. Pero este en cambio se pasó la mano por el cabello cabreado y volvió a la pizarra, explicando la pregunta y su respuesta, sin volver a hablar del tema.

Haley se encogió en su silla, resguardándose de las miradas de los presentes. A lo que yo me dejé caer del escritorio de Lauren y fui hacia ella.

—Ya, tranquila, que nadie te está mirando ya —le hablé para tranquilizarla y que no fuera tan paranoica. A nadie le interesaba realmente lo que había sucedido. Solo miraron el espectáculo y hasta ahí llegaba.

Esta no respondió, mirando su cuaderno y escribiendo los apuntes que iba diciendo el profesor.

—¿Ahora no hablaremos? ¿Volvemos a jugar al “yo te ignoro”? —esto ya se estaba volviendo una estupidez inmadura. Haley volvía a ignorarme. ¿En serio?

Esta no abrió la boca tampoco, sino que se bastó a mirarme y luego a bajar los ojos escribiendo en una esquina de su cuaderno: «No te estoy evitando, es solo que no es algo normal hablar contigo, ya sabes, solo yo te puedo ver».

—Inteligente —solté. Era cierto, si la veían hablando conmigo iban a creer que estaba demente.

Esta levantó las cejas haciendo una mueca de arrogancia diciendo «Soy un genio, lo sé», pero era Haley Dickens, por lo que le salió más bien defectuosa. Yo me aguanté la risa para no hacerla enojar más conmigo y me despedí de ella.

—Te veo en la cafetería —salí del aula.

No iba a pasarme el resto de la mañana viendo cómo escribía en su cuaderno, mejor ir a indagar por las salas, a ver cómo estaban mis hermanitos Ross.

Haley

Cuando desapareció de mi vista me sentí liberada. Sí, esa era justo la palabra que podía describir perfectamente lo que me sucedía. Con Tyler pegada a mí me sentía observada, inquieta, como si estuviera violando mi privacidad.

«Y que solo fue una clase», dijo una voz en mi cerebro. Yo ni quería imaginarme cómo sería hasta... hasta que todo esto... Ni pude terminar la frase. Intenté sacar de mi cabeza esos pensamientos que me hacían inquietarme, por no tener las respuestas. Poniendo toda mi atención en el profesor hasta que la hora por fin se dio por finalizada.

Tomé mis cosas, dispuesta a escapar para ir al baño. Pero cuando ya me disponía a dirigirme ahí, por los pasillos una mano tiró de mi brazo fuertemente. A lo que yo me giré algo asustada y rezando para que no fuera Simon. Y por supuesto que no lo era.

Tenía enfrente de mí a Lauren Davis, que me miró de arriba abajo, vestida con unos *shorts blue jeans* cortísimos, unas botas altas y una camisa blanca que dejaba ver un escote de su sujetador amarillo con encajes. Y por lo que noté ella miraba mi vestimenta con una ceja levantada pensando en si era una broma o realmente tenía muy mal gusto.

«Que te den, perra», pensó mi subconsciente, sorprendiéndome. Algo me estaba pasando. Seguramente era la presencia de Tyler Ross que me ponía así de agresiva y malhumorada.

—¿Te gusta? —me preguntó mostrándome su colgante, donde al medio tenía unas piedras color turquesa más una blanca que iba al medio. Era muy bonito.

Yo asentí con la cabeza, algo confusa del porqué me estaba hablando, algo sumamente extraño. Además, estábamos en medio del pasillo.

—Lo sabía. Por eso estabas mirándome en la hora de Física, ¿no? —su pregunta me tomó algo desprevenida. ¿Yo, mirándola? No lo creo.

Al único que había quedado mirándole era a Tyler, pero no a Lauren. «Oh, no, estupendo», me dije volcando los ojos cansados por las malditas situaciones que me metía todo el tiempo y más aún con ese fantasma.

Lo más seguro era que mientras yo miraba a Tyler, Lauren debió haber creído que estaba mirándola a ella. Ya que por supuesto el cuerpazo de Tyler me tapaba a ella, pero él no me tapaba a mí en su vista. Por lo que lo más seguro era que ella me hubiera visto mirándola unas cuantas veces algo extrañada.

Pero el asunto era que de todas formas, ¿por qué me hablaba? Aunque la mirara o no, no era algo normal que Lauren Davis se te acercara a preguntarte aquello. Ella era de las chicas a las que le encantaba que las miraran siempre, pero no las que lo echaban en cara y pedían explicaciones.

—Sí, es que era tan bonito —me atreví a decir, intentando zafarme de esta.

Al menos las mentiras ahora me fluían con mayor naturalidad, pues esta se la creyó perfectamente.

—Fue un regalo muy especial, ya sabes —esta hizo una mueca triste—, de Tyler.

Pude notar cómo esta se lo apretaba con la mano fuertemente, dándome cierta lástima. Por primera vez parecía que en serio Lauren lo quería, y no se comportaba como una hueca sin cerebro —sin ofender—, pero era cierto.

Yo me quedé ahí quieta, mirándola. No sabía qué decir, ni qué añadir. Solo quería darme la vuelta y salir del momento incómodo que se aproximaba, cuando esperaba que le dijera algo. Por supuesto este llegó.

—Era un amor, ya sabes. Siempre atento y amoroso —pude notar cómo comenzaban a humedecerse sus ojos, estaba a punto de echarse a llorar la reina del instituto enfrente de mis ojos—. Perdón, perdón, no quiero ponerte incomoda. Además, que ni lo conociste —esta me miró como esperando ver mi reacción, pero fue tan rápido que le dije a mi mente que solo habían sido rollos míos.

Lauren Davis no estaba fingiendo, era la verdad. La pobre estaba destrozada por la muerte de su novio, algo entendible, pensando que yo ni había cruzado muchas palabras con él y yo estaba hasta incluso peor.

—Siento mucho su muerte —dije para consolarla.

—No me hagas caso, además que no tuviste nada que ver —me respondió ella amigablemente.

De una forma tan amigable que llegaba a ser sospechosa.



—Está buenísima —comentaba uno de los amigos de James, mientras que este bajaba su cabeza hasta el suelo disimuladamente para poder mirar debajo de la falda de la profesora de Biología.

Sí, el último curso del instituto tenía una suerte enorme. Ya que contaban con las clases de la profesora más guapa de la secundaria completa. James estaba disfrutando de un espectáculo sin que la profesora se diera cuenta, ya que otro de sus amigos holgazanes estaba preguntándole algo sobre la materia solo para distraerla.

—Tanga blanca —les comentó James a todo su grupo susurrándoles, formando una sonrisa, mordiéndose los labios de deseo—, compruébenlo ustedes mismos.

Y en ese momento unos cuantos se acercaron a ella con el mismo propósito, pero por supuesto esta comenzó a caminar hacia al frente de la clase para seguir con la explicación.

Escuchándose las lamentaciones de todos ellos, excepto James, que miraba a todos triunfante para darles celos. Ese era James Ross. Y estaba igual que siempre. Algo que me hizo deprimirme, pues... ya parecía que se había olvidado de mí. No era que estuviera pidiendo que llorara y se volviera un antisocial amargado, pero al menos que se notara su tristeza por mi muerte.

Pero al parecer, solo le había durado unos días. Antes de salir de la clase, fui hacia donde la profesora y por supuesto me agaché en el suelo, mirando por debajo al igual que mi hermano, viendo una perfecta entrepierna con una tanga blanca bastante sexy. Salí triunfante del aula, buscando a mi próximo objetivo: Mark.

A este lo encontré más rápido que a James, estaba en Matemáticas avanzadas. Al entrar estaba en segunda fila, levantando la mano, preguntándole dudas al profesor cabeza de huevo —era calvo—, muy concentrado en la materia. Ese era Mark Ross. Un chico estudioso. A su lado estaba April, que estaba en las mismas que él, tomando unos cuantos apuntes en su cuaderno.

—¿Vamos a salir el viernes? —escuché que le preguntaba esta a él, algo nerviosa, de seguro ya sabía que iba a negarse.

—No lo sé —ya veía lo que iba a decir, algo relacionado en que prefería que no porque aún seguía afectado por mi muerte, por supuesto, pero en cambio este respondió algo totalmente diferente—. Voy a salir con los chicos a una disco, pero si quieres vienes.

Me quedé con la boca abierta, parecía que Mark, al igual que James, estaba llevando todo demasiado bien. Pude notar cómo April lo miraba interrogante. ¿Quién no? Él no era de esa clase de chicos. Creo que Mark nunca ha ido a una, o un par de veces para irnos a buscar a mí o a James, cuando estamos muy borrachos o cuando nos hemos metido en líos y este viene a rescatarnos.

—No, me juntaré con las chicas —esta al terminar de hablar volvió a poner atención en su cuaderno, y por mi forma de verlo pude notar que se moría de ganas de ir, pero solo lo haría si Mark se lo pedía.

Este tampoco le volvió a dirigir la mirada, también enfocándose en poner atención. Algo que me desconcertó. Ya que la forma de tratar a April, más bien a una mujer, no era la usual en Mark. Este siempre era atento, no como ahora, que ni miró a April mientras hablaba.

Al ver a Mark de ese modo me dejó aún más sorprendido que James. En realidad no me esperaba ese comportamiento viniendo de él. ¿Iba a ir a una disco? Luego de que su hermano hubiera muerto. ¿Iba a salir a divertirse? Apreté los puños con fuerza para mantenerme firme, aunque lo que más quería en ese momento era golpear a alguien.

Mis hermanos se habían olvidado de mí. Ya estaban todos almorzando, y me dirigí al árbol donde habíamos estado con Haley en la mañana. Pues no la vi ni adentro ni afuera en las mesas. Pensé que debía de estar con Simon, pero lo vi sentado con el equipo en mi mesa, algo que me enfureció.

Pero al ver cómo llegaba Steve y le decía que se largara no pude evitar soltar una carcajada. De cierta forma me sentía como si me hubiera leído el pensamiento, mi gran amigo Steve. Así que Haley no estaba con él. Y así fue que llegué al árbol tanpreciado por esta chica, que estaba completamente vacío.

Me paré debajo, mirando a los alrededores, esperando encontrarla. Y al fijar la vista al suelo encontré un papelito pequeño que estaba ampliamente abierto. Bien pensado. Hasta a mí se me hubiera olvidado ese pequeño detalle, porque sabía que si lo doblaba o lo arrugaba no podría leerlo, ya que, ¿cómo lo abriría? Por supuesto mis manos traspasarían el papel. Habiéndome sorprendido Haley, por su destreza, al pensar en ello.

«Estoy en el baño, te espero ahí». Al terminar de leerlo una sonrisa se posó en mis labios, ya que era un lugar que ni había pasado por mi cabeza aquí en el instituto. Pero más bien... prefería los camarines antes que los baños, para ver a las chicas. Arrugué la frente algo asqueado, por solo imaginarme a dónde me dirigía.

Haley

Llevaba ya unos cuantos minutos esperándolo, el timbre iba a sonar en poco y ni nos habíamos visto desde la mañana.

Las clases habían pasado rápido luego de que este se esfumara, aunque estuve en las nubes la mayor parte. Pues con todo lo que estaba sucediendo con Tyler Ross y además ahora Lauren Davis, mi cabeza era una total confusión. Y sin olvidar que Simon iba a pedirme explicaciones.

—Aquí estoy —su voz me asustó, tomándome desprevenida. Pero al menos no lo notó. Por lo que lo miré, dándole un mordisco a mi *hot-dog*, sin tomarle importancia—. ¿No te da asco comer eso aquí? —había que decir que el olor no era el mejor, ni tampoco el sonido de la llave corriendo. Pero era el mejor lugar para hablar con él sin que nadie nos viera, pues todos estaban en la cafetería.

—Si quieres que hable contigo, será aquí.

—Por mí no hay problema, yo no soy el que come aquí —se sentó encima de los lavados, apoyándose en la pared.

Yo intenté que eso no hiciera que se me quitara el apetito, pero por supuesto que lo hizo. Al menos había comido tres cuartos, así que el resto lo tiré al cesto de la basura. Tyler ni siquiera me estaba mirando, sino que estaba perdido en sus pensamientos.

—No tenemos mucho tiempo hasta que vuelva a casa. ¿Tienes algo más que decirme? —dije para que me tomara atención, y este volvió su vista hacia mí con una cara espantosa.

—No lo sé, no me pasó nada importante.

Hubo un silencio.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? —me atreví a preguntar, para romper el hielo.

Este me miró confundido por mi interés, pero se lo pensó un momento, poniéndose cómodo para comenzar.

—Fui a ver a mis hermanos, James y Mark.

Lo miré interrogante y bastante intrigada.

—¿Y cómo te fue?

—Creo que bien, no lo sé. Soy un fantasma, eso no quiere decir que sepa qué es lo que piensan —me explicó mirando hacia el techo—. Aunque me gustaría —susurró—, realmente me gustaría saber qué pasa por sus cabezas en este momento.

—Que te echan de menos —supuse.

—No lo creo.

—¿Cómo? Tyler, son tus hermanos.

—No lo sé, no tengo ni la menor idea —se cabreó, mirándome furioso. Para que no le hablara más del tema.

Pero yo no quería hacerlo.

—No entiendo por qué estás tan enojado. ¿Por qué no quieres creer que tus hermanos te echen de menos? —pregunté confusa, no entendía por qué estaba tan furioso—. Son tu familia.

—¡Porque no lo hacen! ¿Sabes? Tú tienes a una mamá que te ama, pero hay familias en que ese amor no existe —me volvió a gritar, ahora con los ojos abiertos de par en par, algo alterado. Este ahora se había bajado de los lavados, acercándose a mí con los ojos brillantes—. Hay familias donde las muestras de afecto y cariño no forman parte de ella.

¿Qué le sucedía? ¿Por qué estaba tan enojado? Además, no sabía nada de todo lo que habíamos pasado con mamá.

—Pero tu familia te quiere —hablé cohibida por su proximidad y su enojo.

—No lo hace, mis hermanos ya se olvidaron de mí. ¿Y sabes qué es lo peor? Soñar que mi muerte sería recordada para siempre —se encogió de hombros suspirando—, pero al fin y al cabo solo soy un pedazo de huesos enterrados bajo tierra. Donde luego de un tiempo ya ni se acordaran de mí, como si no hubiera existido —comenzaron a caerle lágrimas por sus mejillas—, y todos esos sueños y metas por los que tanto había luchado quedaron ahí, enterrados al igual que yo —se pasaba las manos por la cara limpiándoselas a manotazos, se notaba que no quería que lo viera llorando—. Eso es la muerte, Haley. Una completa mierda, y lo peor es que ni siquiera estoy ahí, sino viendo cómo todos siguen con sus vidas, menos yo —otras lágrimas más comenzaron a caer y este cayó al suelo—, y no sé qué hago aquí, no sé nada —sollozó, quebrándosele la voz—. Y tengo miedo, miedo de no saber qué es lo que va a pasar.

Debía de suponer que Tyler estaba demasiado dañado psicológicamente para lo que estaba viviendo. Eran emociones demasiado fuertes y un chico de dieciséis años no estaba preparado para sobrellevar algo así. Y creo que ni una persona en el mundo podría sobrellevar de una forma normal lo que le había pasado a Tyler sin derrumbarse. Además, que estaba bien que se soltara, que soltara todo lo que sentía. Pues mejor eso que guardárselo dentro.

—¡Mierda! Esto es una completa mierda —gritaba él, tomándose la cabeza y tirándose los cabellos con fuerza.

Mi corazón se apretujó, y a mí también me dieron unas ganas enormes de echarme a llorar junto a él. No podía tolerar verlo de ese modo. Ver a Tyler Ross tan vulnerable e indefenso. Como una persona común y corriente. Y no como un chico duro y engreído.

Esa era la faceta de Tyler Ross sin una máscara que le cubriera el rostro. Dejándolo totalmente expuesto ante mí. Y yo por mi parte estaba más que orgullosa por él, al abrirse de ese modo y dejar salir todo lo que tenía guardado dentro de sí. Quitándose un peso de encima. Ya no lo veía con lástima por ser el pobre chico que sufría esta maldita pesadilla,

sino orgullosa por su fuerza y valor que había mantenido todos estos días, solo. Me arrodillé, quedándome frente a frente. Él, al notarme, subió su cabeza quedando a pocos centímetros de mí.

—Te ayudaré a volver, no sé cómo. Pero juro que haré todo lo posible para traerte de vuelta —le prometí mientras caía una lágrima por mi mejilla, y Tyler asentía con la cabeza, mirándonos fijamente el uno al otro.

Y justo en ese momento el timbre retumbó en nuestros oídos.

## CAPÍTULO 12

### ¿AMIGA?

Luego de lo que había sucedido en la cafetería, no volví a ver a Tyler en el resto del día. Habíamos quedado en que fuera a mi casa, que era mejor que estuviera ahí. Pues si seguía merodeando por el instituto, viendo a sus hermanos y a todos sus amigos, iba a colapsarse.

Yo quería ir con él, hasta se lo ofrecí, pero este no me dejó, diciendo que estaba perfectamente. Por supuesto yo no le creí, para nada. Ahora estaba caminando hacia la parada del autobús a paso rápido para poder llegar a casa. Me ponía nerviosa todo este asunto. Necesitaba verlo, necesitaba hablar con él.

—¡Haley! —escuché gritar a alguien atrás de mí.

«No puede ser», me dije enfurecida conmigo misma, me había olvidado de Simon. Y por supuesto tuve que parar de caminar para voltearme hacia él, que venía corriendo.

Yo intenté mostrarme lo más natural posible.

—Hola, *quarterback* —le saludé sonriendo. Este, al ya estar enfrente de mí, también lo hizo, pero con una mueca de pregunta pegada en su rostro, ya que no era normal que no pasáramos el día juntos. Estupendo.

—¿Dónde has estado todo el día? —Simon Adams, sin rodeos, siempre al grano.

—En la biblioteca, ya sabes, tuve que saltarme el almuerzo para terminar un ensayo —mentí, poniendo una cara de sufrimiento, que siempre usaba cuando me pasaba horas estudiando.

Este se mostró de acuerdo, poniéndose a mi lado, yo aguantaba la respiración como una niña que miente por primera vez en su vida, esperando ser atrapada.

—¿Y de qué se trataba el ensayo? —preguntó; yo pensé que lo hacía para atraparme, pero al ver su rostro pude notar que solo preguntaba porque sí.

No sabía qué decir. Mi mente se quedó en blanco. Ya que por supuesto no era muy buena con todo esto de improvisar. Necesitaba tiempo para idear algo para mentirle.

—Eh... Simon me duele tanto la cabeza que ni me acuerdo —solté, luego me arrepentí y quise abrir la boca para decir algo con más sentido, pero este soltó una carcajada mirándome sin sospechar nada.

—Eres un desastre, Haley —se burló. Algo que decía a menudo.

Pude haberme ofendido como siempre lo hacía, pero estaba tan feliz por dentro de que este no notara mi pequeña mentira que no me importó nada.

—¿Tu mamá no te prestó el auto? —quería cambiar el tema rápido, para así no tener que seguir mintiendo.

—No, lo necesitaba para llevar al enano al dentista. Así que te acompañaré hasta el trabajo.

¿Trabajo? Mi mente se quedó en blanco, me quedé quieta, estática. Escuché a kilómetros de distancia nuevamente la risa de Simon, por lo despistada que había sido. Genial. Yo ya iba corriendo al departamento para ir con Tyler, y justo hoy era miércoles, día en que trabajaba en ese estúpido local de comida rápida.

Tyler Ross iba a tener que esperar. Y se me partía el corazón solo con pensar en él, solo en el departamento, aburrido. Por lo que se me ocurrió una idea. Saqué de la mochila mi celular, que era un ladrillo, pero tenía teclas y pantalla diminuta.

—Vamos, Haley, que te va a dejar el autobús —yo me percaté de que este ya estaba al frente de mí con las puertas abiertas, y Simon ya dentro, mirándome, para que subiera o el conductor iba a dejarme.

Entré y me senté junto a Simon, mientras ponía toda mi atención en marcar los números, llamando a casa. Como suponía, nadie contestaba, mamá estaba en la peluquería y Tyler, bueno... no podía hacerlo. Por lo que me saltó el buzón, y no dudé en dejar un mensaje.

—Mamá, soy Haley. Voy camino al trabajo, se me había olvidado, por lo que pásate por ahí si quieres o quédate en casa sola. Tú decides. Pero preferiría que vinieras para hablar —odiaba mandar estos mensajes, me sentía un poco tonta, ya que nadie respondía—, bueno... —iba a decir que tenía mi apoyo, pero me arrepentí enseguida— adiós —corté, sintiéndome la chica más patética del universo.

Pero al menos sabía que Tyler lo había escuchado.

Tyler

«Qué chica», me dije luego de escuchar su mensaje, y me dejé caer en los sillones. El departamento era aburrido, por lo que me había paseado por todo el edificio a espiar a los vecinos de Haley, para despejarme.

Me encontré en uno con un par de abuelos, que no hacían nada más que gruñir y hablar a uno por hora. Luego una familia con más de siete chicos, y con el tamaño de estos departamentos todos dormían por todos lados, haciendo la casa un completo desastre. Y en otro había un gordo obeso que estaba viendo televisión, por lo que me quedé con él un buen rato, viendo unas películas relativamente normales.

Cuando ya me había aburrido, pues ya había visto una de ellas, entré al departamento del lado, donde me encontré a una preciosura que se estaba paseando en tanga y sujetador, mientras su novio, o más bien amante, estaba en la ducha tarareando una canción.

Cuando esta se metió desnuda a la ducha con ese hombre abrí los ojos en shock, volviendo al departamento aún asombrado. Y justo en ese momento la voz de Haley se escuchó en el teléfono, por lo que abandoné el departamento para ir al local repugnante de comida rápida. Pensé en quedarme ahí divirtiéndome con los vecinos, pero debía ir a hablar con Haley.

Aunque tenía que admitirlo, lo último que quería hacer era verla. No me gustaba su lástima, luego de mi ataque de nervios. Y era la primera vez que alguien me había visto llorar en mi vida, eso era lo peor de todo.

—¿Ya terminaste? —pregunté harto de estar en ese local. Haley iba caminando de ahí para allá, entregando pedidos o de vez en cuando en la caja.

¿Siempre era así? Porque sinceramente nunca en mi vida trabajaría en este local.

Bueno, al final nunca lo hice. Esta ni quiso abrir la boca para responderme, solo puso los ojos en blanco ya cansada de mi insistencia. Pensé en irme y volver al departamento, pero no había caminado hasta aquí para nada. Además, debíamos hablar con Haley, ella había jurado que me ayudaría.

Haley

Sí, había jurado en ayudar a Tyler. Pero eso no significaba que tenía que estar hablando con él las veinticuatro horas del día. Este llegó al local hace menos de diez minutos, y por supuesto no puedo ponerme a hablar con él enfrente de todos, ya que van a creer que estoy loca. Este ha empezado a fastidiarme una y otra vez diciendo que quiere irse y que está aburrido. ¿Pero que podía hacer yo? Por supuesto, no hacerle caso. Así que mientras que trabajaba ni lo miraba.

El llanto de un niño llamó mi atención, este estaba llorando, porque se le había caído su helado al suelo. Sin siquiera poder comérselo. Yo estaba atendiendo un pedido a una niña de trece años, con arete en la nariz y comiendo chicle con la boca abierta.

—Disculpe, ¿puede ponerme atención, por favor? —me habló esta con un tono de lo más desagradable; yo sonreí forzosamente, mientras de soslayo miraba al pobre niño de ocho años, que seguía llorando.

—No puedo pagarte otro —su hermana estaba a su lado intentando calmarlo—, ya sabes, mamá no me dio más dinero. Cálmate, George.

Pero el pobre pequeño no hacía caso a su hermana y seguía llorando, más bien gritando. A mí se me partía el corazón.

—¡Que alguien lo calle, por favor! —Tyler se tapaba los oídos, furioso, mirando al niño como si este pudiera verlo y encogerse ante tal mirada. Además, como si alguien pudiera escucharlo.

Eso me recordó cuantas veces Tyler Ross había puesto esa mirada destruyendo la autoestima de millones de adolescentes que iban al instituto. Me desilusioné al ver esa faceta suya.

—Ei, no anotaste mi pedido. ¿Eres sorda? —ni me volteé a mirar a esa enana, que ya me llevaba sacando de quicio con el sonido del chicle en su boca, solo estaba concentrada en una cosa.

«Perfecto», me dije orgullosa cuando ya estuvo perfectamente listo, salí hacia las mesas en una simple dirección.

—Me cansé, hablaré con tu jefe ¡Voy a hacer que te echen de aquí! ¿Me escuchaste? —volqué los ojos.

«Pobre niña, mucho que me interesaba seguir trabajando aquí, por favor», supliqué burlonamente en mi interior.

Llegué a mi objetivo, que al verme venir con ese helado igual que el suyo de hace un minuto paró el llanto y abrió las manos hacia mí para tomarlo con una sonrisa, entusiasmado.

Su hermana, que parecía tener mi edad, me miraba preocupada.

—Lo siento, no podemos pagarlo —se excusó, antes de que pudiera tomar el cono.

—No es nada, va por mi cuenta —respondí, ni yo me creí mi propia voz. Pero el niño era tan tierno que no me importaba nada. Solo tenía la vista fija en el pequeño que me miraba con una sonrisa.

Este, cuando su hermana se excusó, más bien se avergonzó y alejó sus pequeñas manitas. Yo, en cambio, me acerqué más a él, poniéndoselo al frente, levantando el brazo para que lo tomara de una vez, sonriéndole. Este ni miró a su hermana, me quitó el helado de las manos y se lo llevó a la boca, hambriento. Yo lo miraba sorprendida, subiendo las cejas.

—Dale las gracias, al menos —le regañó esta, igual de sorprendida que yo, dándole un golpe en la cabeza, a lo que el niño soltó un gemido lastimero.

George subió los ojos hacia mí, miro a su hermana, confundido, y cuando captó volvió hacia mí sonriendo tiernamente.

—Gracias —se mordió el labio y se acercó a mí para darme un beso en la mejilla.

En ese momento creí que estaba en el cielo, ese pequeñito era adorable.

Cuando ya su hermana no lo regañó más se despidió sin decir absolutamente nada, corriendo a unos juegos algo defectuosos que tenía el local, para jugar con los demás niños comiendo su helado.

—¡Nos vamos en cinco minutos! —le gritó esta, pero él ni se volteó. A lo que soltó un suspiro frustrado, recordándome a como era normalmente con mi madre.

Yo tenía que volver al trabajo, por lo que cuando esta se volteó a verme me di la vuelta despidiéndome con un simple adiós. Quería evitar el momento incómodo en el que ella no iba a hablarme y yo aún menos me atrevería a dirigirle la palabra.

Así que cuando me dispuse a dirigirme a la caja esta me tocó el hombro.

—¿Sí? —me volteé quedando frente a ella, algo extrañada.

Sí, debía admitir que estaba muy nerviosa, no era algo normal hablar con otras chicas si no era para pedirme un pedido o algo así.

—Te agradezco mucho lo de antes —la chica me miraba sonriendo de lado—, voy a pagártelo, lo juro.

Yo solté una risa, en serio que no me importaba que me lo descontaran del salario, solo era un helado.

—Es un regalo, no tiene importancia —sonreí para que esta no se preocupara.

Esta siguió insistiéndome que iba a pagármelo, pero yo me negaba.

—Gracias —se rindió esta luego de un momento de pensárselo. Yo no sabía si irme o no—. Por cierto, me llamo Marie. ¿Tú?

Abrí los ojos sorprendida, nunca antes una chica me había preguntado mi nombre así de amigablemente.

Esta era de rasgos simples, tenía los ojos marrones y el cabello del mismo color, cortado hasta un poco más debajo de los hombros, dándole un aire de chica buena. Tenía la pinta de encajar en el grupo de Lauren Davis, ya que su rostro era sin lugar a dudas apreciado por cualquier hombre.

—Haley —dije por fin, al notar que esta seguía ahí esperando que respondiera.

Por supuesto el momento incómodo ya había llegado, típico cuando no tienes más que añadir y ya no hay tema. Que, por supuesto yo no iba a decir nada, estaba muy sorprendida.

—Así que trabajas aquí —esta miró el local, y al igual que yo arrugó la nariz por el olor—. ¿Qué puedo hacer para que me contraten?

—¿Quieres trabajar aquí? —solté un bufido. No era la clase de chica que se podía ver en este trabajo.

Esta, al ver mi cara de indignación, me miró confundida.



—¿Es muy malo? —yo solo afirmé con la cabeza—. ¿Entonces por qué trabajas aquí? «Buena pregunta», pensé. Hasta ni yo sabía por qué seguía en este local de mala muerte. Aunque, por supuesto, yo encajaba perfecto con el estereotipo de chica que trabajaba en este tipo de locales. Perdedora y fracasada.

—Realmente no lo sé —me encogí de hombros, a lo que esta soltó una risa. No iba a decirle lo que realmente pensaba.

Me sentí muy extraña, fue raro ver cómo esa chica se reía, pero no de mí. Por lo que había dicho lo hacía en el buen sentido. Yo no pude evitar sonreír.

—Al menos ganas dinero... —comentó, y se sentó en la silla que tenía a su lado, algo cansada.

Yo ya no quería estorbar más, por lo que me quedé ahí parada decidiéndome si seguir charlando con ella, pues se veía simpática. Además, que no se había burlado de mí ni me miró con cara de superioridad.

—Ven, siéntate, tendré que esperar a que mi hermanito quiera irse de aquí. Te pudo haber resultado agradable, Haley, pero —esta me hizo señas para que me acercara a ella, yo ya estaba sentada algo cohibida, pero no dudé en acercarme a ella— es un diablo, solo pone sus ojitos para conseguir lo que quiere —me susurró, comprobando que George no se percatara.

Yo solté una risa, esa chica era algo dramática. Era solo un pequeño niño, además de adorable. No podía imaginármelo siendo una mala persona. ¡Si era solo un pequeño!

—Yo lo encuentro adorable, me gustaría tener un hermano pequeño —me atreví a decir, aunque con los ojos fijos en la mesa.

—¡Ja! —me miró incrédula—. Ten cuidado con lo que desees, no son como esos bebés de plástico que puedes tirar a la basura, son peor, no puedes deshacerte de ellos —me habló seriamente, esa chica sí que se tomaba en serio el tema de su hermano. No quería ni imaginar lo que el pequeño diablillo le hacía en casa, para actuar de esa manera.

Yo sonreí divertida. Y noté que esta me miraba como si estuviera estudiándome, lo que hizo que me sonrojara. Odiaba cuando la gente hacía eso, además que ya esperaba que esta se diera cuenta de que era una perdedora total.

—Haley, ¿quién es esta preciosura? —alcé la vista hacia Tyler, que estaba parado mirando a Marie, intrigado.

—¿Preciosura? —volqué los ojos. El maldito perverso de Tyler Ross hasta muerto miraba a las chicas hermosas.

Por supuesto, yo no estaba en esa categoría.

—¿Cuántos años tienes? —Marie me miraba con una sonrisa amable en su rostro, mientras que miraba de vez en cuando al pequeño.

—Dieciséis —respondí rápidamente, sin siquiera mirarla a los ojos. Estaba muy ocupada levantando las cejas para que Tyler parara de mirarla y dirigiera su vista hacia mí.

—¡Yo igual! —grito está entusiasmada, yo me volteeé a su dirección algo pasmada. Esa chica tenía un carácter bastante divertido.

Aunque su estilo le pegaba bastante, se podía notar que era una chica a quien le gustaba seguir su propio estilo. Por lo que se vestía con cosas diferentes y extrañas. Llevaba una chaqueta de cuero más unos *shorts* cortos y calzas rojas con unas rayas escocesas en tonalidades grises, además de unas botas altas de cuero negro. El cabello lo llevaba suelto, desparramado. Algo que me gustó, ya que era bastante original.

—¿Me presentas a tu amiga? —por primera vez Tyler me miró desde que había llegado. Le dirigí una mirada cargada de veneno. El estúpido estaba bromeando burlonamente, riéndose de su situación.

No podía creer que luego de todo lo que pasó en el baño antes de venir aquí ahora este se comportara de esa manera. Qué fastidio.

—Me gustan tus gafas —me comentó esta, parecía que intentaba ser agradable conmigo, y yo, maleducada, ni le estaba tomando atención, por lo que ignoré a Tyler.

—Gracias —tartamudeé aturdida, ya que no era que recibiera cumplidos acerca de ellas muy seguido.

Iba a devolverle el cumplido diciéndole que me encantaba su estilo, pero justo se escuchó venir al pequeño hacia nosotros respirando frenéticamente y soltando una risita infantil.

—Marie, quiero otro helado —este se cruzó de brazos, mirándola, frunciendo el ceño, como si estuviera amenazándola—, ahora.

—¿Ves? Te dije que de adorable no tiene nada —esta me miró sonriendo, triunfante. Yo no podía creérmelo, aunque debía admitir que todavía lo encontraba adorable—. Ahora nos vamos a casa, ni muerta te compro otro helado. ¿Me escuchaste? Ya he tenido mucho por hoy contigo —esta ahora le hablaba a él, regañándolo como si fuera su madre.

Yo los miraba a los dos sonriendo, no era algo común en casa ver peleas de hermanos, ya que no tenía ni uno. Marie se levantó de su asiento, colgándose el bolso, que tenía también hilachas, era rojo y con unos estampados negros de bandas de rock o algo por el estilo, que no conocía en absoluto.

Yo esperé que desapareciera de mi vista y por supuesto nunca más verla. Esta le dijo a su hermano que la esperara afuera, el pequeño enfurecido empezó una pataleta, pero Marie lo amenazó con que podía usar su celular en el camino a casa, a lo que el pequeño sonrió satisfecho, saliendo y dando saltos de alegría, sin siquiera mirarme. En cambio, su hermana se volteó hacia mí volcando los ojos.

—Es insoportable, cuando quieras te lo regalo —se burló, a lo que yo reí.

—Cuando quieras —le ofrecí, en realidad estaba intentando que pudiéramos vernos otra vez, había sido agradable hablar con otra chica.

Esta me miró, también sonriendo.

—Pásame tu teléfono.

Yo la miré interrogante, pero esta volvió a pedírmelo, a lo que lo saqué del bolsillo y se lo entregué. Esta enarcó una ceja, por el ladrillo que era, y yo me encogí de hombros. No era mi culpa, además que no me interesaba tener uno de última generación.

Esta comenzó a pulsar las teclas por unos segundos, para luego abrir el suyo y hacer lo mismo, y luego devolvérmelo.

—Listo, ahí tienes mi número. Para que nos juntemos otro día, ¿vale? —esta me miraba entusiasmada. Yo estaba de piedra—. Bueno, nos vemos, Haley.

Reaccioné al fin cuando esta ya había desaparecido del local, dejándome ahí. Parada en mitad del pasillo, con cientos de niños caminando de ahí para allá.

¿Tenía una amiga? Negué con la cabeza para que esa idea se borrara de mi mente.

—¿Hola? —este acentuó la voz en la primera sílaba, alargándolo, haciéndolo insoportable—. ¿Ahora puedes hablar conmigo? Juraste que ibas a ayudarme, no a tener vida social —Tyler Ross se había colocado al frente de mí, abriendo los brazos como si yo fuera una total estúpida.

Pudo haberme herido su comentario, pero estaba tan perdida en lo que había ocurrido que mi corazón lo dejó pasar.

Siguió molestándome para que le hablara, destruyendo mis pensamientos felices sobre mi nueva amiga, Marie.

Maldito insoportable.

—Ya, espérame a que termine y podemos hablar —fue lo único que le dije, dirigiéndome a la caja, donde todos mis compañeros de trabajo me miraban furiosos.

Al menos había valido la pena.

Tyler

—Por fin —vociferé, estaba feliz de llegar a mi nueva casa. El dulce y acogedor departamento de Haley.

Había decidido llamarlo así, ya que no quería volver nunca más a mi supuesto hogar.

—Tienes suerte de que no ha llegado mi mamá —dijo Haley, exhausta por el largo día, tirándose a los sillones.

Yo fui hacia ella y me puse a su lado.

—¿Quién era esa chica? —le pregunté curioso.

Esta me miró interrogante, soltando un bufido.

—¿Te gusta? —me sorprendí ante eso, por lo que solté una carcajada. Haley Dickens era la chica más inocente del mundo—. ¿Qué te hace tanta gracia? —lo peor era que parecía ofendida.

—Estoy muerto. ¿En serio me estás preguntando si me gusta esa chica, que solo he visto una vez en mi vida?

Parecía que la había ofendido aún más, ya que se encogió en el sillón, al ver cómo yo la miraba atónito por la estupidez de su pregunta. Sonrojándosele las mejillas, que intentó esconder de mí, colocando su cabello por su rostro.

—Solo estoy intentando entender tu curiosidad por ella —respondió tartamudeando, algo cohibida.

Haley Dickens era demasiado ingenua, ahora me aguanté la risa que quería salir de mis labios, intentando mordérmelo.

—Cambemos el tema, mejor —sugerí, o iba a estallar, ya que podía notar que una burla más hacia ella y al agua el plan de ayudarme—. ¿Cómo quieres empezar para traerme de vuelta?

Esta se quedó en silencio, por supuesto que no tenía nada pensado. ¿Quién no? No me imaginaba a alguien en la misma situación en la que estaba, no era algo común traer a alguien de la muerte.

—No sé —se encogió de hombros, con semblante preocupante—, pero ya se me va a ocurrir algo, ya verás —se notaba que quería subirme el ánimo.

Aparté la mirada de ella, no me gustaba que sintieran lástima por mí. Pero ya no podía hacer nada al respecto.

Haley

Nos quedamos hablando con Tyler mientras cenábamos, yo me atreví a preguntarle cosas sobre fútbol americano y a tirarle cumplidos sobre lo bueno que era jugando, para

que así se despejara hablando de cosas normales. Este, feliz, me contaba sobre él. Pude notar lo engraido y egocéntrico que era al ver su forma de ser y hablar.

Creo que nunca habló de nada que no fuera él. Pero no podía culparlo, aunque la cena se había hecho aburrida. Ya que no dije nada, solo me basté a asentir y tirarle elogios. Cuando por fin llegó mamá pude desaparecer a mi habitación para cambiarme, me daba vergüenza decirle a Tyler antes, pues este iba a notar mis mejillas sonrojadas.

Sí, era estúpido, pero de todas formas me daba timidez. No era mi culpa ser así de vergonzosa.

Tomé mi pijama y me dispuse a quitarme los pantalones, la chaqueta y la camiseta. Cuando esta terminó de pasar por mi cabeza para salir de mi cuerpo me di la vuelta hacia la cama para tomar el pijama, donde pegué un grito y un salto hacia atrás.

—Tranquila, no es nada que no haya visto antes, sigue con lo que estabas haciendo como si no estuviera aquí —me guiñó un ojo, con tono burlón.

El pervertido estaba acostado en mi cama de lo más cómodo, mirándome depravadamente de arriba a abajo.

Horrorizada, al reaccionar, comencé a chillar como una niña pequeña ante una araña.

—¡Lárgate! ¡Pervertido! ¡Cerdo! ¡Degenerado! ¡Animal! ¡Fuera! —le gritaba indignada, pero este no salía de su lugar. Lo peor fue cuando me dispuse a ir a la cama para sacarlo de una vez, pero al intentar tomar su pierna fue inútil.

—Si querías que las viera más de cerca solo tenías que pedirlo —ahí noté cómo la sangre subía a mi cabeza, ya que cuando me había agachado un poco para tomarle la pierna le había dejado un panorama de mis pechos en el sujetador.

Tyler

«¿Tanto drama solo por verla con sujetador y bragas?», me pregunté mientras volcaba los ojos ante el escándalo que montaba Haley enfrente de mí. Por supuesto, tuve que rendirme y salir de ahí. Pues si seguía gritando de seguro todo el departamento despertaría. Y yo, como el caballero que era, no podía negar la petición de semejante dama.

Fui hacia la sala, donde se encontraba Anna, que con la suerte que tenía estaba con auriculares puestos, viendo en una computadora portátil una sesión de peluquería, de lo más seguro era para probar nuevos peinados en su trabajo. La televisión estaba encendida, y pude escuchar claramente lo que estaba hablando el reportero.

—Las nuevas encuestas dejan claro quién va ganando en el partido para el nuevo alcalde —mi atención se centró en lo que estaba diciendo, esperando el nombre de mi padre—.

Richard Grey, que ha dejado claro que por ahora Chicago le pertenece. Parece que Fernando Ross ha perdido mucha popularidad estos días —todos estaban en lo cierto, cuando había escuchado las conversaciones el domingo, luego de mi funeral.

—¿Será por la muerte de su hijo menor, Tyler Ross? —habló ahora la mujer que hacía el noticiero junto con el otro hombre.

Cuando escuché mi nombre me dieron unas ganas tremendas de golpear algo, estaban echándome la culpa por algo que fue solo un accidente.

—Por supuesto, la tragedia ha traído graves problemas para el candidato, dejando ver por detrás de sus proyectos y afabilidad una familia inestable. Un chico problemático, alcohólico y sin freno —volqué los ojos. ¿Alcohólico? Sí, claro—, que murió en un

accidente de coche este pasado viernes, además de arriesgar la vida de otros cinco adolescentes, donde uno de ellos sigue hospitalizado en estado de coma.

—Fernando no ha querido hablar al respecto, ya que está de luto por la muerte del menor de los tres hermanos —pensé en papá y en lo mal que esta situación lo había dejado.

—En cambio, el candidato favorito, Richard Grey, se puede notar que tiene una familia responsable, caritativa, simpática, y que carece de problemas —en ese momento apareció una foto del enemigo de mi padre.

Por supuesto era el típico padre de familia, era una réplica de Fernando —corbata y traje—, solo los diferenciaba la sonrisa, ya que la tenía algo seria, desgraciada de simpatía, y en cambio la de mi padre, como amaba tanto la política, era más natural.

A su lado estaba su esposa, que, por supuesto se veía muy amable, y por último, su único hijo. Cuando mis ojos se posaron en él no podía creérmelo.

No era posible, tenía que ser una maldita broma. Sentí cómo un escalofrío me subía por el cuerpo —algo absurdo, pues era un fantasma—, pero debía ser producto de mi cerebro —sí, al parecer seguía teniendo uno.

Despejé esas absurdas ideas de mi cabeza para centrarme en el que tenía enfrente de mí. Él... Ese chico... Cabello oscuro... Ojos marrones... Sonrisa de completo idiota... Y ese rostro, ese maldito rostro...

La foto duró menos de un minuto, pero por supuesto mi vista no me había fallado. Él era el maldito hijo de puta que me había chocado el auto, él había sido el chico contra el que había jugado en el partido del viernes, él era el que había comenzado la carrera, él era la causa de que yo estuviera así. Él me había matado. Y dudaba mucho de que su maldito padre no lo hubiera mandado a hacerme esto. Mi muerte no había sido un accidente. No, por supuesto que no —negué con la cabeza—, esto había sido planeado.

Y por supuesto que no iba a quedarse así como así.



## CAPÍTULO 13 ANNA Y HOLLY

Haley

Al igual que ayer, el sonido del despertador me hizo reaccionar y volver a la realidad, donde el dueño de mi sueño era sin lugar a dudas la mata de cabello rubio que me había dado un susto de muerte la mañana anterior. Y por supuesto, cuando ya estaba cien por cien consciente, luego de ya estar despierta unos segundos, recordé ese detalle tan pequeño. Tyler Ross.

Me enderecé en la cama, mirando hacia mi lado. Pero este no estaba, por lo que dirigí mi vista hacia la habitación, donde mis ojos llegaron a la figura de un chico de cuerpo perfecto, boca abajo hacia el suelo. En vez de saltar a chillidos y gritos descontrolados me quedé mirándolo, mordiéndome el labio inferior, sin siquiera percatarme. Sí, debería seguir molesta por su atrevimiento de entrar a mi habitación conmigo cambiándome. ¿Quién se creía? Pero era Tyler Ross, y tenerlo ahí, enfrente de mí, me estaba volviendo loca. Aunque no se notara. Sí, sabía que solo habíamos pasado un día juntos, pero se me había hecho eterno. Al ver que este seguía ahí tirado me apresuré a correr hacia el armario, sacar cualquier cosa y encerrarme en el baño. Quería ahorrarme que me viera desnuda en la ducha, me moriría de vergüenza. ¿Quién no?

Por primera vez en mi vida que me había duchado tan rápido. Creo que ni recuerdo si me había echado acondicionador, y si el jabón alguna vez pasó por mi cuerpo. Además, que ni pude disfrutarla, ya que mi instinto paranoico se amplificó y no paraba de correr la cortina para ver si Tyler se colaba al baño para verme. Por supuesto, Haley Dickens creyó que el irresistible Tyler Ross quería verla desnuda, algo que se mostró negativo al terminar la ducha.

Me sentí algo deprimida, aunque estaba agradecida, no era que me desilusionara o que quisiera que Tyler entrara a verme, era el simple hecho de que no podía evitar que ese pensamiento inmaduro y estúpido no me bajara la autoestima aún más de lo baja que ya la tenía.

Salí, ya vestida, con un suéter de rayas negras y grises más un pantalón negro que me quedaba algo grande, por lo que me coloqué un cinturón de mamá y unas *converse* negras gastadas, que tenía desde hace dos años.

Me coloqué las gafas y me dejé caer el cabello mojado a la espalda. No tenía tiempo para secármelo, además de que quería hablar con Tyler. Pero al salir este no se encontraba en el suelo, ni en su cama ni en ningún lugar de la habitación. Fruncí el ceño, extrañada, mientras recorría el departamento en su busca. Pero no estaba, había desaparecido. No le di más vueltas al asunto, lo más seguro era que había ido a dar una vuelta por ahí. No tenía de qué preocuparme.

Entré a la cocina para comer algo, y ahí estaba mamá besuqueándose con otro hombre más, este era el estereotipo de hombre que calza a la perfección a los imbéciles de siempre.

—Hola, bebé —me saludó esta, separándose de ese hombre justo cuando se percató de mi presencia ahí. Parecía avergonzada.

Yo ni le respondí, me la quedé mirando ahí, inmóvil.

—Después no me digas que no te lo dije —sabía que esta había notado lo que quería decirle, con tan solo ver mi rostro.

—Hola, soy Bob —este ni se acercó a mí, algo que agradecí, ya que no estaba de ánimos.

—Haley —respondí educadamente, aunque ni lo miré, me bastó a buscar por la sala a Tyler, por si estaba tirado por ahí.

Pero ni rastro de él.

—¿Buscas algo? —preguntó mamá, que por supuesto estaba intentando establecer un tema de conversación conmigo y Bob, típico de ella.

—Eh... no —pude improvisar—, o sea, sí, estoy buscando mis zapatillas. ¿Las has visto? —como no escuché respuesta, y no quería mentirle en la cara a mamá, hice ver que las estaba buscando por la sala—. Las necesito para ir al instituto.

—Pero si ya tienes puestas unas —la voz de mamá sonaba extrañada. Yo paré lo que estaba haciendo, mirando a mis pies.

«¿Por qué a mí?», cerré los ojos, intentando pensar qué hacer.

—Oh, ahí estaban —fue lo único que se me ocurrió, dándome la vuelta sonriendo entusiasmada—, gracias mamá.

Salí de la cocina, antes de que pudiera decirme algo, escuchando la risa de ese tal Bob.

Me encerré en la habitación, donde me quedé tirada en la cama un buen rato. No quería salir para hablar con mamá, y menos con Bob. Además, que ayer por la noche no pude dormir nada, estuve esperando a Tyler toda la noche, pero este no volvió. O eso creí, pues me tuve que haber quedado dormida en algún momento y ahora mis ojos pesaban toneladas, y a mi cuerpo le costaba enormemente hacer algún esfuerzo que fuera relacionado con caminar.

Además, ¿cuándo había llegado Bob? Ni lo había sentido por la noche, algo extraño, ya que la mayor parte del tiempo tengo que ponerme audífonos o irme a la esquina para pasar el rato en esas situaciones tan incómodas, que por supuesto mamá ni se percataba de que estaba en la pieza de al lado.

Tyler

—¡Oh, vamos! —ya estaba harto de esperar que Fernando saliera de casa, ya llevaba aquí unos largos minutos esperando para poder seguirlo y llegar hasta su oponente, Richard Grey.

No se me había ocurrido ni una idea mejor, ya que como fantasma que soy no era venir y meterse a Internet para poder tener la dirección de ese hijo de puta. No, las opciones se reducían enormemente. Y para mi gusto, esta era la mejor. Solo debía seguir a Fernando hasta su oficina y en alguna que otra reunión por supuesto su rival se presentaría, y cuando ya lo encontrara no me despegaría de él hasta que llegara a su casa y matara a hijo y padre. Sí, ese era mi plan.

«¿Y cómo vas a matarlo, manos invisibles?», escuché decir una voz en mi interior.

Eso ya lo veríamos, ahora no era una preocupación. Lo primero era encontrar a los responsables de mi muerte, después pensaría en mi venganza y en cómo la efectuaría.

En ese momento vi que un auto se estacionaba en la calle, al frente de mi casa. De ahí salió una mujer preciosa, con piernas largas, cabello rubio corto y un cuerpazo increíble.

Esa era Diana, no era difícil olvidarla.

¿Qué hacía aquí? Fruncí el ceño, saliendo de mi escondite entre los árboles.

Sabía que no podían verme ni oírme, pero de todos modos me había escondido, me hacía sentir como James Bond, un agente secreto. Para ser sinceros, la principal razón por la que no entré a la casa y me quedé ahí escondido era porque en realidad no me atrevía a hacerlo, prefería tener la duda de lo que me encontraría ahí que afrontar la triste realidad que se encontraba entre esos muros.

Y aquí estaba, a unos metros de la puerta de mi hogar. Un silencio sepultaba la estancia, como si ningún ser viviera ahí. Cabe decir que todavía era temprano, y por supuesto los Ross a esta hora seguíamos sumidos en un profundo sueño del que solo Martha podía sacarnos. En ese momento vi cómo Fernando, mi padre, salía de la casa. Este iba impecable como siempre, traje negro y corbata a juego con su peinado, ojos, cabello y sonrisa.

—Hola, papá —saludé yo, y este por mientras miraba su celular y marcaba un número, para luego llevárselo a la oreja, soltando un suspiro.

En ese momento su coche negro apareció y el chofer se bajó de inmediato para abrirle la puerta, este entró al coche, y yo también lo hice sin pensarlo dos veces.

—¿Cómo van las encuestas? —habló este cuando de seguro le contestaron por la otra línea. Su voz era autoritaria y dura, pude notar que se ponía tenso y movía la cabeza hacia los lados, enojado—. Todavía queda tiempo, podemos hacer más campaña e ir a dar conferencias de prensa, ¿entendido? —por supuesto él había bajado puntos por el maldito de su contrincante, todo era culpa de ese maldito idiota.

Sentía unas ganas tremendas de matarlo a golpes, él tenía toda la culpa de que estuviera así, además de que iba a ganar las elecciones haciéndonos quedar en total vergüenza.

Miré a Fernando, que asentía con la cabeza ante lo que le decían por el móvil, hasta que de pronto colgó dejando hablar solo a la otra persona.

Este tiró el móvil al suelo y golpeó el asiento fuertemente, algo que me desconcertó, pues siempre andaba tranquilo y serio, de lo poco que lo conocía. En cambio, ahora se notaba claramente que era un Ross. Yo me quedé observándolo, este se había tomado la cabeza, escondiéndola ente sus piernas. Parecía que esto de las elecciones realmente lo había dejado mal y ni me quería imaginar lo que me esperaba en su oficina.

Haley

—¿Recuerdas cuando tu mamá estaba con Pedro aliento de perro? —yo asentí, volcando los ojos. ¿Cómo poder olvidarlo?

Simon llevaba todo el camino hacia el instituto recordándome los ex “novios” —si así se podían llamar— de mi madre. Luego de haberle contado del cara de osito de felpa —que yo ya había nombrado— este no se había callado ni para respirar.

«¡Era idéntico a un osito cariñosito!», pensé en mi mente, luego de despedirme de la parejita, para salir con Simon.



—Si recuerdo bien, nunca averiguamos si era que comía comida para perros o que no se lavaba los dientes —este se rascaba la barbilla, en pose de pensador.

Yo lo miré enarcando una ceja. En realidad, sí lo recordaba, pero ya estaba cansada de escuchar sobre esos hombres odiosos que siempre destruían el corazón blando de mamá.

—Ya, ya, no hablaré más del tema —como siempre, este me dio unas palmadas en la espalda y yo me volví hacia él, sonriendo ampliamente.

—Gracias, ahora que ya puedo hablar contigo, ¿cómo vas para mañana? —quise hablar de algo importante, aunque notaba que Simon no estaba muy entusiasmado, pero yo lo necesitaba para poder olvidar por completo al maldito de Tyler Ross.

Este miró hacia el infinito.

—Bien —pudo decir, y esperé que con mi silencio siguiera hablando—, estoy nervioso, aunque creo que lo haré bien —este al terminar me sonrió, yo por supuesto la devolví la sonrisa para alentarlo. Sabía que lo haría estupendo—. Viene mi abuela a verme, está muy emocionada —remarcó la última palabra, para que me quedara claro.

Yo solté una carcajada. Su abuela, con lo que me contaba, parecía una loca desquiciada. Estaba hace menos de una semana en estado grave y ahora iba a venir a meterse a la cancha con miles de adolescentes gritando como locos.

—El amor fraternal —me burlé—. Al menos tienes una abuela —yo en cambio tenía a una muerta y la otra ni la menor idea de quién era.

Simon se encogió de hombros sin entrar en pelea, ya que este siempre decía que su abuela lo volvía loco con sus charlas aburridas, algo que yo deseaba, pero que Simon detestaba.

—¡Haley! —se escuchó la voz de Daniel, que provenía de un grupo que estaba apoyado en unos casilleros. Este se nos acercó, saludando a Simon amigablemente, y posando sus ojos en mí con una sonrisa entusiasmada—. ¿Ya viste el periódico? —yo negué con la cabeza—. Toma, léelo —este alargó la mano, entregándome el periódico escolar, que yo no dudé en tomar y leer el titular, que se trataba de las cartas hacia Tyler Ross—. Han sido un éxito, en especial una de ellas —este me apuntó la que estaba en el centro de la fotografía. Para mi sorpresa no era ni nada menos que la que había escrito yo misma. Sentía como mi rostro estaba cambiando de color.

Desesperada interiormente doblé el periódico para meterlo a mi mochila.

—Lo leeré después —sonreí lo mejor posible que mi cara me permitía, Daniel se despidió felicitándome y Simon me dio un codazo.

—Me alegro mucho de que haya sido todo un éxito —dijo a mi lado.

¿Un éxito? ¿Eso significaba que mi carta la había leído todo el instituto?

«Por favor, no», supliqué. Sabía que era anónima, pero de todas formas, ahora que tenía a Tyler Ross conviviendo conmigo, estaba muy avergonzada.

Así el día pasó lentísimo, ya que me pasaba cada hora consultando el reloj para poder llegar a casa y ver a Tyler. Pero cada vez que pasaban los segundos, minutos, horas, la esperanza de volver a verlo iba esfumándose. Intenté no pensar en eso en todo el día, pude estar con Simon como lo hacíamos normalmente, y por supuesto este no notó nada.

Tuve que quedarme unos diez minutos finalizadas las clases hablando con la profesora Torres, ya que esta siempre me daba algún que otro libro para leer, porque las dos teníamos algo en común: nos apasionaba la lectura. Esta me había dado ahora *El gran Gatsby*, que ya estaba guardado en mi mochila para poder leerlo cuando estuviera en casa.

Mientras iba caminando por los pasillos para irme de una vez escuché la última voz que esperaba escuchar otra vez más desde que llegué a Chicago, aquí en el instituto.

—¿Conocen a mi hija? ¿Haley Dickens? —mi preciada madre estaba buscándome a unos metros de distancia—. ¿No? Es pequeña, gafas, pelo del mismo color que el mío —esta se tomó una mecha de cabello; el grupo negaba con la cabeza, por supuesto.

Yo no sabía si salir corriendo o ir hacia allá, ya que mamá seguía hablando con esos chicos que estaban dándome la espalda, por lo que no podía reconocer quiénes eran.

Di unos pasos hacia ahí, pero luego me arrepentí al notar que uno de ellos era Steve Fox. Estaba dándome la vuelta, cerrando los ojos pidiendo que por favor esta no notara mi presencia, cuando por supuesto sucedió lo inevitable.

—¡Hija! —la voz de esta retumbó por las paredes, haciéndome soltar una maldición en mi cabeza.

Como si nunca la hubiera visto, me volteé a su dirección, aparentemente sorprendida.

—¿Qué haces aquí? —pregunté frunciendo el ceño, dirigiéndome hacia ella. Cada paso que daba sentía la mirada de Steve y sus tres amigos puesta en mí. Cuando ya estaba a punto de llegar a su lado me tropecé con mis propios pies, a lo que me sujeté en el hombro de Steve Fox para no caer.

—Lo siento, perdón —me disculpé tartamudeando.

«Tierra trágame», rogué.

Para mi sorpresa, Steve soltó una carcajada amigable.

¿Lauren Davis y ahora él?

—¿Cómo estás? Tu mamá te estaba buscando por todos lados —Steve sonreía a mi madre y luego a mí—. Al fin conozco a Haley Dickens, de la que tanto hablaba Anna —¿Anna? Miré a mamá, que estaba sonriéndole a este —soy Steve Fox—, y ya ahora sí que me quedé muda. Tuve la suerte de no mordirme la lengua.

Al ver a mamá que no respondía, habló.

—Te he estado buscando. Holly viene hacia aquí para hablar con el director y quería que le hicieras un *tour* por la escuela —yo asentí, todavía seguía pasmada por lo de Steve Fox, así que hablar no era mi fuerte en ese momento, o iba a quedar en ridículo hablando puras tonterías.

—¿Holly va a estudiar aquí? —solté hacia ella, ignorando por completo a los cuatro chicos.

Mamá soltó una carcajada.

—Qué cosas dices —esta seguía riendo, y pude notar cómo Steve miraba a mamá totalmente embobado, riendo también.

Quería decirle «¿De qué te ríes?», ya que este no podía entender el supuesto chiste, pues no tenía ni idea quién era Holly. Esta era una amiga de mamá de la peluquería, eran amigas desde pequeñas, hacían siempre las mismas cosas, eran, por decirlo de algún modo, inseparables. Hasta se habían quedado embarazadas el mismo año. Por lo que cuando digo que hacían las mismas cosas, sí que lo hacían.

—¿Entonces por qué quiere venir a ver la escuela? ¿Va a trabajar aquí? —pregunté ahora sin todavía entender.

Justo en ese momento, antes de que mamá respondiera, se dio la vuelta, ya que venía Holly entrando por el pasillo.

Pude escuchar cómo los chicos amigos de Steve se pegaban codazos, seguramente babeando por Holly. Esta era bastante sencilla, rubia, ojos color marrón y bueno, para mí

lo que destacaba de ella era su sonrisa. Siempre andaba con esta hacia donde iba, y además le encantaba reír.

Pude notar que Steve bajaba la mirada, como queriendo esconderse. ¿Qué le sucedía?

Mientras mamá y Holly se fundían en un abrazo cariñoso quería armarme de valor y preguntarle qué le sucedía, porque claramente era algo con Holly, pero justo Whitey apareció jadeando, apuntando a estos, que se habían puesto tensos al verlo.

—Por el amor de Dios, si no van a la cancha en 10 segundos te juro Fox y compañía que mañana no juegan —los amenazó. La voz del entrenador era firme, por lo que estos de inmediato caminaron hacia él.

Yo, aliviada, solté un suspiro cuando ya se estaban alejando.

Mamá y Holly se acercaron en donde estaba, por supuesto mamá les gritó a esos chicos un perdón por molestarlos, a lo que estos respondieron que no pasaba nada, de una manera encantadora. Por supuesto, se debieron quedar embobados con mamá y Holly, ya que estas eran jóvenes, delgadas y atractivas.

Holly me abrazó cariñosamente como siempre, a lo que yo también le respondí. Era como la hermana de mamá.

—Dime, por favor, que no eres amiga de ese niño —yo la miré interrogante—, ya sabes, ese amigo del Ross que murió en el fin de semana —mamá miró a Holly con los ojos abiertos, haciéndole una mueca de que lo conocía y que no hablara de ese tema.

—¿Por qué? ¿Pasa algo con él? —pregunté. Si las cosas hubieran sucedido como normalmente le sucede a todo el mundo creo que me hubiera afectado la mención de Tyler, pero ahora como ya lo podía ver no me destrozaba ni en lo más mínimo.

—No es nada, solo no me agrada. Odio a los hombres como él, arrogantes y engreídos —se encogió de hombros, con mamá nos dirigimos una mirada, pues Holly había tenido dos hijos, y en un caso el marido era un completo idiota y en el otro ni mamá sabía quién era.

Así que, aunque fuera una mujer alegre y risueña, con los hombres no le iba como todos podían suponer.

—Son los peores —agregó mamá, intenté no pensar en que se refería a papá, pero con solo ver sus ojos, claramente era cierto.

—Hablando de eso, tienes que contarme todo sobre Bob —Holly entrecerraba los ojos, mirando a mamá con una sonrisa pícaro.

Y por primera vez la suerte me favorecía, cuando interrumpieron a mamá antes de comenzar a hablar del cara de osito de felpa.

—Anna Dickens y la revoltosa Holly —la voz del entrenador Whitey resonó por el pasillo vacío; este miraba a las dos mujeres que me acompañaban con los ojos abiertos, impresionado—, el par de demonios. No puedo creer tener el honor de verlas de nuevo.

Mamá y Holly le saludaron sonriendo amigablemente al entrenador, estas le hacían cumplidos sobre su estado y de cuánto habían echado de menos los infiernos que este les hacía pasar a la hora de gimnasia.

—Igual siempre traían una excusa para desaparecer de mi clase —les recriminó a las dos, que estaban partiéndose de la risa recordando sus anécdotas con el entrenador.

Yo por mientras miraba todo esto divertida.

—Entonces conoce a mi hija —mamá me miraba, yo sentía cómo el entrenador me miraba sonriendo—. ¿Cuántas vueltas te hace trotar?

Iba a responder, pero este se me adelantó.

—Solo soy entrenador del equipo de fútbol americano, con lo viejo que estoy ya no tengo paciencia —negó este.

Yo era idéntica a mamá, buscaba siempre la excusa para no asistir a educación física, por lo que siempre me escondía en la biblioteca. Mientras estos tres comenzaban a charlar miré la silueta que venía hacia nosotros. Y por supuesto que se me paró el corazón, además de soltar un suspiro aliviado, ya que había considerado la posibilidad de que este se hubiera ido para siempre. La mata de cabello rubio venía con los ojos puestos en Whitey, mamá y Holly.

Por supuesto, yo no le era importante —al parecer—, aunque claro, ni me importó, ya que era la única que podía verlo y era la única que podía hablar con él.

«Me conformaba con eso», sonreí para mis adentros. Al llegar junto a mí este dirigió su vista hacia donde me encontraba. Apuntando con el dedo a los tres adultos charlando animadamente este me hacía una mueca confusa, sin entender qué sucedía.

—Si Whitey es tu abuelo, esto lo explicaría todo —soltó con la vista fija en los adultos, sonando como una broma, pero parecía que iba algo en serio, y al ver que no respondía me echó un vistazo—. ¿Lo es? Porque es muy posible que me haya tirado una maldición, para verme sufrir.

Enarqué una ceja incrédula.

—Si lo hubiera hecho, que no creo que sea el caso, créeme que no habría puesto a su preciada nieta para que conviviera contigo —le respondí naturalmente.

—¿Es tu abuelo?! —me gritó este.

—Claro que no —negué, mirándolo aturdida. ¿Qué cosas decía?

—Pero tú dijiste.

—¡Era un ejemplo! Para que entendieras que no sería lógico —este no cambió su semblante acusatorio—. No es mi abuelo —le solté enojada, acercándome para que me entendiera.

Para mi sorpresa, este sonrió, con un brillo de diversión en su mirada. Lo miré interrogante, cruzándome de brazos. Este no dijo nada, sino que dirigió su vista hacia los adultos, a lo que yo hice lo mismo. Y ahora sí que me había puesto roja como un tomate, no cabía duda. Estos me miraban en silencio, y por supuesto que era porque me habían visto hablando con el casillero, ya que Tyler había estado apoyado en él durante toda la conversación.

—Estaba practicando un trabajo —mentí, y mamá por supuesto no se lo creyó. Holly, en cambio, me sonrió como siempre, retomando su conversación con Whitey, que me miraba interrogante, pero no dijo nada.

A mi lado esperé que el engreído soltara una carcajada, pero no abrió la boca.

—¿Quién es ella? —fue lo que me dijo luego de un rato, en que yo me quedé en silencio, acercándome a los adultos que hablaban animadamente.

Aunque sinceramente, Whitey solo asentía y se reía de vez en cuando ante las locuras que contaban mamá y Holly. Por supuesto mantenía su actitud seria, que nadie podía quitársela. Yo no respondí, me encogí de hombros, no quería repetir lo que había pasado hace unos pocos minutos.

—¿Cuándo nos vamos?

No tenía ni idea, así que lo mire dándole a entender que no tenía ni la menor idea.

—Vamos al baño, quiero hablar contigo —este pasó por mi lado, caminando hacia ahí. Yo me quedé mirándolo por detrás, aprovechando la oportunidad de que no me veía—.

¡Es importante! —pestañeé para salir del ensueño en que había entrado, para verlo ya ahora al final del pasillo, mirándome.

Me excusé, diciendo que volvía de inmediato. Aunque Mamá y Holly ni se percataron, y estas en cambio hablaban y hablaban sin parar. Entré a este, preguntándome qué era aquello tan importante que debía hablar conmigo. Tyler estaba ahí, parado, caminando de un lado a otro.

—Por si te interesa, ella es amiga de mamá, se llama Holly.

Este asintió, sin ni una pizca de interés en ella.

—Y nos vamos cuando le muestre toda la escuela, sus hijos llegaron de Colombia a Estados Unidos, porque... —este se me acercó, a lo que cerré la boca extrañada.

—Tengo que decirte algo importante, Haley —habló por fin, mientras yo lo miraba impaciente.

—¿Es sobre donde te fuiste hoy? Porque pensé que te habías ido, ya sabes, allá arriba —solté, quería decirle algo al respecto desde que había llegado.

Su respuesta fue negar con la cabeza, lo que hizo que me cansara, por lo que no hablé más para que prosiguiera.

—Es sobre mi accidente.

De seguro mi cara daba a entender que no me esperaba eso. ¿Su muerte? ¿Qué tenía que decirme sobre eso?

—Si es sobre Kyle Reyes, va a estar bien —intenté tranquilizarlo, aunque no sabía si lo estaba. Pero no me gustaba verlo alterado.

—No, no —negó el, mirándome para que me callara.

Y por fin se atrevió a hablar, soltando un suspiro y abriendo la boca al fin.

—Fue planeado, Haley —me quedé muda, no sabía qué decirle, este esperó unos segundos a ver si decía algo, pero en cambio solo había silencio. Al ver que yo no tenía intención de abrir la boca prosiguió—, y necesito tu ayuda.

¿Mi ayuda? —me repetí interiormente, intentando no reír o entrar en pánico ante lo que se refería con eso.

¿Venganza?

¿Justicia?

Pedí interiormente para que fuera la última, aunque con solo ver su mirada, no era difícil de suponer que la ayuda que me pedía no iba a ser la opción que tenía pensada.